



El encuentro con Cristo, camino de la misión

«Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos» (1Jn 1,3)

Encuentro y acompañamiento

Programación Diocesana de Pastoral 2016 - 2017

Diócesis de Orihuela-Alicante

MATERIAL DE USO INTERNO

Imagen de la portada: Mosaico de la puerta de la capilla del Obispado de Orihuela - Alicante.

Autor del mosaico: Néstor Garramone. 2013.

Septiembre, 2016.

© Obispado de Orihuela-Alicante· C/ Marco Oliver, 5 03009 Alicante.

Diseño y maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania· C/Poeta Campos Vassallo, 20 03004 Alicante.



Encuentro con Cristo, camino de la Misión

«Lo que hemos visto
y oído os lo anunciamos»
(1Jn 1,3)

**Programación
Diocesana de Pastoral**

2016 - 2017

**Diócesis de
Orihuela-Alicante**





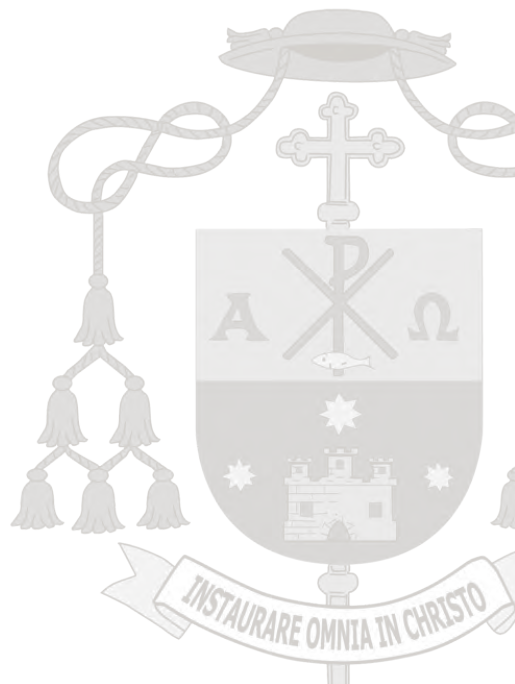
Índice

Palabras del Sr. Obispo	7
· Presentación del Sr. Obispo	9
· Palabras del Sr. Obispo en el Encuentro Diocesano de Pastoral	13
Esquema general del Plan de Pastoral 2015 - 2020	17
Esquema del Plan de Pastoral para el curso 2016 - 2017	21
Ponencia: <i>«Mientras vamos de camino». Una mirada peregrina al Jubileo de la Misericordia</i> , D. Domingo García Guillén	25
Ponencia: <i>«Los caminos del encuentro con Cristo a la luz de Emaús»</i> (cf. Lc 24,13ss), D. Pedro Luis Vives Pérez	47
LECTIO	73
Meditación primera CRISTO SALE A NUESTRO ENCUENTRO <i>Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos</i>	79
Meditación segunda EL ENCUENTRO CON CRISTO EN EL CAMINO DE LA VIDA <i>¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?</i>	95

Meditación tercera	
EL ENCUENTRO CON CRISTO EN LA PALABRA	
<i>Les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras</i>	109
Meditación cuarta	
EL ENCUENTRO CON CRISTO EN EL SACRAMENTO	
<i>Tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando</i>	121
Meditación quinta	
EL ENCUENTRO CON CRISTO EN LA COMUNIDAD	
<i>Se volvieron a Jerusalén y contaron lo que les había pasado</i>	133
Acompañamiento	
Propuesta de las delegaciones de pastoral	147
Celebraciones	159
· Adviento.....	161
· Cuaresma	171
· Vigilia de Pentecostés.....	181
Cátedra de Espiritualidad «San Juan de Ávila»	193
Ficha de inscripción	199
Calendario pastoral diocesano 2016-2017	203
Seminario Diocesano: 275º Aniversario de su fundación	217
Oración por la Iglesia Diocesana	221
Oración por las Vocaciones Sacerdotales	225



· Palabras del Sr. Obispo





Presentación del Sr. Obispo

Encuentro y acompañamiento

«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso» (EG 3). Estas palabras del Papa Francisco, al inicio de su programática Exhortación *La Alegría del Evangelio*, enmarcan el proyecto, para los próximos años, de nuestro Plan Diocesano de Pastoral (PDP), centrado en el encuentro con Cristo como camino de misión, y son a la vez la mejor presentación del nuevo curso pastoral 2016-2017 que nos disponemos a vivir, en el que todos los diocesanos nos proponemos como **objetivo pastoral**: renovar los procesos y los itinerarios personales y comunitarios para encontrarnos con Cristo, nuestro Señor.

Este objetivo es posible para nosotros una vez que, la celebración y la vivencia del Extraordinario Jubileo de la Misericordia, convocado por el Santo Padre, nos ha conducido, a través de sus fecundas iniciativas, a encontrarnos con Cristo, Rostro de la Misericordia del Padre, profundamente venerado en nuestra Diócesis con la advocación de la «Santa Faz». Sin embargo, el término de tal año, no puede llevarnos a abandonar el camino abierto por tan luminosa estela, sino que contrariamente, deseamos seguir profundizando, si cabe aún más, en la misma dirección, tal y como nos invita el Papa Francisco, cuando dice también: «sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad (...). Allí está el manantial de la acción evangelizadora» (EG 8).

El encuentro con Cristo nos salva y nos capacita para ser evangelizadores. Es, en palabras del Papa Francisco, «esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más» (EG 264). Supone, por tanto, la vivencia de dejarse cautivar por su persona, por su men-

saje, por su amor, hasta identificarse plenamente con él. Éste ha sido el ideal de tantos santos, comenzando por san Pablo, el gran apóstol de Jesús: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). Por ello, al dedicar a este fin nuestro Plan diocesano de Pastoral en los próximos años, buscamos, en plena sintonía con el programa de la exhortación *Evangelii Gaudium*, dos cosas sencillas. En primer lugar, centrarnos en lo esencial, que es «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (EG 36). Sólo de esta manera, nuestra opción pastoral y nuestro estilo misionero, puede llegar a todos, sin excepciones ni exclusiones. Y, en segundo lugar, entregarnos a fondo a este encuentro salvador, al ser éste «el móvil definitivo, el más profundo, el más grande, la razón y el sentido final de todo lo demás» (EG 267). Con ello, perseveraremos en una evangelización fervorosa, ya que «si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no hacerlo» (EG 266).

Para ello, el Plan diocesano dispone de medios útiles al alcance de todos, para que nadie se sienta ajeno a esta invitación, esto es, a caminar hacia el encuentro con Cristo acompañado por toda la Iglesia diocesana. En primer lugar, dispone de un **itinerario formativo** que, a través de cinco meditaciones (siguiendo el conocido método de *lectio divina*), propone una lectura del camino de Emaús (cf. Lc 24, 13-35) como paradigma y clave de comprensión y experiencia del encuentro con Cristo y el acompañamiento en él. A través de este itinerario animo a todos los grupos ya formados de *lectio divina*, y todos los demás que se puedan constituir en este año, a que recobren e impulsen un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un don del Señor que podemos transmitir a los demás. «¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva!» (EG 264).

En efecto, la contemplación de este camino descrito por el evangelista Lucas, nos va a hacer descubrir cómo de real y de vivo es hoy en nuestro tiempo, en nuestras comunidades e, incluso, en nuestras vivencias. Muchos discípulos de Jesús también caminan en nuestras ciudades y nuestros pueblos desorientados, perdidos, sin esperanza, sin haber experimentado el consuelo de la Pascua del Señor. Dema-

siados hermanos nuestros han abandonado nuestras comunidades y se han alejado de nuestras iglesias sin haber gustado el gozo de la fe pascual. De hecho, hay una expresión en las meditaciones —que me permito mencionar— muy usada en nuestros tiempos y que ha tenido fortuna: el «síndrome de Emaús». Tal síndrome es como una psicosis dominante en no pocos contemporáneos y que se manifiesta en la queja permanente, hecha de decepción de todo, hecha de desánimo ante las circunstancias y la realidad; percibidas estas no desde la fe, no desde la Sabiduría de Dios... y que viene a ser como un reflejo del estado de ánimo que arrastraban los dos discípulos que andaban tristes y alejándose de los Once, de Jerusalén, a Emaús. ¿Queremos también nosotros instalarnos en el desánimo, en la queja, en el no hay que hacer? Tanto para el encuentro con el Resucitado, como para la misión que Él nos confía, necesitamos la asistencia del Espíritu Santo y dejarnos guiar por él. Así se evita una doble tentación: refugiarse en propuestas místicas y evasivas son compromiso ni comunión, o bien implicarse en simples discursos sociales y de compromiso sin una espiritualidad que transforme el corazón (cf. EG 262). El Espíritu es que crea un «espacio interior» para sentir a Jesús, para escucharle y dejarnos inflamar el corazón, como lo hizo con los de Emaús, abriéndoles los ojos, el corazón, reconociéndole vivo, presente, en la Palabra, en el Sacramento, en la comunión eclesial, y en el camino de la vida.

A este itinerario formativo le sigue, consecuentemente, un **itinerario pastoral**, cuya finalidad es alentar e impulsar un acompañamiento decidido, tanto a nivel personal como comunitario, del proceso de fe que conduzca a un efectivo encuentro con Cristo. De ese modo buscamos responder a un deseo del Santo Padre, cuando afirma que: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este “arte de acompañamiento”, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Éx 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere, y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG 169).

Esta tarea implica todos los ámbitos pastorales diocesanos, especialmente cada parroquia, que «siendo la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas» (EG 28), tiene una gran capacidad de acompañar la vida cotidiana de todos los fieles. Para ello, nuestras siete Delegaciones diocesanas de Pastoral, que son las auténticas ins-

piradoras y coordinadoras de este itinerario, van a impulsar una serie de servicios destinados al acompañamiento del proceso de fe, de los que se pueden beneficiar todos los ámbitos y agentes de pastoral que, necesiéndolos, soliciten este auxilio. En estas propuestas concretas de las Delegaciones vais a encontrar unas opciones pastorales determinadas comunes, que, iluminadas por la meditación del camino de Emaús, definen a la vez la naturaleza del mismo proyecto pastoral: 1) la atención a la formación de los agentes de pastoral, puesto que en toda acción evangelizadora, que en el fondo consiste en un coloquio salvador de persona a persona, lo interesan son las personas; 2) el cuidado y el conocimiento de los procesos de fe, ya que la fe es un camino que cada persona ha de recorrer a través de unos itinerarios definidos, 3) el cultivo de los espacios comunitarios de encuentro con Cristo, porque la fe siempre es eclesial y nos abre a dimensiones comunitarias; 4) la apuesta decidida por una formación cada vez más intensa e incisiva, que defina la personalidad creyente de cada cristiano promoviendo la construcción y consolidación de un sujeto teologal sólido y fuerte, capaz de afrontar un diálogo crítico y saludable con el pensamiento contemporáneo.

En definitiva, a través de este Plan queremos, como un instrumento de comunión y de acción, ir haciendo realidad el sueño del Papa Francisco, esto es, que el conjunto de nuestra valiosa pastoral, que desde hace años viene siendo realizada en nuestra Iglesia Diocesana, sea cada vez más intensa, más abierta, más «en salida», más misionera, partiendo de una fuerte experiencia de encuentro, de seguimiento, de entusiasmo por Jesucristo.

Ante este nuevo curso, imploro la asistencia del Espíritu Santo en todo nuestro trabajo y empeño pastoral. Quiero también hacer llegar mi reconocimiento hacia los sacerdotes y diáconos, personas consagradas y fieles cristianos laicos, que con tanta entrega cotidiana abris caminos de encuentro con el Resucitado y de evangelización en esta tierra de Orihuela-Alicante...



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela - Alicante



Palabras del Sr. Obispo en el Encuentro Diocesano de Pastoral · 11 de junio de 2016 ·

Salón de Actos del Obispado

Sabéis que a lo largo de la historia hombres y mujeres han contado y han compartido sus sueños. Sueños que, pareciéndose al «Grano de mostaza» del que nos habla Jesús en el Evangelio (Cf. Mt 13, 31-32), no obstante ser algo pequeño, insignificante...han sido capaces de ser notable realidad, incluso de cambiar trozos de la historia, inercias de comunidades y sociedades, situaciones imposibles. Un poco paradigmáticos, en este sentido, dentro de la reciente historia de la Humanidad, pueden ser los gestos de Gandhi, la famosa frase de Martin Luther King («he tenido un sueño»), o las noches envueltas en miseria de la próxima santa –dentro de unos pocos meses- la Madre Teresa de Calcuta.

Traigo a colación todo esto, porque creo que se trata de un hermoso sueño lo que el papa Francisco nos trasmite en el documento «La Alegría del Evangelio», el documento programático de su pontificado y que nosotros como Diócesis tenemos en el arranque, en el inicio del vigente Plan Diocesano de Pastoral que nos hemos dado y que, este año, junto al Jubileo de la Misericordia, nos ilumina y nos seguirá iluminando para los tiempos inmediatos, Dios mediante.

En el fondo mi gran pregunta, también para mí mismo, es: ¿queremos, con la ayuda de Dios, hacer vida el sueño del Papa Francisco? ¿Queremos ir haciendo de la valiosa pastoral desde hace años realizada en nuestra Iglesia Diocesana, algo todavía más abierto, más «en salida», más misionero, partiendo de una fuerte experiencia de encuentro, de seguimiento, de entusiasmo por Jesucristo?

El texto evangélico de referencia para el Plan Diocesano, que se ha concretado para el curso próximo, es el de los discípulos de Emaús, por eso ocupará su representación «en camino» la portada de su próxima

publicación, comenzando ya por el folleto que tenéis en las manos. Y hay una expresión usada en estos tiempos nuestros, que me permito mencionar, y que ha tenido cierta fortuna: «El síndrome de Emaús». Es como una psicosis dominante en no pocos contemporáneos y que se manifiesta como queja permanente, hecha de decepción de todo, hecha de desánimo ante las circunstancias y la realidad; percibidas estas no desde la fe, no desde la Sabiduría de Dios... y que viene a ser como un reflejo del estado de ánimo que arrastraban los dos discípulos que andaban tristes y alejándose de los Once, de Jerusalén a Emaús.

¿Queremos también nosotros instalarnos en el desánimo, en la queja, en el no hay nada que hacer? Tanto para el encuentro con el Resucitado como para la misión que El nos confía, necesitamos la asistencia del Espíritu Santo y dejarnos guiar por El. Así se evita una doble tentación: refugiarse en propuesta místicas y evasivas sin compromiso y sin comunión, o bien implicarse en simples discursos sociales y de compromiso sin una espiritualidad que transforme el corazón (cf. EG 262).

El Espíritu, sólo El crea como un «espacio interior» para sentir a Jesús, para escucharle y dejarnos inflamar el corazón como hizo con los de Emaús, abriéndoles los ojos, el corazón, reconociéndole vivo, presente, en la Palabra, en el Sacramento, en la comunión eclesial y el testimonio, y en el camino de la vida. El Espíritu, es quien hizo ese mismo milagro en los apóstoles, en María y, desde ellos, en nosotros, a partir de Pentecostés, para desde ahí hacernos capaces de compartir el encuentro, de salir a la misión, a dar la vida, con convicción, con fuerza, con amor, como los apóstoles a partir de aquel día. Papa Francisco, sucesor de Pedro, nos centra en un nuevo Pentecostés, en la obra del Espíritu que nos hace encontrarnos y creer en el Resucitado y que Él nos siga enviando como Iglesia a una humanidad necesitada de su verdad y su salvación.

Con el Espíritu no hay tiempos difíciles, sino diferentes. Recordemos a los primeros cristianos, a los mártires de nuestra Iglesia del siglo pasado, a los «tiempos recios» de los que hablaba Teresa de Jesús (Vida 33,5). Por ello, a este respecto dice el papa Francisco con claridad, con contundencia: «No digamos que hoy es difícil, es distinto» (EG 263).

Soñemos, pues, con una Iglesia misericordiosa, renovada, amando la hora que nos ha tocado vivir, viviendo el presente como gracia de Dios. Una Iglesia que en el plano diocesano sea «una madre cercana», que anima, impulsa, levanta; y en el plano parroquial sea «hogar de

puertas abiertas». Parroquia, siempre, como casa abierta y al servicio de todos; con identidad, que ofrece y acerca su gran «tesoro» a todos: el Señor (camino, verdad y vida). O como sencillamente gustaba San Juan XXIII de llamarla, «la fuente de la aldea», a la que todos acuden para calmar la sed.

Una Iglesia que, en sus comunidades e instituciones, no puede, por tanto, estar replegada sobre sí misma, sino que ha de abrirse al mundo donde está enraizada y donde las personas viven sus luchas y sus necesidades, sus gozos y sus esperanzas. Una Iglesia especialmente sensible y presente en las pobrezas que nos rodean, en la soledad de tantos mayores; que engendra hijos, que acompaña en cada modalidad de catequesis iniciando a nuevos cristianos; que suscita vocaciones y discierne y cuida los carismas, que ilusiona a niños y jóvenes, que acompaña e ilusiona en el amor del matrimonio y la familia y en la tarea de la enseñanza; que genera convicción del Espíritu en los antiguos y nuevos pastores que deben guiar y servir con amor a nuestras comunidades.

Al servicio de este sueño, al servicio del presente de nuestro pueblo al que somos enviados, al servicio de la misión ilusionada y de la comunión que enriquece, está y debe estar este Encuentro, nuestros proyectos, y el Plan Diocesano Pastoral que precisamente quiere ser un fruto del sueño del papa Francisco, un sueño contado en «*Evangelii Gaudium*». El Espíritu del Señor nos asista, para ello.

Y que el Espíritu, a cuya inspiración confío nuestra tarea, me inspire la palabra oportuna para haceros llegar mi gratitud en nombre de la Diócesis, a todos vosotros y a las realidades eclesiales a las que representáis. A todos gracias por lo mucho que habéis hecho y por lo mucho que haréis. A todos el deseo de que el Señor, por intercesión de Santa María, os siga llenando de fe y de luz para acoger la gracia de este Encuentro y la de la Misión a la que os envía. Gracias a todos y que así sea.



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela - Alicante



· **Esquema general
del Plan de Pastoral
2015 - 2020**



Esquema general del Plan de Pastoral 2015 - 2020

Plan Diocesano de Pastoral 2015 / 2020

EL ENCUENTRO CON CRISTO, CAMINO DE LA MISIÓN

«Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos» (1 Jn 1,3)

2015-2016	Encuentro con Cristo, rostro de la misericordia
2016-2017	Encuentro con Cristo, camino de la misión
2017-2018	Encuentro con Cristo: la mente creyente
2018-2019	Encuentro con Cristo: el corazón creyente
2019-2020	Encuentro con Cristo: la acción creyente




· Esquema del Plan de
Pastoral para el curso
2016 - 2017



Esquema del Plan de Pastoral curso 2016 - 2017

Esquema del Plan de Pastoral 2016/2017

RENOVAR EL ENCUENTRO CON CRISTO COMO
CAMINO PARA LA MISIÓN

<p>ENCUENTRO (Itinerario formativo) «Lo que hemos visto y oído,</p>		<p>ACOMPAÑAMIENTO (Itinerario pastoral) es lo que anunciamos» (1Jn 1,3)</p>
<p>Descubrir los caminos («lugares») por los que el Resucitado sale a nuestro encuentro</p>		<p>Suscitar y renovar los procesos («itinerarios») personales y comunitarios para encontrar al Resucitado</p>

(sigue)

(sigue)

MEDITACIONES

(Lectio divina)

1) «Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos»

(El encuentro con Cristo, iniciativa de Jesús y proceso del hombre)

2) «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

(Encuentro con Cristo en el camino de la **vida**)

3) «les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras»

(Encuentro con Cristo en la **Palabra**)

4) «tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando»

(Encuentro con Cristo en **los Sacramentos**)

5) «se volvieron a Jerusalén y contaron lo que les había pasado»

(Encuentro con Cristo en la **comunidad eclesial y en el testimonio**)

ORIENTACIONES

(desde las Delegaciones)

1. Renovar, impulsar y fortalecer el **ENCUENTRO** con Cristo como centro de la vida cristiana y eclesial

1) Fomentar el encuentro con Cristo como criterio y vía de maduración de la personalidad creyente.

2) Favorecer el perfil sacramental y eclesial de la vida cristiana.

3) Sensibilizar y ayudar a promover acciones eclesiales del primer anuncio y la pastoral de alejados

2. Revisar, educar y proyectar el **ACOMPANAMIENTO** personal y comunitario del proceso de fe

4) Suscitar el acompañamiento personal profundizando en el proyecto personal de vida cristiana.

5) Estimular el acompañamiento comunitario en el encuentro con Cristo.

6) Educar y acompañar la acción con el necesitado y con los que sufren.



· Ponencia

«*Mientras vamos de camino*»

Una mirada peregrina al Jubileo
de la Misericordia

· Domingo García Guillén ·



Ponencia

«*Mientras vamos de camino*»

Una mirada peregrina al Jubileo de la Misericordia^{1*}

· Domingo García Guillén ·

El papa Francisco ha convocado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como un tiempo propicio para que la Iglesia experimente el amor de Dios que acoge y perdona incondicionalmente, a fin de que cada cristiano y la comunidad cristiana en su conjunto se convierta en un hogar de Misericordia (cf. *MV* 3). El propósito de la convocatoria es que cada cristiano viva la misericordia en primera persona para poder ofrecerla a otros, como reza el lema del año jubilar: «*Misericordiosos como el Padre*», inspirado en las palabras de Jesús: «*Sed misericordiosos, como el Padre vuestro es misericordioso*» (*Lc* 6,36).

La Iglesia de Dios que peregrina en Orihuela-Alicante, convocada por su obispo Jesús, se reúne hoy en asamblea. Aquí estamos los cristianos de la diócesis: laicos, religiosos y presbíteros. Juntos respondemos a la invitación del Señor afinando la escucha del corazón para ponernos en la sintonía de Dios: «*El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*» (*Ap* 3,22). Esta mañana vamos a tomar el pulso a nuestra vida cristiana, preguntándonos cómo estamos viviendo este «*año de gracia del Señor*» (*Lc* 4,19). Quiero invitarles a mirar lo que está sucediendo en nuestras vidas, en la vida de nuestra Iglesia, para reconocer en ella las huellas del paso de Dios en nuestra vida.

1* Presento aquí las consideraciones que ofrecí en el Encuentro Diocesano de Pastoral de la Diócesis de Orihuela-Alicante, celebrado en el salón de actos del Obispado el pasado 11 de junio de 2016. Aunque he redactado la exposición, algunos detalles siguen revelando el origen oral de la exposición. Es bueno que así sea, a fin de mantener la conexión con el carácter de «*encuentro*» y «*asamblea*» en que fueron pronunciadas.

Las abreviaturas que empleo para citar los escritos de Francisco son las siguientes: **AL**: Exhortación *Amoris Laetitia*; **EG**: Exhortación *Evangelii Gaudium*; **LF**: Carta encíclica *Lumen Fidei*; **MV**: BULA *Misericordiae Vultus*.

El título de la exposición está tomado del relato de los discípulos de Emaús, que presidirá nuestra vida pastoral y diocesana el próximo curso 2016-17, concretamente del momento en que el Resucitado pregunta a los discípulos huidos: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?» (Lc 24,17). Las reflexiones se estructuran en torno a las dos palabras que sirven de columna vertebral a nuestro Plan Diocesano: se trata de «Encuentro» y «Misión». Propongo leerlas en clave de Misericordia, tratando de ver cómo estamos viviéndolas durante el año Jubilar.

El subtítulo de la exposición la califica como «mirada peregrina». Lo es en doble sentido: se nos ofrece la oportunidad de examinar nuestra vivencia jubilar mientras estamos todavía en el camino, con la oportunidad de revisar lo que hemos recorrido y enderezar el camino. Pero «peregrina» también por provisional e insuficiente. Por eso mismo, antes de exponer lo relativo al encuentro y la misión, me parece necesario hacer algunas advertencias previas.

1. Avisos para el peregrino

Comenzaré hablando en primera persona: creo que no sería honrado callar las especiales circunstancias en las que estoy viviendo el presente año jubilar. Con todo, mi objetivo no es hablar de mí, sino de «nosotros», tratando de suscitar la reflexión eclesial desde mi testimonio personal. A continuación, haré una breve reflexión sobre el tiempo jubilar, tratando de ahondar en la oportunidad que se nos brinda de tener un «mig any» pastoral. Por último, trataré de explicar que significa «nuevo» en el contexto de la vida de la Iglesia y de la planificación pastoral.

1.1. En primera persona: del singular al plural

El año pasado tuve el gran honor de dirigir la palabra a esta misma asamblea. Nuestro obispo me pidió que hiciera una sencilla presentación de la Bula *Misericordiae Vultus*, para que todos tuvieran la ocasión de conocer los contenidos básicos de la convocatoria del Jubileo de la Misericordia. Posteriormente, se me pidió que redactara mi exposición para que saliera publicada junto con los materiales elaborados para los grupos de *Lectio Divina*². *De aquellas palabras que pronuncié, tengo grabado*

2 Cf. D. GARCÍA GUILLÉN, «El Rostro de la Misericordia. Presentación de la Bula “Misericordiae Vultus” del papa Francisco», en: *Encuentro con Cristo, rostro de la misericordia del Padre*.

un párrafo al que he vuelto muchas veces durante los últimos meses:

A fin de que brille con más intensidad el carácter excepcional de este Jubileo de la Misericordia, Francisco propone una figura nueva: los «Misioneros de la Misericordia». Su misión principal es la de celebrar el sacramento de la Reconciliación en toda su amplitud. Francisco asegura que serán «sacerdotes a los que daré la autorización de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede apostólica». Francisco exhorta a los obispos a que inviten a estos misioneros a visitar sus diócesis, convirtiendo la Misión en «signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios». La novedad de la figura nos hace esperar que el papa Francisco y sus colaboradores en la Sede Apostólica vayan precisando más su actividad³.

A finales del mes de octubre de 2015 recibí un e-mail de la Santa Sede en el que pude leer, para mi sorpresa: «*su nombre ha sido señalado al Santo Padre como un posible candidato para ser un Misionero de la Misericordia*». Comenzando por la incredulidad inicial, durante las semanas siguientes mi estado de ánimo fue variando entre el asombro, la conciencia de mi indignidad (o mi falta de idoneidad, si prefieren decirlo así) e incluso la tentación del rechazo. Pensé muchas veces en las «excusas» que pusieron los profetas de la Biblia cuando recibieron su vocación. Volví a recordar mis propias dudas cuando comencé a pensar que Dios me llamaba al ministerio ordenado. Sabía que, cuando Dios pide algo, nos ha dado antes la capacidad de hacerlo. Pero no eran menos reales mis dudas ante un nuevo encargo, cuyo contenido no conocía y que venía a añadirse a los que he ido recibiendo de la Iglesia. Comenzando ya el Adviento, a veces sentía que me faltaban las palabras para aceptar, como al sacerdote Zacarías (cf. *Lc 1,18*), y anhelaba tener la disponibilidad de María de Nazaret para dejar vía libre a la Palabra de Dios en mi vida (cf. *Lc 1,38*).

El Adviento fue tiempo de discernimiento. Casi llegada la Navidad, fui comprendiendo que el pequeño «sí» que se me pedía no era más que una consecuencia lógica del «sí» que hace quince años otorgué a Jesucristo y a su Iglesia... O para ser más exactos: que Jesús ya había pronunciado ese «Sí» por mí (*2Cor 1,18-24*). Alguien había decidido ya por mí⁴.

Programación Diocesana de Pastoral 2015-2016 (Material de uso interno), Diócesis de Orihuela-Alicante, Alicante 2015, 117-137.

3 *Ibidem*, 130.

4 Salvando las distancias, parece que son aplicables las palabras del gran teólogo Hans urs

Nunca el discernimiento es solitario. Nuestra Iglesia diocesana, en la persona de su vicario general D. José Luis Úbeda, me aseguró todo el apoyo de nuestra diócesis. Tampoco he recorrido solo el camino: a mi lado ha estado siempre Daniel Riquelme Amorós, director del secretariado diocesano de Infancia y Juventud, que también recibió el encargo de ser misionero de la Misericordia. Los dos compartimos ahora, junto con la preocupación por la evangelización de los jóvenes, la urgencia de anunciar que Dios nos quiere con locura; que Él no es ése que muchos piensan, ni hay que temer acercarse a Dios ni a su Iglesia. En una palabra: que el nombre de Dios es misericordia⁵.

El Miércoles de Ceniza del año Jubilar, 10 de febrero de 2016, quedará grabado en el corazón de Daniel y en el mío propio. Iniciábamos la Santa Cuaresma en la Basílica Vaticana, recibiendo del papa Francisco el mandato de ser Misioneros de la misericordia: «*Que vuestras manos bendigan y vuelvan a levantar a los hermanos y a las hermanas con paternidad; que a través de vosotros la mirada y las manos del Padre se posen sobre los hijos y curen sus heridas*»⁶. La tarde anterior, el papa nos había concedido una audiencia, donde definía así nuestro ministerio: «*ser misionero de la Misericordia es una responsabilidad que se os confía porque requiere de vosotros que seáis en primera persona testigos de la cercanía de Dios y de su forma de amar. No a nuestro modo, siempre limitado y, a veces contradictorio, sino a su manera de amar y a su manera de perdonar que es, precisamente, la misericordia*»⁷.

El papa Francisco tiene un sueño para la Iglesia: «*¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios!*» (MV 5). Al encargarnos la misión de la misericordia, el papa ha decidido compartir ese sueño con nosotros. Durante estos meses, Daniel y yo hemos sido invitados a predicar la misericordia y administrarla en la confesión en casi cada rincón de la diócesis: Alicante, Elche, Callosa del Segura, La Vila Joiosa, Benidorm, Onil, Elda, Sax, Guardamar del Segura, Orihuela, Dolores, Villena... Incluso alguna invitación más allá de los límites de

von Balthasar sobre su decisión de ordenarse sacerdote: «No tienes nada que elegir, has sido elegido; no necesitas nada, se te necesita; no tienes que hacer planes, eres una piedrecita en un mosaico ya existente» HANS URS VON BALTHASAR, en: J. SANS VILA (ed.), *¿Por qué me hice sacerdote?*, Sígueme, Salamanca 1982⁵, 14.

5 Cf. FRANCISCO, *El nombre de Dios es misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, Planeta, Barcelona 2016.

6 FRANCISCO, Homilía (10 febrero 2016)

7 FRANCISCO, *Discurso en el encuentro con los misioneros de la misericordia* (9 de febrero de 2016).

nuestra iglesia local. Se nos ha ofrecido la oportunidad de estar presentes en numerosos acontecimientos diocesanos para ofrecer una palabra que no es nuestra: la palabra del perdón y la misericordia.

Aunque escribo en primera persona (con lo difícil que me resulta⁸), mi propósito no es hablar de mí mismo. Cuando un cristiano mira su propia vida para narrarla a otros, no lo hace para presumir de méritos o exhibir cicatrices. Tan sólo trata de constatar el paso de Dios por la propia vida, confesando que los logros se deben principalmente a Dios, y los fracasos son exclusivamente nuestros. Lo experimentamos cuando leemos el Antiguo Testamento, donde encontramos relatos de guerras, masacres y traiciones. Junto con esas miserias humanas, en las páginas de la Biblia resuena siempre la misma música de fondo: al Dios vivo y verdadero se le encuentra en la propia historia. Una historia vivida, orada y narrada.

Por eso creo que ha llegado el momento de pasar de la primera persona del singular a la primera del plural. Y es que un cristiano nunca está verdaderamente solo: el Hijo de Dios experimentó la soledad más extrema a fin de que nadie tuviera que volver a soportarla⁹. La identidad cristiana siempre es comunitaria, como dice un himno de la liturgia de las horas que me acompaña muchos años: *«Allí donde va un cristiano no hay soledad, sino amor, pues lleva toda la Iglesia dentro de su corazón. Y dice siempre “nosotros”, incluso si dice “yo”»*¹⁰.

Son muchas las vivencias que hemos ido atesorando durante el año jubilar. Momentos que marcarán la historia de nuestra iglesia para siempre. Cada uno de nosotros tiene que detenerse para reconocer la compañía del Resucitado, que comparte discretamente nuestra peregrinación y nos pregunta, como a los de Emaús: *«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»* (Lc 24,17).

Las palabras que siguen no son más que una modesta ayuda para formular la respuesta de nuestra iglesia diocesana a esta pregunta del Señor.

8 El primer texto que publiqué comenzaba precisamente así: «Escribir en primera persona resulta difícil. Más aún cuando se pretende poner por escrito la propia experiencia, el camino recorrido en la vida» D. GARCÍA GUILLÉN, «Por la gracia de Dios, soy lo que soy», *Surge* 66 (2008), 521-529.

9 Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesucristo. Soledad y compañía*, Sígueme, Salamanca 2016.

10 *Liturgia de las Horas*, Himno del sábado de la II Semana.

1.2. *El tiempo que nos queda*

Hay una expresión paulina que da que pensar. San Pablo dice que «*el momento es apremiante*» (1Cor 7,29). Algún filósofo contemporáneo prefiere traducirla de otro modo: «*el tiempo es breve*» o «el tiempo que nos queda»¹¹. Cada uno de nosotros ha tenido esta misma experiencia: el tiempo es un don precioso que no podemos desperdiciar. Un don de Dios que ofrece posibilidades inéditas para nosotros. El beato Pedro Fabro, uno de los primeros miembros de la Compañía de Jesús, tiene una expresión muy del gusto del papa Francisco: «*El tiempo es el mensajero de Dios*» (EG 171). El mismo papa nos invita a mirar el transcurrir de los días con una mirada amplia, que no se quede en el instante actual. Una mirada capaz de planificar a largo plazo, con memoria del pasado y esperanza de futuro¹². Hoy se nos regala la oportunidad de lanzar esa mirada sobre el año jubilar, mirando lo que ya hemos vivido y haciéndonos conscientes de lo que nos queda todavía por vivir.

Nuestra situación se parece al «mig any» de nuestras fiestas populares de Moros y Cristianos. La celebración del «mig any» recuerda que la fiesta no es sólo un periodo esporádico en nuestra vida, que sólo celebramos una semana al año; es necesario que la fiesta invada nuestra vida cotidiana, hacer presente la alegría en medio de nuestra vida cotidiana. Como iglesia diocesana, hemos de sentir que no basta con haber iniciado el año jubilar y concluirlo cuando toque: tenemos que aprovechar con intensidad y agradecimiento «el tiempo que nos queda».

La referencia al tiempo es muy significativa porque hoy celebramos el Encuentro Diocesano de Pastoral. Nuestra mirada al presente nos invita a mirar hacia atrás y hacia adelante, a hacer memoria y proyectar esperanza. Sentimos la necesidad de reunirnos para planificar y evaluar, para examinar el camino que hemos hecho y el camino que todavía nos queda. Al mirar atrás comprobamos que nuestra iglesia diocesana ha dado muchos pasos: más de veinte años planificando y evaluando nuestra vida diocesana y nuestra acción pastoral, bajo la atenta guía de nuestros pastores Francisco, Victorio, Rafael y Jesús. Con todo, nuestra memoria agradecida no impide que veamos que todavía tene-

11 Cf. G. AGAMBEN, *El tiempo que resta. Comentario a la carta a los Romanos*, Trotta, Madrid 2006, 17.

12 «El “tiempo”, ampliamente considerado, hace referencia a la plenitud como expresión del horizonte que se nos abre, y el momento es expresión del límite que se vive en un espacio acotado» (EG 222)

mos mucho camino por recorrer: para que nuestra Iglesia sea Iglesia en salida, hospital de Misericordia, casa de todos y cosa de todos... Mucho por hacer y mucho por dejarnos hacer. Hay muchas cosas que dependen de nuestra acción, y todavía muchas más que dependen de la acción divina. Lo propio de Dios es hacer, al hombre le toca dejarse hacer, como decía el sabio Ireneo de Lyon¹³.

Nos reunimos hoy para conocer mejor nuestro Plan diocesano de pastoral. Un plan que ya hemos estrenado durante el curso 2015-2016. Pero hay que reconocer que el año de la Misericordia ha tenido el mayor protagonismo. Aunque las palabras «encuentro» y «misión» han presidido nuestras carteleras todo el curso pasado, hay que reconocer que aún no hemos comenzado a aplicar nuestro plan. Sin exagerar demasiado, podemos decir que el Plan de Pastoral es nuevo para nosotros. Pero – cabe preguntarse – el Plan ¿es «nuevo» porque aún no lo conocemos o porque aporta alguna «novedad»?

1.3. Lo «nuevo» en la vida de la Iglesia

Podría parecer que la novedad procede del ingenio de quienes han elaborado el plan de pastoral. Desde esta perspectiva, la Iglesia parecería una realidad que tenemos que inventar continuamente... Pero no es esta la novedad a la que me refiero. Más bien se trata de justo lo contrario. La novedad cristiana no es una idea ni un concepto ni un conjunto de normas. Para los cristianos, la novedad procede de una persona.

Resulta muy ilustrativo un pasaje de la primera parte del libro *Jesús de Nazaret* de Joseph Ratzinger, el papa emérito Benedicto XVI. Ratzinger dialoga con el rabino norteamericano Jacob Neusner. Este judío observa que Jesús se pone por encima de la Ley Judía en tres mandamientos fundamentales de la Torá: amar a los padres, santificar el sábado, ser santos. «*Jesús no quiere que se sigan estos tres preceptos fundamentales*

13 «En esto difiere Dios del ser humano: Dios hace, el hombre es hecho [*Deus facit, homo fit*]. Y, por cierto, el que hace siempre es el mismo; en cambio aquel que es hecho debe recibir comienzo, adelanto y aumento hasta llegar a la madurez. Dios concede los beneficios, el ser humano los recibe. Dios es perfecto en todas las cosas, siempre es igual y semejante a sí mismo, porque todo él es luz, mente, substancia y fuente de todos los bienes; mientras que el ser humano recibe el ir aprovechando y creciendo hasta Dios. De la misma manera como Dios es siempre el mismo, así también el hombre que se encuentra en Dios, siempre irá creciendo hacia él. Pues ni Dios deja nunca de beneficiar y enriquecer al ser humano, ni éste deja de recibir de Dios sus beneficios y riquezas. Cuando el ser humano es agradecido con aquel que lo creó, se convierte en recipiente de su bondad e instrumento de su gloria» IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* IV,11,2 (SCH 100/2, 500-502).

de Dios, sino que se le siga a Él»¹⁴. Según reconoce el propio Neusner, Jesús no ha dejado fuera nada de la ley judía, aunque ha añadido algo: a sí mismo. Ya en el siglo II, Ireneo de Lyon se había formulado esta pregunta y había dado idéntica respuesta: «¿Qué traje de nuevo el Señor con su venida? Ha traído toda novedad, trayéndose a sí mismo»¹⁵. Poco antes, Ratzinger había desarrollado este argumento de la novedad de Jesús:

¿Qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios. Aquel Dios cuyo rostro se había ido revelando primero poco a poco, desde Abraham hasta la literatura sapiencial, pasando por Moisés y los Profetas; el Dios que sólo había mostrado su rostro en Israel y que, si bien entre muchas sombras, había sido honrado en el mundo de los pueblos; ese Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios verdadero, Él lo ha traído a los pueblos de la tierra. Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor¹⁶.

Desde esta perspectiva, comprendemos que la novedad cristiana se llama Jesucristo. Cuando hablamos de lo «Nuevo», nos referimos al Encuentro personal con Jesucristo que sucede en la Iglesia. A quien pretendiera atribuirse el mérito de la novedad, habría que recordarle las contundentes palabras de san Pablo: «*nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo*» (1Cor 3,11) Un «nuevo» plan de pastoral no pretende sino facilitar y acompañar el encuentro con Jesucristo. La «novedad» sólo estará justificada si el plan nos ayuda a encontrarnos más y mejor con el que puede hacerlo todo «nuevo». En palabras del papa Francisco:

[Cristo] siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad [...] Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre «nueva» (EG 11).

14 J. NEUSNER en: J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret I: Desde el Bautismo a la Transfiguración*, La Esfera de los libros, Madrid 2007, 136.

15 IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* IV,34,1 (Sch 100/2, 846-847).

16 J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret I*, 69-70.

La novedad del Encuentro

Nos hemos acostumbrado a hablar de «encuentro» del hombre con Jesucristo, aunque no se trata en absoluto de un concepto sencillo. La mejor teología fundamental del pasado siglo dedicó muchos esfuerzos por aclarar cómo es posible que podamos tener un «encuentro» con Dios. Puesto que un buen amigo ha estudiado a fondo el tema, le tomo prestada una explicación que me parece convincente:

La fe es [...] un encuentro en sentido pleno. Se trata de un encuentro especial, ciertamente, pues hay una enorme distancia entre el Creador y la criatura. Pero es real. Tan real como la voluntad de Dios que nos interpela, como la huella que su acción deja en el mundo, como la carne de Cristo que duerme entre pajas en su infancia y cuelga de la cruz en su madurez. Esa realidad nos es accesible por el cuerpo de la Iglesia, cuya sacramentalidad engendra los sacramentos, cuya tradición actualiza la Escritura, cuya caridad actúa en el odio de la tierra y cuya voz hace resonar en la historia la Palabra eterna del Padre. El Espíritu posibilita ese encuentro, que llevado a plenitud nos permite compartir la condición divina, y que ya en el inicio de su actuación nos diviniza¹⁷.

Se observa con claridad que, si hay encuentro con Dios, es porque Él ha salido a nuestro encuentro en Jesucristo y nos ha concedido de su Espíritu. Hay «novedad» porque el Encuentro transforma completamente nuestra vida y nos saca de los «esquemas aburridos» (EG 11) en los que a veces tratamos de encerrar a Jesucristo¹⁸. La novedad del año de la Misericordia consiste también en el Encuentro. El papa nos invita a re-descubrir aquello que creemos conocer, que ya forma parte de nuestra vida cristiana, pero que todavía puede sorprendernos mucho: Dios, la Iglesia, el sacramento de la Reconciliación.

El Año Jubilar supone una novedad en estos tres aspectos centrales para la vida cristiana: estamos descubriendo a Dios de un modo nuevo, en perspectiva de Misericordia; respecto a la Iglesia, el año jubilar nos ayuda a habitar la comunidad cristiana como la casa de una Madre; y, por último, hay un lugar donde Dios y la Iglesia nos abrazan juntos para sanar nuestras heridas: el sacramento de la reconciliación.

17 J. ZAZO, «El sacerdote, ministro del encuentro con Dios. De la fe como encuentro al pastor como favorecedor del encuentro con Dios», *Facies Domini* 4 (2012), 359-382 [aquí 370-371]. Un tratamiento generoso del tema se encontrará en su estudio *El encuentro. Propuesta para una Teología fundamental*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2010.

18 Cf. D. GARCÍA GUILLÉN, «Una Iglesia en salida. A propósito de *Evangelii Gaudium*», *Facies Domini* 6 (2014), 53-94 [especialmente 62-68].

2.1. Un nuevo rostro para Dios: la Misericordia

El Decálogo prohíbe pronunciar el Nombre de Dios en vano¹⁹. Sabemos que en este Nombre santo se han realizado obras heroicas, que han cambiado la historia, pero también las peores atrocidades, que han hecho del mundo un lugar menos humano.

Por eso, desde hace algunos años, los teólogos han recuperado un capítulo del tratado de Dios que había quedado un poco en el olvido: la crítica de los ídolos. Algunas falsas imágenes de Dios conviene que desaparezcan: el Dios justiciero y controlador, el carcelero inmisericorde, el «ojo que todo lo ve», el enemigo de la felicidad. Podemos celebrar con alegría la muerte de esos falsos dioses, con tal que, a la salida del entierro, nos dediquemos a lo que verdaderamente importa: buscar el verdadero rostro de Dios²⁰. El papa Benedicto XVI lo insinuaba al decir que la esperanza de los cristianos es Dios, pero «no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto»²¹.

Durante muchos años, parecía que la primera tarea para un cristiano era justificar delante de otros si existe o no un Dios. Hoy parece más urgente saber cómo es el Dios que existe²². O para ser más exactos: sólo hay novedad y esperanza para nosotros si Dios es misericordia²³. Para encontrar una respuesta afirmativa tan sólo tenemos que abrir la Biblia.

En más de una ocasión, se marca una diferencia radical entre el Dios del Antiguo Testamento (que sería un Dios justo e incluso justiciero) y el Dios de Jesús, que sería amor y misericordia. Pero no es así.

Hay algunos textos del Primer Testamento que hablan de Dios en términos maternales. El segundo Isaías formula el sufrimiento del pueblo exiliado con estas palabras: «Yahvéh me ha abandonado, el Señor me

19 Cf. Ex 20,7 y Mt 5,33-34, con el comentario del *Catecismo* 2142-2167.

20 Cf. J. MOINGT, *Dios que viene al hombre I: Del duelo al desvelamiento de Dios*, Sígueme, Salamanca 2007. En la misma línea, J.M. MARDONES, *Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto*, PPC, Madrid 2006.

21 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe Salvi*, 31.

22 Cf. A. GESCHÉ, *Dios*, Sígueme, Salamanca 2010, 19-52.

23 «A la vista del círculo vicioso del mal, solo puede haber esperanza en un nuevo comienzo si es posible confiar en un Dios tan clemente y misericordioso como omnipotente, el único capaz de obrar un nuevo comienzo y de conferirnos valentía para esperar contra toda esperanza y fuerza para intentarlo otra vez. Se trata, pues, del Dios vivo que llama a los muertos a la vida y al final enjuga todas las lágrimas y todo lo renueva» W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2012, 15.

ha olvidado» (Is 63,12) y entonces Dios le responde: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del Hijo de sus entrañas? Pues aunque esas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (Is 63,13). Algo similar encontramos en la experiencia del Éxodo, cuando el pueblo echa de menos las ollas de Egipto y se queja amargamente a Moisés. Él se dirige a Dios, diciéndole: «¿Acaso he sido yo el que ha concebido a todo este pueblo y lo ha dado a luz, para que me digas: “Llévalo en tu regazo, como lleva la nodriza al niño de pecho, hasta la tierra que prometí con juramento a sus padres?”» (Nm 11, 12-13). En los dos textos encontramos la idea de que Dios ha «parido» a su pueblo al sacarlo de Egipto, lo ha alumbrado al elegirlo.

Esta imagen maternal de Dios está muy presente cuando hablamos de la «misericordia» de Dios. Una de las palabras hebreas con las que se habla de este amor compasivo de Dios es «*rahamim*». Habitualmente se usa para hablar de las entrañas de una madre, que ama a su hijo porque lo ha llevado dentro de ella²⁴. Por eso decimos que la misericordia de Dios es entrañable. Su presencia no asusta ni aterroriza. Sobrecoge, sí, pero tan sólo porque ante tanto amor sólo podemos quedar sorprendidos. Miren si no, la experiencia de Moisés, cuando Dios pasa delante de él: «*Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso [raham] y clemente [hanun], tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad*» (Ex 34,6). Aunque las palabras que siguen hablan de castigo, la imagen fundamental es la de una madre ante los hijos que ha llevado en su vientre, que los invita a descansar en su regazo. No se me ocurre una imagen más contraria al miedo.

Esta misericordia no es una idea abstracta. Para los cristianos, la Misericordia tiene un nombre. La Misericordia se ha hecho carne²⁵. El papa Francisco nos dice que el amor de Dios «*se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor*» (MV 8). Por eso, podemos decir que **Jesús es el amor misericordioso de Dios hecho carne**. San Juan define a Dios como «amor» (1Jn 4,8.16), y el papa Francisco concreta que este amor «*se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor*». Toda la vida de Jesús se puede leer desde la clave de la misericordia: sus gestos y signos «*hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes*», sus milagros y sus parábolas, su pasión, muerte y resurrección. «*En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión*» (MV 8).

24 Cf. JUAN PABLO II, Encíclica *Dives in Misericordia*, 4, nota 52. Cf. también O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2010⁴, 43-59.

25 Cf. D. GARCÍA GUILLÉN, «El Rostro de la Misericordia», 118-121.

2.2. Un nuevo nombre para la Iglesia: la Madre

Una de las frases más bellas de la bula *Misericordiae Vultus* es la que presenta la misericordia como «la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia» (MV 10)²⁶. Concretando aún más dirá que todo en la acción de la Iglesia «debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia» (Ibidem). De vivir o no la misericordia depende la credibilidad de la misión evangelizadora de la comunidad cristiana: «es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que viva y testimonie en primera persona la misericordia [...] Donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre [...] dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia» (MV 12).

Por eso también necesitamos un modo nuevo de hablar de la Iglesia. «Nuevo» no porque haya que inventarlo, sino porque facilite aún más el encuentro con Jesucristo. De hecho, la imagen más adecuada de la Iglesia para hablar de la misericordia es una imagen antigua: la Iglesia es nuestra Madre. San Cipriano, que fue obispo en el Norte de África durante el siglo tercero, lo decía con mucha claridad: «Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre»²⁷. Agustín de Hipona, en el siglo V, compara la maternidad de María con la de la Iglesia: «María dio a luz en el cuerpo a Cristo cabeza. La Iglesia alumbra espiritualmente a sus miembros»²⁸. Para concluir este ramillete de testimonios, acudimos a uno de los grandes teólogos del siglo XX. Henri de Lubac (1896-1991) recuerda que fue su madre carnal la que le dio a conocer la Iglesia, y añade: «La Iglesia es mi madre porque me ha dado la vida. Es mi madre porque no cesa de mantenerme y porque, por poco que yo me deje hacer, me hace profundizar cada vez más en la vida... En una palabra, la Iglesia es nuestra madre, porque nos da a Cristo...»²⁹.

No sorprende que un gran admirador de Henri de Lubac como es el papa Francisco haya empleado esta imagen maternal de la Iglesia

26 Cf. R. VÁZQUEZ JIMÉNEZ, «La misericordia, viga maestra de la Iglesia», *Vida Nueva* 2995 (2-8 de julio de 2016).

27 CIPRIANO DE CARTAGO, *De Ecclesiae catholicae unitate*, 6, citado en *Catecismo de la Iglesia Católica* 181.

28 AUGUSTINUS, *De sancta virginitate* 2, 2 [PL 40,397; CSEL 41,236]. Nuestro obispo emérito es autor de un completo estudio sobre el tema, cf. R. PALMERO, «*Ecclesia Mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Cristiandad, Madrid 1970

29 H. DE LUBAC, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2002³, 25.

en sus escritos³⁰. La Iglesia es la Madre que nos regala la vida de Dios en el bautismo. La Madre «*que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe*». La Madre que nos «*transmite ánimo, aliento, fuerza, impulso*». La Madre que nos acoge cuando volvemos a casa cansados y agotados. La Madre que cuida de nosotros cuando estamos enfermos. Una Madre que sigue siéndolo, aunque sus hijos se equivoquen o se vayan de casa. Sin esta Madre que es la Iglesia no podríamos ser cristianos.

El papa Francisco pide que la Iglesia vuelva a ser la casa de la Misericordia. Para eso tendrán que cambiar algunas cosas. Seguro que se os ocurren muchas reformas a nivel estructural: en la propia parroquia, grupo, en la diócesis... incluso a nivel universal. Pero, ante todo – quiero insistir en esto – tendremos que cambiar nosotros mismos. Para vivir la misericordia, primero tenemos que haberla experimentado. Y a esto nos ayuda el sacramento de la Reconciliación.

2.3. *Un nuevo encuentro con Dios y con la Iglesia: el sacramento de la Reconciliación*

Desde la imagen de la Iglesia como Madre, podemos entender bien el sentido del sacramento de la Reconciliación. Recibir la absolución de nuestros pecados supone volver a la casa del Padre, a la casa de la Madre. Por este sacramento nos reconciamos con Dios, pero también con la Iglesia «*a la que hemos herido al pecar*»³¹ (como dice el Concilio Vaticano II). Cualquiera de nosotros comprende la diferencia entre ser aceptado en una institución o club (que es como muchos ven a nuestra Iglesia...) y volver a la casa del padre, a la casa de la madre. El papa Francisco nos lo recordó a los misioneros de la Misericordia:

Deseo recordaros que en este ministerio estáis llamados a expresar la maternidad de la Iglesia. La Iglesia es Madre porque siempre genera nuevos hijos en la fe; la Iglesia es Madre porque nutre la fe; y la Iglesia es Madre también porque ofrece el perdón de Dios, regenerando a una nueva vida, fruto de la conversión [...] Nosotros estamos llamados a ser expresión viva de la Iglesia que, como Madre, acoge a quien se acerque a ella, sabiendo que a través de ella es incluido en Cristo. Al entrar en el confesonario, recordemos siempre que es Cristo quien acoge, es Cristo quien escucha, es Cristo quien perdona, es Cristo quien da paz³².

30 Cf. *LF* 37-39; *EG* 46-49 y 139-141; *MV* 4b y 22b; *AL* 49,299,308.

31 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* 11.

32 FRANCISCO, *Discurso en el encuentro con los misioneros de la misericordia* (9 de febrero de 2016).

Estas son las palabras que yo mismo escuché, junto con otros setecientos sacerdotes del mundo que fuimos enviados como Misioneros de la Misericordia. El papa Francisco no habló nada más que del sacramento de la Reconciliación. Sólo de la Confesión. Y creo que ése es el lugar en el que experimentamos la Misericordia de Dios manifestada en Jesucristo y administrada por la Iglesia. El Jubileo extraordinario de la Misericordia ha de ser una ocasión para que cada cristiano aprenda a experimentar el Perdón de Dios en la propia vida. Ninguno de nosotros debería dejar que termine este año sin haber vivido la experiencia del perdón: ése es uno de los sentidos del Jubileo bíblico.

Para hacer posible la experiencia del perdón, los presbíteros tenemos que estar disponibles y ofrecer el sacramento con generosidad, con frecuencia y accesibilidad. Por el ministerio que se nos ha confiado, los sacerdotes hemos sido puestos como signo de la maternidad de la Iglesia, también en nuestros gestos concretos, que pueden contradecir, oscurecer o disimular el mensaje de reconciliación del sacramento. Así lo afirmaba el papa en el texto que hemos suprimido entre corchetes:

No podemos correr el riesgo de que un penitente no perciba la presencia materna de la Iglesia que lo acoge y lo ama. Si faltara esta percepción, debido a nuestra rigidez, sería un daño grave en primer lugar para la fe misma, porque impediría al penitente considerarse incluido en el Cuerpo de Cristo. Además, limitaría mucho su sentirse parte de una comunidad³³.

3. Un estilo nuevo de Misión: ponernos en salida para acompañar

El Jubileo de la Misericordia conmemora un aniversario: cincuenta años desde la clausura del Concilio Vaticano II. Con aquel gran acontecimiento eclesial – señala el papa Francisco – la Iglesia inició *«una nueva etapa en la evangelización de siempre»* (MV 4). ¿En qué consiste la «novedad» de esta etapa? Francisco destaca la nueva relación entre el Evangelio y el mundo. Con el Concilio, la Iglesia derrumbó *«las murallas que por mucho tiempo habían recluso la Iglesia en una ciudadela privilegiada»* y sintió la responsabilidad de ser en el mundo *«un signo vivo del amor del Padre»*.

Durante la primera sesión del Concilio, el cardenal Leo Joseph Suenens había formulado a la asamblea dos preguntas que marcaron el ritmo de los debates del Vaticano II: *«Iglesia, ¿qué dices de ti misma? Igle-*

33 Ibidem.

sia, ¿cuál es tu misión en el mundo?»³⁴. A la primera pregunta trató de responder la constitución dogmática de la Iglesia *Lumen Gentium*. Sobre la «misión» de la Iglesia, la respuesta fue más diversificada: la constitución pastoral *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual se preguntó acerca de la presencia de la Iglesia en medio del mundo. El decreto *Ad Gentes*, por su parte, dirá que la Iglesia es «esencialmente misionera»³⁵.

El papa Francisco no tuvo una participación directa en las sesiones del Concilio, a diferencia de los pontífices anteriores, que fueron convocantes del Concilio (Juan XXIII, Pablo VI), padres (Juan Pablo II) o peritos conciliares (Benedicto XVI). La exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, que supone el programa del pontificado de Francisco, propone una «conversión» misionera de la Iglesia y sus estructuras: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación» (EG 27). La Iglesia entera tiene que ponerse «en salida».

En esta última parte de nuestra intervención tratamos de esbozar la respuesta que ofrece el Jubileo extraordinario de la Misericordia a la segunda pregunta del cardenal Suenens: «Iglesia, ¿cuál es tu misión en el mundo?». Serán tres los aspectos que destacaré a continuación. El primero, en continuidad directa con *Gaudium et Spes*, se preocupa de la identidad de la Iglesia en relación al mundo; tomaremos una de las imágenes favoritas de Francisco: la Iglesia es un «hospital de campaña»; en segundo lugar, me fijaré en las «**obras de misericordia**» como parte del anuncio eclesial de la Buena Noticia; por último, atravesar la «**puerta santa**» nos servirá de metáfora de un cambio de etapa en la vida personal y eclesial.

3.1. La Iglesia como «hospital de campaña»

Para comprender esta imagen de la Iglesia, los textos más claros son dos entrevistas realizadas al papa Francisco. Comenzamos destacando la más reciente de las dos, la que ha concedido al periodista Andrea Tornielli. Cuando éste le pregunta por qué ha convocado el Jubileo de

34 Cf. S. MADRIGAL, «Recuerdos conciliares y esperanzas ecuménicas del Cardenal Suenens» en: IDEM, *Memoria del Concilio: diez evocaciones del Vaticano II*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2005, 69-101.

35 CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes* 2.

la Misericordia, Francisco proporciona una respuesta directa, como si saliera directamente de sus entrañas de pastor: «*porque es una humanidad herida, una humanidad que arrastra heridas profundas. No sabe cómo curarlas o cree que no es posible curarlas*»³⁶.

He aquí el diagnóstico certero. En este mundo herido, la Iglesia ha cuidar de las vidas de cada hombre y mujer. Convertirse en un «hospital de campaña». Parece que la primera vez que Francisco empleó la imagen fue cuando, tan sólo unos meses después de ser elegido obispo de Roma, concedió una entrevista al también jesuita Antonio Spadaro. Cuando éste pregunta qué Iglesia sueña el papa Francisco, el pontífice responde:

Veo con claridad que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas... Y hay que comenzar por lo más elemental³⁷.

¿De dónde ha recogido Francisco esta imagen tan novedosa? Austen Ivereigh, autor de una reciente biografía del papa, sugiere un origen literario. Jorge Mario Bergoglio fue profesor de literatura y, a través de su abuela, conocía bien la literatura italiana. La novela *Los novios* (*I promessi sposi*) de Alessandro Manzoni es una de sus favoritas³⁸. La escena final de la novela – recuerda Ivereigh – «*tiene lugar en un lazareto, un hospital de campaña para las víctimas de la peste que asuela Milán, donde se suceden enternecedoras escenas de perdón y reconciliación en las que víctimas y verdugos se encuentran cara a cara*»³⁹.

La imagen de Iglesia que prefiere Francisco no es ideal o desencarnada. Comprende que en el mundo existen heridas, fracasos, desilusiones... y la prioridad de la Iglesia ha de ser salir al encuentro de hombres y mujeres de carne y hueso, para aliviar sus sufrimientos. Por eso afirmaba en *Misericordiae Vultus* que «*la misericordia es la viga*

36 FRANCISCO, *El nombre de Dios es misericordia*, 36.

37 A. SPADARO, «Papa Francisco: “Busquemos ser una Iglesia que encuentra caminos nuevos”», *Razón y fe* 268 (2013), 249-276 (aquí 261).

38 Él mismo decía, siendo arzobispo de Buenos Aires: «*A I promessi sposi la habré leído cuatro veces*» S. RUBIN-F. AMBROGETTI, *El jesuita. Conversaciones con el cardenal Jorge Bergoglio*, Vergara, Buenos Aires 2010, 119.

39 A. IVEREIGH, *El gran reformador. Francisco, retrato de un papa radical*, Ediciones B, Barcelona 2016, 36.

maestra que sostiene la vida de la Iglesia» (MV 10). Si faltara misericordia en la Iglesia, ésta dejaría de dar cobijo a quienes se sienten heridos por la vida.

La Liturgia recoge muy bien esta idea de ser «Iglesia para los demás» en uno de los textos más jóvenes de la *lex orandi*, la plegaria eucarística V/b, que tiene como título «Jesús nuestro camino». En ella, pedimos a Dios, nuestro Padre:

Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado; ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando⁴⁰.

3.2. Las obras de misericordia, prácticas de una Iglesia que ha experimentado misericordia

Alguien que ha experimentado misericordia, tiene necesariamente que compartirla con otros. La Biblia tiene una palabra para designar al destinatario de nuestra misericordia y nuestro amor: el «prójimo».

«¿Y quién es mi prójimo?» (Lc 10,29). Esta pregunta de un maestro de la ley ofrece a Jesús la ocasión para contar una de las más bellas parábolas de la misericordia: el buen samaritano (cf. Lc 10,25-37)⁴¹. Los judíos del tiempo de Jesús pensaban que «prójimo» era sólo el que pertenecía al pueblo de Israel. Según esto, habría que ayudar sólo a quienes comparten mi nacionalidad, mi religión... Esta idea la encontramos también en la Biblia: el libro del Eclesiástico (Eclo 18,13) leemos claramente: «el hombre tiene misericordia de su prójimo, el Señor de todo ser viviente». La diferencia entre el ser humano y Dios sería que Él ayuda a todos, mientras nosotros sólo cuidamos de quienes tenemos más cerca.

Jesús cambia las cosas. En la parábola del Buen Samaritano, Jesús nos dice que no tenemos que preguntarnos quién es nuestro prójimo sino (más bien) de quién tenemos que hacernos prójimos nosotros, quién se cruza en nuestro camino y se convierte en nuestro prójimo, porque nos necesita. La parábola nos lleva a concluir que la misericor-

40 *Misal Romano*, Coeditores Litúrgicos, Madrid 1989, 1045.

41 Cf. J. A. FITZMYER, *El evangelio según san Lucas III*, Cristiandad, Madrid 1987, 265-291; A. PITTA, «Las parábolas de la misericordia», en: PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos como el Padre. Subsidios para el Jubileo de la Misericordia 2015-2016*, BAC, Madrid 2015, 69-139 (sobre el Buen Samaritano: 86-92).

dia no es una cuestión teórica, sino eminentemente práctica. El maestro de la ley reconoce que el «prójimo» del hombre malherido es «*el que practicó la misericordia con él*» (Lc 10,37). La conclusión de Jesús es también una invitación a ponerse manos a la obra: «*anda y haz tú lo mismo*» (Lc 10,38).

Puesto que la misericordia ha de vivirse en la práctica, el jubileo vuelve a proponer las «obras de misericordia», a fin de que el amor divino que experimentamos en nuestras propias vidas, redunde en beneficio de quienes más necesitan experimentar misericordia⁴².

El Catecismo distingue entre obras de misericordia corporales y espirituales. Las corporales son: «*dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos*». Cada una de ellas se apiada del prójimo en una de sus carencias: comida, bebida, privación de vestido, casa, salud, libertad, vida...⁴³

Francisco nos invita a no olvidar las obras de misericordia espirituales, que también son siete. Podemos agruparlas según tres actitudes básicas del cristiano: 1ª) estar atento a los demás, que aparece en las tres primeras obras espirituales («*dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra*»); 2ª) ser instrumento de Reconciliación, que encontramos en las tres siguientes («*consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas*»; 3) y por último la oración («*rogar a Dios por los vivos y por los difuntos*»)⁴⁴.

Las obras de misericordia comienzan como acciones individuales. Cada uno de nosotros somos invitados a vivirlas en primera persona y nadie puede reemplazarnos, como dice Jesús: «*cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*» (Mt 25,40). Pero no se limitan al ámbito individual: si la misericordia es «*la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia*» (MV 10), los cristianos practicamos la misericordia no sólo individualmente sino como pueblo, como familia, como comunidad.

Ese carácter «eclesial» de la misericordia reclama lo que cierta filosofía moral contemporánea, basándose en Aristóteles, llama «prác-

42 Cf. MV 15. Puede ser de gran ayuda leer la exposición del Catecismo de la Iglesia Católica, cf. *Catecismo* 2447 y el magnífico comentario de S. PIÉ-NINOT, «Las obras de misericordia corporales y espirituales», en: PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Misericordiosos como el Padre*, 473-524.

43 Cf. S. PIÉ-NINOT, «Las obras de misericordia corporales y espirituales», 494.

44 Cf. *Ibidem*, 507.

ticas». Alasdair MacIntyre define la práctica como «*forma coherente y compleja de actividad humana cooperativa, establecida socialmente, mediante la cual se realizan los bienes inherentes a la misma*»⁴⁵. Esta definición puede aplicarse a la Iglesia. Ella «practica» la Misericordia con estas «formas cooperativas» (es decir, no sólo individuales) que son reconocibles («establecidas socialmente»). Con ellas, la Iglesia realiza su misión evangelizadora, su misión de transmitir la misericordia que ha recibido de Dios (ése es su «bien inherente»).

Nuestra delegación de acción socio-caritativa ha propuesto un gesto diocesano en la línea de la «limosna penitencial» de cuaresma. Conviene defender el término «limosna» del prejuicio de quienes lo entienden como dar lo que sobra. La propuesta surgida en nuestra iglesia diocesana pretende recuperar el sentido original de la «limosna», incluso su origen etimológico: procede del griego «*eleemosyna*», que contiene la palabra «*eleos*» que muchos conocemos del texto latino de la misa: «*Kyrie, eleison*» («Señor ten piedad»). Aunque más que «piedad» se trata de «misericordia». Dar «limosna» no es otra cosa que «dar misericordia». Quien practica la limosna ofrece a otros la misericordia que él ha recibido de Dios. Durante el tiempo de Cuaresma, los cristianos de todos los tiempos han renunciado a determinados alimentos, se han privado de algunos «caprichos» ... para ahorrar dinero con el que ayudar a los menos favorecidos. Éste es el sentido de la limosna penitencial, que en nuestra diócesis se ha denominado «limosna de la misericordia», y que ha ido acompañado de otras acciones como la «lluvia de la misericordia». La delegación lanzó una encuesta, que sólo han respondido cinco parroquias. Sin duda, hay que reconocer que en este punto necesitamos aprovechar «el tiempo que nos queda» de año jubilar. Más aún: la limosna penitencial está llamada a convertirse en una «práctica» cuaresmal de nuestra Iglesia, que se celebre cada año y destine los frutos del ayuno a socorrer las necesidades más cercanas.

Nuestro análisis no podría ser nunca triunfalista. Hace pocos días hemos podido ver una viñeta del dibujante Agustín de la Torre, que mostraba un grupo de refugiados llegando a las fronteras de Europa, detenidos ante una valla que les impedía el acceso. Aún así, uno de ellos sonreía esperanzado: «*Tenemos mucha suerte, porque vamos a llegar a países cristianos, en el año de la misericordia*». A pesar de las numerosas iniciativas de acogida y solidaridad, los discípulos de Jesús no pode-

45 A. MACINTYRE, *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona 1987, 233.

mos sentirnos satisfechos mientras otros seres humanos carezcan de trabajo, vivienda, educación... Todavía tenemos un largo camino por delante.

3.3. «Nadie cruce este portal...». *La Puerta de la Misericordia*

En este camino de la Iglesia, el Jubileo ha de suponer una estación importante. Me parece muy iluminadora la imagen de la Puerta. Conservo en mi corazón un recuerdo muy intenso respecto de la puerta de un santuario mariano de nuestra diócesis: *Nuestra Señora de las Virtudes*, en Villena. Con mis compañeros del Seminario, hice allí el retiro de preparación para recibir el ministerio de lector. Con ellos, y animado por nuestro rector, hice el juramento que exige una placa instalada en la puerta del claustro, fechada el 25 de marzo 1624: «*Nadie pase este portal sin que jure por su vida que María fue concebida sin pecado original*».

Reconocer a María Inmaculada supone confesar – con los labios y el corazón– que Dios es capaz de hacerlo todo nuevo. Él puede curar nuestras heridas y hacer de nosotros criaturas nuevas. Creo que éste es el espíritu con el que hay que vivir «lo que nos queda» del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. Tenemos que salir cambiados. Al «atravesar el umbral» del año de la Misericordia, hemos de tener la confianza que nos acompañó al cruzar otras puertas jubilares, como la del Gran Jubileo del 2000 o la del año de la fe⁴⁶. Desde la imagen de la puerta, comprendemos que algunas situaciones deben quedar atrás, que tan sólo sean un mal recuerdo en los libros de historia. Un ejemplo sería la indicación del papa Francisco: «*tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia*» (MV 10). A la vez, la puerta hace entrar en una nueva realidad, que ahora sólo podemos intuir. El Jubileo ha de dejar en cada uno de nosotros y en nuestra Iglesia una huella imborrable. Debería suponer un cambio de época en la vida de nuestra Iglesia diocesana, magníficamente expresado por el anhelo pastoral expresado por el papa Francisco. Sus palabras nos sirven de conclusión: «*¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios!*» (MV 5).

46 La metáfora de la «puerta» y el umbral está presente tanto en el libro de San Juan Pablo II: *Cruzando el umbral de la esperanza* como en el título del documento en que Benedicto XVI anunciaba la convocatoria del año de la fe: «Porta fidei» (*La puerta de la fe*).



· Ponencia

*«Los caminos del encuentro
con Cristo a la luz
de Emaús»*

(cf. Lc 24,13ss)

· Pedro Luis Vives Pérez ·



Ponencia¹

«Los caminos del encuentro con Cristo a la luz de Emaús»

(cf. Lc 24,13ss)

· Pedro Luis Vives Pérez ·

«*Todo en nuestra vida, hoy como en los tiempos de Jesús, comienza con un encuentro*»
(Papa Francisco, 7-III-2015)

1. Unas premisas: comprender qué es un plan de pastoral

A la hora de presentar las líneas fundamentales del Plan Diocesano de Pastoral para los próximos años es conveniente aclarar ciertos *presupuestos* que ayudan a comprender mejor qué significa y qué pretende un plan de pastoral.

1) Un plan de pastoral no pretende *serlo todo*, es decir, no pretende anular o suplantar la actividad pastoral ordinaria. No relega la responsabilidad personal de aquello que cada uno debe o puede hacer; ni el ritmo ni las tareas específicas de cada cual. Cada parroquia, cada sector pastoral, cada agente pastoral... deberá seguir haciendo lo que debe hacer.

Lo específico de un plan de pastoral consiste en que éste *se concentre en lo esencial, en lo nuclear, en lo más importante*, sobre aquello capaz de animar, sostener e iluminar el resto. Ciertamente, descubrir esa «jerarquía» pastoral (qué es eso más importante, lo más nuclear) no es fácil. Supone previamente contemplar la realidad y la vida, con su horizonte complejo de matices; supone escuchar la voz del Señor y reconocerla,

¹ Ponencia ofrecida en el Encuentro diocesano de Pastoral, 11 de junio 2016, Obispado de Orihuela-Alicante (Alicante).

en medio de tanto bullicio exterior e interior. Supone, en definitiva, un ejercicio sereno y saludable de *discernimiento* para descubrir aquello que el Señor pide, aquello que «debemos hacer» —tal y como preguntaron los primeros convertidos del día de Pentecostés a los apóstoles (cf. Hch 2,37)². Y supone, por último, una vez percibida la llamada del Señor, la determinación de obedecer su voluntad, seguir su indicación: seguimiento que ineludiblemente implica tomar unas opciones concretas y precisas.

Pues bien, solamente cuando un plan de pastoral cumple esos pasos está en óptimas condiciones de suscitar una verdadera y necesaria «racionalización» pastoral (cf. PDV 72) capaz de evitar la dispersión y la disgregación de la misma actividad pastoral y de impedir, por ello, caer en las dos tentaciones más frecuentes de la actividad pastoral: o bien el «activismo» (el hacer por el hacer, sin reflexión y sin sentido) o bien el «quietismo» (no hacer nada, bien por miedo al fracaso, bien por pereza o comodidad)³. Dios quiere salvar nuestra pastoral de los males que pueden rodear toda actividad humana, como son, por ejemplo, el tedio, provocado por una rutina no placentera, o —incluso mayor— el de la acedia, provocada por la tibieza espiritual que rodea con sentimientos de tristeza las cosas que se hacen por Dios⁴. El Papa Francisco ha diagnosticado sabiamente y ha advertido seriamente sobre los peligros de esta *acedia* pastoral que califica de «paralizante»:

2 Este ejercicio de discernimiento se realizó en la diócesis durante el curso 2014-2015, en Programación diocesana 2014-2015, «Salgamos, anunciemos la alegría del Evangelio». *Discernir en la Iglesia para evangelizar el mundo*, Alicante 2014.

3 Sobre aclaraciones y criterios en la acción pastoral, cf. J. A. Ramos, *Teología Pastoral*, Madrid 1995, 15-16;101-121.

4 Cf. B. Honings, «Acedia», en E. Ancilli (dir.), *Diccionario de Espiritualidad I*, Barcelona 1987, 24-27. La acedia se ha considerado, en la literatura patristica y medieval, sobre todo como un vicio monacal, consistente en el descuido y la desatención del monje a la vigilancia espiritual con la que debe estar en medio de sus tareas. El autor monástico Juan Clímaco la define como: «flaqueza del alma, disolución de la mente, descuido de las prácticas de piedad, náusea de la profesión, encomiadora de las cosas seculares, desvergonzada acusadora del Dios mismo en cuanto lo juzga duro y despiadado. Es lánguida en la sagrada salmodia, débil trabajos en la oración, reacia a los oficios, que abandona por los trabajos exteriores, fingida en la obediencia» (*Escala del Paraíso*, Peldaño XIII, PG 88,869). El ambiente secularista, con su alejamiento de Dios de vida ordinaria, se puede considerar como efecto de la cultura de la acedia. La acedia, al atacar la vitalidad de las relaciones del hombre con Dios, también tiene efectos sobre el fervor y el celo pastoral, como pone de relieve el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* 82. Es un peligro, por tanto, para todos: laicos y sacerdotes. Tanto para unos como para otros, nos es difícil sustraernos al influjo de una cultura dominante para la cual el tiempo libre, el tiempo personal, es un bien celosamente reservado frente al deterioro del mismo ante cualquier compromiso (cf. EG 81).

«El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. Esta acedia pastoral puede tener diversos orígenes. Algunos caen en ella por sostener proyectos irrealizables y no vivir con ganas lo que buenamente podrían hacer. Otros, por no aceptar la costosa evolución de los procesos y querer que todo caiga del cielo. Otros, por apegarse a algunos proyectos o a sueños de éxitos imaginados por su vanidad. Otros, por perder el contacto real con el pueblo, en una despersonalización de la pastoral que lleva a prestar más atención a la organización que a las personas, y entonces les entusiasma más la “hoja de ruta” que la ruta misma. Otros caen en la acedia por no saber esperar y querer dominar el ritmo de la vida. El inmediatez ansioso de estos tiempos hace que los agentes pastorales no toleren fácilmente lo que signifique alguna contradicción, un aparente fracaso, una crítica, una cruz» (EG 82).

Una cautela contra este mal siempre será *saber ordenar la actividad humana y pastoral desde la óptica del querer de Dios*, asumiendo con humildad su voluntad a partir de proyectos concretos, accesibles y verificables a través de una planificación racional, y que permitan unir y distinguir, a la vez, lo incondicionado del hacer de Dios, de lo condicionado por el quehacer humano⁵. No lo podemos todo, pero algo sí podemos. Es, precisamente, ese «algo», el estimable espacio abierto a la acción humana ordenada de una manera prudencial y sapiencial al «todo». Un plan de pastoral ha de moverse necesariamente en ese espacio de lo «concreto» en que el que se contiene y se aspira a lo «universal».

2) Tampoco un plan de pastoral pretende recoger *todas las visiones particulares o todas las opciones apostólicas o carismáticas concretas*. En ocasiones se aprecian valoraciones sobre un plan según éste asuma o recoja aquello que interesa a tal grupo o tal asociación. No se puede

⁵ La experiencia de la acción humana contiene un dinamismo que remite más allá de lo concreto realizado. Se abre una distancia, por tanto, entre la acción ejecutada y el bien que todavía queda por realizar; entre lo determinado por la acción finita del actuar humano y lo indeterminado del deseo infinito del hombre, que aspira a Dios. Para comprender este dinamismo humano del deseo, orientado por y hacia Dios, cf. Benedicto XVI, *Audiencia general*, 7-XI-2012 («El deseo de Dios»).

pretender que el plan asuma y refleje todos los carismas u opciones presentes en todos los movimientos apostólicos o apostolados específicos. La vida de la Iglesia, generalmente, suele ser más rica que un determinado plan de pastoral. Un plan de pastoral no es un espacio de lucha entre carismas u opciones, sino un *espacio de comunión* para el desarrollo de toda la actividad pastoral de la vida de la Iglesia. Sin decantarse por ninguna de las opciones apostólicas o espirituales legítimas, sin embargo, todas han de poder sentirse incluidas y reconocidas en un mismo plan.

En eso consiste la *pastoralidad*: en que, por su esencia, es una cualidad que está destinada a promover a la Iglesia en todo lo que ella es; es decir, a animar a ésta como un misterio de comunión para la misión (cf. PDV 59). Ello implica la corresponsabilidad de todos, la compenetración e involucración de todos. La pastoral no es algo de unos pocos, de unos determinados miembros. No hay ámbitos más pastorales que otros. Todo lo que en la vida de la Iglesia le ayuda a ser más ella misma, eso mismo, es pastoral. Por eso mismo, la Iglesia es un pueblo que avanza en la medida en que todos estamos unidos. En ello encuentra ella misma su designio original: «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con los otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en la verdad y le sirviera santamente» (LG 9). También el Papa Francisco subraya el peligro del *individualismo* frente al «gusto espiritual de ser pueblo»:

«El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se pueden encender y apagar a voluntad» (EG 88). «(...) ¡No nos dejemos robar la comunidad!» (EG 92). «Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque “hay más alegría en dar que en recibir” (Hch 20,35). Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se re-

siste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio» (EG 272).

Por consiguiente, también un plan de pastoral ha de ayudarnos a esto: a gustar que somos pueblo; a recorrer juntos, unidos, un mismo camino compartido, en el que todos buscamos el bien de los demás, ayudándonos unos a otros. A tener siempre presente que, lo que cada cual vive, puede ayudar a los demás; que lo que a unos les ayude a crecer, suponga un incremento efectivo para los demás. De esa manera un plan de pastoral ha de ayudar a acompañar, en armonía, los pasos y el ritmo de todos, porque de nada le aprovecha a nadie un don o un bien sino es para el crecimiento común (cf. 1Co 12,1-11).

Pues bien, teniendo en cuenta estas premisas vamos a explicar el reto, el objetivo, el itinerario y las propuestas del Plan Diocesano de Pastoral (= PDP) para los siguientes años, concretamente, para el próximo curso 2016-2017.

1) En primer lugar, presento el reto al que pretende responder el PDP. Para ello me fijo en la relación que existe entre *la transmisión de la fe y el encuentro con Cristo*, tal y como lo considera el *pensamiento reciente de la Iglesia*. Esta relación nos ofrecerá el contenido y las opciones básicas del Plan.

2) En segundo lugar, comento brevemente el objetivo para el próximo curso pastoral 2016-2017, meditando sobre el *sentido de los términos* más importantes.

3) En tercer lugar, adelanto algunas observaciones sobre el texto evangélico que nos servirá de *guía* y de *reflexión* a lo largo del curso: el encuentro de Emaús (cf. Lc 24,13ss.).

4) Por último, en cuarto lugar, indico algunas sugerencias pastorales a la luz de lo considerado en el itinerario formativo.

2. El reto: transmitir la fe desde el encuentro con Cristo

«Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre los hombres y Jesucristo se realice»

(XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de Obispos,
Lineamenta 11)

Nuestro PDP 2015-2020 pretende responder a una problemática: *la*

transmisión de la fe. Todos sabemos que ésta ha entrado en grave crisis⁶. La gravedad consiste en que es difícil comunicar el contenido de la fe cuando, el sujeto que la recibe, carece de la *gramática* necesaria para poderla entender y acoger. Es un diagnóstico éste que debemos a Benedicto XVI, cuando en la Carta Apostólica *Porta fidei* (2012) dice:

«Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas».

Para el anterior Papa, las múltiples mutaciones culturales e ideológicas que ha vivido el mundo moderno han desplazado la visión cristiana del mundo y del hombre, y con ello, la posibilidad de que cada vez más el sujeto pueda acceder a ella.

Mirar el misterio de Cristo, «giro» y «secreto» pastoral de la Iglesia

Este diagnóstico ya estaba indicado en el Concilio, cuando afirmaba que «los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano» (GS 10). Es decir: que todos los cambios del mundo tienen su eco en *el corazón del hombre*. De esa manera, el Concilio considera al hombre como el *escenario pastoral prioritario* hacia el que dirigir su acción. Con ello había iniciado su «giro» hacia la pastoral (una auténtica «conversión» pastoral —diríamos hoy en términos del Papa Francisco). Este giro consiste en ver de qué manera afecta al hombre el impacto de la modernidad para, desde ese análisis, penetrar más en el misterio de Cristo como única vía de solución. Con ese giro el Concilio enseña que la Iglesia no tiene otra respuesta frente a esta situación que no se halle en el propio *Misterio de Cristo*. Mirar a Él y que los hombres descubran y resuelvan sus problemas a la luz de su misterio, es la fuente y la inspiración de toda pastoral.

Como vemos, no se trata con ello de una respuesta piadosa o evasiva a los problemas del hombre: se trata de una *auténtica confesión de fe, como expresa* el número 10 de la Constitución Pastoral *Gaudium et* 6 Cf. W. Kasper, *Teología e Iglesia*, Barcelona 1988, 158-183 («La transmisión de la fe. Dificultad y necesidad de una mediación de la fe acorde con los tiempos»); J. Ratzinger, «La transmisión de la fe y fuentes de la fe», *Scripta Theologica* 15 (1983) 9-30; F. Meier-Hamidi; «Dinámica de la transmisión. El cardenal Joseph Ratzinger y la catequesis», en F. Meier-Hamidi — F. Schmacher (eds.), *El teólogo Joseph Ratzinger*, Barcelona 2007, 221-244; B. Forte, *La transmisión de la fe*, Santander 2015.

spes: «Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado, (...) es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana». Es desde esa clave, desde la que se propone esclarecer el misterio del hombre y cooperar en el hallazgo de soluciones a sus principales problemas. En esto consiste el «giro» pastoral que dio el Concilio.

Este giro coincide, para Juan Pablo II, con lo que él llama el «secreto formativo» de la Iglesia. Consiste en mirar a Cristo, acercarse a Él, adherirse a su persona e insertarse vitalmente en Él. Ya en su primera encíclica, *Redemptor Hominis* (1979), había expresado su convicción de cómo Cristo sana, cura y transforma el corazón del hombre, cuando este entra en Él con todo su ser (cf. RH 10). Por eso, afirma con gozo, más adelante (VS 85) que este es «el secreto formativo» de la Iglesia; ella sabe dónde está el secreto transformador de las personas: invita a cada hombre y mujer a encontrarse con Cristo y a «tener la mirada fija en el Señor», porque Dios armoniza, purifica y fortalece «a quien mira a Jesús» (cf. VS 105).

La transmisión de la fe como encuentro personal con Cristo

Pues bien, ahora entendemos el modo como nuestra Iglesia diocesana afronta la problemática evocada (la de la transmisión de la fe). Lo hace aplicando concretamente el «giro» pastoral indicado; lo hace sacando a luz, del «secreto formativo» sugerido, la respuesta adecuada a la altura del problema planteado. Fijémonos bien: si la crisis de transmisión de la fe que padecemos ha llegado a alcanzar ya al sujeto que la transmite o al que la recibe, sólo *acercando a cada diocesano al Misterio de Cristo, para que se encuentre con Él*, podremos restañar y promover la *personalidad creyente* como la gramática necesaria bien para comunicar o bien para acoger el Evangelio anunciado. Sólo así la transmisión de la fe incidirá efectivamente allí dónde quedó interrumpida y cumplirá, con plenas garantías, su objetivo, que no es otro que «crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre los hombres y Jesucristo se realice» (*Linemamenta* 11), tal y como definió la Asamblea del Sínodo de Obispos del 2012.

Por eso, el PDP, diseñado para estos años, se centra enteramente en el encuentro del hombre con Cristo como estrategia, método y, sobre todo, contenido, para transmitir la fe. Asumimos, de esa manera, el planteamiento que, desde el concilio Vaticano II, promueve la Iglesia en su deseo de impulsar una Nueva Evangelización como el instru-

mento, gracias al cual, es posible afrontar los desafíos del mundo actual y como el camino para vivir la identidad cristiana hoy (cf. *Lineamenta* 1). La acción evangelizadora de la Iglesia en estos momentos ha de llegar al corazón mismo de la persona, sujeto de tantos cambios y transformaciones, y eso sólo lo podremos realizar siguiendo la vía abierta por el mismo Cristo en su encuentro con el hombre contemporáneo.

Así pues, nuestro punto de partida comienza el próximo curso, en el que vamos a examinar, en todo el ámbito pastoral de nuestra diócesis, cómo de efectivo es el encuentro con Cristo. Para ello, nos vamos a inspirar en el conocido pasaje de Emaús (cf. Lc 24,13-35), ya que en él se presenta la salvación cristiana como un encuentro con el Resucitado, en el que Él mismo recompone la personalidad creyente con una experiencia integral. Esta personalidad cristiana será objeto de atención en los sucesivos años, en los que, al hilo de otras escenas evangélicas (el encuentro de Cristo con Nicodemo, con la Samaritana y la parábola del Buen Samaritano), mostraremos como el misterio de Cristo tiene capacidad de fomentar y promover el sujeto creyente, compuesto de *mente, corazón y acción*. Hasta esos núcleos estructurantes de la personalidad ha penetrado Cristo, y nosotros hemos de seguir explorando las vías por las cuales el hombre ha sido alcanzado por su misterio: abrir su mente, ordenar sus afectos y promover el orden de actuación cristiana en el mundo.

2015-2016	Encuentro con Cristo, rostro de la misericordia
2016-2017	Encuentro con Cristo (Descubrir y renovar los caminos del encuentro con Cristo)

2017-2018	Encuentro con Cristo: la mente creyente (Abrir la mente al misterio de Cristo)
2018-2019	Encuentro con Cristo: el corazón creyente (Ordenar los afectos en el misterio de Cristo)
2019-2020	Encuentro con Cristo: la acción creyente (Promover el orden cristiano en el mundo)

Con este itinerario, pues, se emprende en la Diócesis un *modelo* definido de transmisión de la fe que implica *dos opciones*:

1) Revitalizar la *mediación personal del testimonio*, Es decir, reforzar, con esmerada formación, la *figura del agente* evangelizador. Sin él no es posible transmitir la fe, puesto que ésta no es un proceso mecánico o un engranaje técnico, como una gran cadena de montaje. Como dice Olegario González de Cardedal, el cristianismo «no se sucede a sí mismo, sino que nace en cada generación, con cada nuevo creyente»⁷. Esto significa que en la fe nunca se puede vivir de rentas, que no se puede vivir de la fe de otras generaciones, que el cristianismo nace o muere en cada generación, en cada creyente que crece o decrece. Así anunció María cómo alcanzaba y llegaba la misericordia de Dios: «de generación en generación». La formación del agente y su testimonio personal son imprescindible para llevar adelante la transmisión de la fe.

2) En segundo lugar, apostar por *un modelo de pastoral acompañada, centrada en el sujeto a evangelizar*. Este es el «salto cualitativo» (cf. NVPNE, 13) —como lo definió Juan Pablo II— al que está emplazada hoy la pastoral. Apostar por este modelo significa pasar de los ámbitos eclesiales a los itinerarios y los procesos educativos de los sujetos.

⁷ O. González de Cardedal, *Cristología*, Madrid 2001, 9

Ceder el protagonismo de unos en favor de otros: es decir, no poner a las personas al servicio de los ámbitos eclesiales, sino éstos, al servicio de las personas. Sólo así —en palabras del Papa Francisco— la Iglesia dejará de ser autorreferencial para ser una Iglesia en salida.

3. El objetivo: los caminos del encuentro con Cristo

«No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo»
(Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 266).

La Iglesia diocesana, se pone, por tanto, al servicio del encuentro con Cristo. Desea trazar un camino para efectuar este encuentro. Así lo dice expresamente el objetivo de este curso pastoral: *Descubrir y renovar los caminos de encuentro con Cristo*. Una breve explicación de sus términos más significativos nos ayudará a comprender mejor su sentido y profundizar, de ese modo, en la importancia de este curso para el resto del Plan.

Los verbos «Descubrir» y «Renovar»

Estos verbos sugieren volver a aquello perdido, destapar lo encubierto, recuperar el amor primero (cf. Ap 2,4). Sugieren, en definitiva, comenzar desde un centro, que va a ser la misma persona de Cristo y el encuentro con Él. *Descubrir* y *renovar* evocan, por ello, una novedad que nunca se agota: «[Cristo] es siempre joven y fuente constante de novedad» (EG 11).

«Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atravesase épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre “nueva”» (EG 11).

El término «los caminos»

La segunda palabra significativa del objetivo está en plural: los caminos. ¿Qué caminos son éstos? ¿Cuáles son los caminos que conducen al encuentro con Cristo?

La respuesta inmediata procede de la Escritura: no son los nuestros (Is 55,8: «Mis caminos no son vuestros caminos»; «mis planes no son vuestros planes»). Dios —dice Isaías— dista de nosotros: hay una distancia entre Él y nosotros. La gestión de esta distancia clarifica la diferencia entre las religiones. Mientras en las demás religiones es el hombre quien busca a Dios, en el cristianismo es Dios quien busca al hombre. Por ello el cristianismo tiene su comienzo en la encarnación del Verbo. «Aquí no es sólo el hombre quién busca a Dios, sino que es Dios mismo quien viene en persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo (TMA 6)⁸. El cristianismo está por ello por encima de toda expectación humana. Es un misterio de gracia.

Los caminos de Dios han sido revelados en Cristo. Él es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). Él es el camino que conduce al Padre: «Quién me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Por ello sólo cuando Cristo se manifiesta, es cuando podemos conocer los caminos que conducían hacia Él.

Eso mismo es lo que nos recuerda la sabiduría que atesora la liturgia cristiana y sus continuas lecciones. Es curioso que el Año litúrgico comience con el Adviento. Es decir, comenzamos a caminar hacia el encuentro con Cristo, desde un tiempo marcado por su ausencia y la espera de ese encuentro. Así lo expresa la oración del primer domingo: «aviva en tus fieles, al comenzar el adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo...». ¿Qué quiere decir esta oración? Pues que el mejor camino para encontrarnos con Cristo es esperar precisamente su venida, es decir, avivar el deseo de su llegada. Ciertamente es un misterio: lo único que el hombre puede hacer ante la venida del Señor es esperar. El tiempo de Adviento nos educa a cómo esperar, a la esperanza, a la paciencia y a la vigilancia. La aparente pasividad del hombre es ya colaboración activa a la iniciativa de Dios, a su modo de «primerear» al mundo y a la historia.

El hombre ciertamente no puede planificar la venida de Jesús. No están a su alcance los caminos que conducen a tal evento. Ese mis-

⁸ cf. P. L. Vives, «La religión que brota de la encarnación. El cristianismo como gracia», *Staurós* 46 (2007) 101-118.

mo acontecimiento no es producto de sus fuerzas ni de su ingenio. Por ello, la pastoral, por más organizada que éste, no puede producir como mera acción del hombre aquello que sólo es obra de la gracia. La misión de la pastoral no es crear el camino, sino orientar a recorrer aquel que ya existe: Cristo. Así lo reconocía san Juan Pablo II cuando, se preguntaba qué camino debía seguir recorriendo la Iglesia al iniciar el tercer milenio: «No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre (...). Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él» (NMI 29).

El término «Encuentro»

La tercera palabra del objetivo es la más importante: es *Encuentro*. «Todo en nuestra vida, hoy como en los tiempos de Jesús, comienza con un encuentro»⁹. Es más —podríamos añadir—: no sólo comienza, sino que consiste en el encuentro.

Así lo reconoce la Iglesia, que siempre ha vivido su misión como un acto de obediencia y de imitación al Padre del cielo que, en las dos veces que resuena su voz en el evangelio (en el Bautismo y en la Transfiguración de Jesús), indica lo mismo: «Este es mi Hijo, el predilecto, escuchadle».

Fieles a este servicio, los mismos *Pontífices actuales*, insisten sobre la importancia del encuentro. Basta citar tres ejemplos para mostrarlo:

1) Ya hemos mencionado como el Papa Juan Pablo II, ya en su primera encíclica *Redemptor Hominis* (1979), iluminaba este punto: si el hombre quiere dar frutos de maravilla y admiración de sí mismo ha de acercarse a Cristo, encontrarse con todo su ser con Él (cf. RH 10). Es más, en esto consiste su «secreto formativo» (cf. VS 85).

2) También Benedicto XVI inicia su primera encíclica *Deus Caritas est* (2005) indicando dónde palpita el corazón de la identidad cristiana: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética, o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1). Todo su magisterio es una invitación a dejarse encontrar por Cristo¹⁰, como muy bien indico en la homilía que inauguraba su Pontificado:

⁹ Papa Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7-III-2015.

¹⁰ Cf. J. Esquerda Bifet, «El legado vivencial, contemplativo y misionero de Benedicto XVI» *Burgense* 55 (2014) 341-383.

«Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno de nosotros es amado, cada uno es necesario. Nada hay más más hermosos que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él» (24-IV-2005).

3) Por último, el Papa Francisco, en *Evangelii Gaudium* (2013), retoma esta misma idea, al principio del documento: «Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar con Él, de intentarlo cada día sin descanso» (EG 3). Y, ya casi al final del mismo, insiste de nuevo en ello, dando entonces una formulación rotunda y ya definitiva: «no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo». Siguiendo esta última secuencia habría que completar diciendo: no es lo mismo encontrarse con Cristo, que no hacerlo.

Todos estos textos lo que testimonian es que el encuentro con Cristo no es un lujo para el cristiano, un aspecto ornamental en la vida cristiana.

Durante este curso hemos de profundizar mucho en esta categoría, en su *verdadero sentido cristiano*, para no ceder a falsas objeciones que cuestionen la importancia de nuestro objetivo; como si el encuentro con Cristo se tratara de algo demasiado genérico y universal, o careciera de alguna novedad por tratarse de lo que siempre ha estado presente en la Iglesia, o fuera preferible proyectar la pastoral desde acciones más concretas, etc... Este cúmulo de objeciones se reduce en el fondo a *la escasa comprensión, específicamente cristiana, del mismo concepto encuentro*. Y es que, para entender lo que este concepto significa, el cristiano no necesita recurrir exclusivamente a la filosofía o al pensamiento humano para saberlo: la misma revelación desvela su significado. Para ella, el significado del encuentro lo descubre en la persona de Cristo, en que se realiza la comunicación entre Dios y el hombre, desde la máxima alianza personal entre ambos¹¹. Cristo es —en expresión de algún teólogo contemporáneo— el «sacramento» del encuentro con Dios (E.

11 Cf. O. González de Cardedal, «Dios en Cristo. Sentido de la mediación cristológica para nuestro encuentro con Dios», *Salmanticensis* 20 (1973) 505-586.

Schillebeeckx)¹². Es el mismo cristianismo quien ofrece la comprensión más alta del concepto: en él se descubre el «método» —podríamos decir— usado por Jesús para entrar en contacto con los hombres. Cada encuentro con Él es un acontecimiento *salvífico* para el hombre. Es a partir de este significado salvífico cómo se puede reconocer en qué consiste el encuentro con Cristo y su importancia para nuestra relación con Él.

Así, pues, emplazados en esta la tarea, el objetivo del curso se podría resumir lisa y llanamente en esto: encontrarnos con Cristo. Como dice el Papa Francisco, «sólo gracias a ese encuentro (...) somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad (...). Allí está el manantial de la acción evangelizadora» (EG 8).

4. El itinerario: a la luz del camino de Emaús

«*Quien se convirtió en vuestro compañero de camino,
se hizo camino para vosotros*»
(San Agustín, *Sermón 236 A, 4*)

A la hora de descubrir el camino del encuentro con Cristo nos va a orientar y guiar el relato de Emaús (cf. Lc 24,13-35). Como ya hemos dicho, Jesús muestra una especial predilección por el encuentro personal. El evangelio está plagado de ellos. ¿Por qué, entonces, el encuentro de Emaús? ¿por qué nos fijamos en él? ¿Qué tiene de especial?

El relato de Emaús es una joya literaria¹³. Los especialistas afirman que se trata de un buen ejemplo de (lo que llaman) teología narrativa: la verdad no se argumenta a base de razones, sino a través de un relato que implique al lector¹⁴. Esta perspectiva ha llevado a precisar mejor la estructura del relato. Éste tendría una estructura narrativa o «dramática», cuyo centro sería el momento en que Jesús parte el pan (v.30), punto en el que gira toda la escena: del desconocimiento se pasa al reconocimiento, del camino de huida hacia Emaús se pasa al camino

12 Cf. E. Schillebeeckx, *Cristo, Sacramento del encuentro con Dios*, San Sebastián 1968.

13 Para el estudio exegético del texto lucano basten dos referencias: J. A. Fitzmeyer, *El Evangelio de Lucas*. IV: *Capítulos 18,25-24,53*, Madrid 205, 570-599; F. Bovon, *El Evangelio según san Lucas*. IV: *Lc 19,28-24,53*, Salamanca 2010, 619-652. Junto a estos estudios, se puede tener en cuenta la lectura, en clave más catequética, de: B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, Madrid 2006, en especial 39-82.

14 Cf. X. Pikaza, *Camino de pascua. Misterios de gloria*, Salamanca 1996, 148-149.

de vuelta a Jerusalén¹⁵. El «drama» del relato consiste en reflejar cómo del desencuentro se pasa al encuentro.

Lucas, al indagar lo que fue el proceso vivido por los discípulos, tal vez nos está informando de un determinado esquema de ayuda espiritual practicado en la comunidad cristiana¹⁶. De esa manera, con su relato construye un puente existencial desde aquellas vivencias a lo que hoy experimenta nuestro corazón. Por ese motivo, el camino de Emaús es un texto muy apropiado para ilustrar el encuentro con Cristo de nosotros, en nuestras circunstancias actuales. Con este texto queremos no sólo descubrir los caminos por los que el Resucitado sale hoy a nuestro encuentro, sino también revisar y renovar nuestros procesos de acompañamiento pastoral, personal y comunitario, a la luz del camino que se describe en el relato.

Avanzamos, a continuación, algunos detalles y páginas de ese camino que, como itinerario formativo, vamos a seguir y meditar durante este año en las meditaciones (en las *lectio*).

El encuentro con Cristo, iniciativa de Jesús y proceso del hombre

«El relato sobre los discípulos de Emaús describe el camino que hicieron juntos, su conversación en la búsqueda común, como un proceso en el que la oscuridad de las almas se va aclarando poco a poco gracias al acompañamiento de Jesús»

(J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*.

II: *Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Madrid 2011, 238)

El relato se inicia situándonos en la escena: el tiempo, los personajes, el espacio... Dos discípulos iban caminando, aquel mismo día, desde Jerusalén hasta Emaús. Uno se llama Cleofás (24,18). El otro permanece innominado. No forman parte de los Once. Se puede suponer que pertenecen al grupo más extenso de los setenta y dos discípulos (cf. Lc 10,1-12). Sea como fuere, ellos abandonan la comunidad. El relato comienza paradójicamente allí donde todo parece terminar, puesto que

15 J. Dupont, «Les disciples d'Emmaüs (Luc 24,13-35), en *La Pâque du Christ; Mystère de salut. Mélanges F.-X. Durrwell*, Paris 1982, 167-195. «Lo que pasa en ese momento quedara profundamente grabado en el alma de los presentes» (194).

16 Servicio de Atención al Clero, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, Diócesis de Orihuela-Alicante, Alicante 2002, 18-19.

su marcha nos informa de una crisis, de un final, de una disgregación y una separación. Además, sucede «aquel mismo día»: el día en que todo debía de comenzar, el día de la nueva creación. El lugar hacia el que se dirigen es Emaús, una aldea cercana a Jerusalén. Las imprecisiones hoy al localizarla invitan a interpretar que aparte de un lugar físico puede ser también un estado de ánimo, un «síndrome»: es el corazón humano desilusionado, allí donde se ha evaporado toda esperanza.

Lucas nos está hablando, en el fondo, de una huida. Una huida precipitada, irreflexiva. Un camino que es más un abandonar el camino, etimológicamente un «extra-viarse». Hoy como ayer, muchos discípulos de Jesús, han iniciado ese viaje de huida de las comunidades y de la experiencia cristiana. Ya no saben cómo regresar a ella. Se sienten «alejados»: han perdido el «camino». Quien abandona el camino deja de ser discípulo: ya no sigue a nadie ni a nada. Son muchos las sendas por las que huyen hoy muchos discípulos de Jesús: 1) las sendas de la moda: porque el cristianismo parece antiguo, está pasado, ha perdido toda novedad; 2) las sendas del secularismo ambiental: que impregna no sólo la cultura, sino incluso la vida cotidiana; una atmósfera que los cristianos no sólo pueden respirar, sino incluso dejarse contagiar; 3) las sendas de una esperanza agotada: confinada ya sólo al mundo de la ciencia y de la técnica, clausurada a todo aquello que no sea nuestro progreso y nuestro consumismo. Como vemos, todas ellas son rutas de decepción, para las que el evangelio es sólo una ilusión transitoria, un sueño de cuando éramos niños.

Aquellos discípulos huyen, pero siguen hablando de Jesús, sienten nostalgia de Jesús. El camino se convierte para ellos en memoria y recuerdo de lo vivido junto a Él: de sus miradas, de sus palabras, de sus gestos... ¡Cómo olvidar, de pronto, pasados sólo «tres días» (v.21), todo esto! ¡Cómo huir del impacto que había producido en sus vidas! La nostalgia deshoja la flor del deseo y de una ahogada invocación por su compañía.

Y es, entonces, cuando aparece en escena el personaje principal: Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Su aparición aumenta la tensión del relato, pues no es reconocida. Eso ayudará a que lo que ocurra en el camino sea más intenso, más «catequético». Su aparición desvela también las actitudes de quien ha de acompañar procesos de crisis, de abandonos, de derrota: 1) toma la iniciativa, sale al encuentro; no espera que vuelvan, va a por ellos; 2) se acerca con

discreción, queriéndolos tomar desde dentro, asumiendo su situación interior; 3) se pone a su lado, como auténtico Cirineo (cf. Lc 23,26), se «enyuga» junto a ellos, en una imagen que nos recuerda mucho a su invitación: «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso» (Mt 11,28-29).

Su compañía es entonces mistagógica: Él acompaña todo el camino humano, incluso cuando transcurre a través del desengaño y la tristeza, la decepción y la crisis. Más aún, incluso cuando éste no lo reconoce: cuando está envuelto en la «noche oscura», cuando está ciego, embotado, cuando ha perdido el realismo espiritual, cuando es incapaz de trascender la situación... cuando está obturado por dentro. Es entonces cuando Cristo está en medio de la noche, como su Señor, y su presencia oculta ya es una invitación a buscarle en medio de nuestros manejos, de nuestras medidas, de nuestros trucos ilusionistas, para devolvernos al realismo de la fe. El Señor de la noche ampara y vigila la realidad del misterio, de la vida, de nuestro corazón... No nos deja solos.

El encuentro con Cristo en el camino de la vida

«No hay ninguna experiencia humana, ningún itinerario del hombre hacia Dios, que no pueda ser integrado, iluminado y purificado por esta luz.

Cuanto más se sumerge el cristiano en la aureola de la luz de Cristo, tanto más es capaz de entender y acompañar el camino de los hombres hacia Dios»
(Papa Francisco, *Lumen Fidei*, 35)

Jesús se acerca a ellos como un desconocido, pidiendo voz y palabra en la conversación que llevan por el camino. Pregunta: ¿qué conversación traéis mientras vais de camino? ¡Es un método! Es un método adecuado para el camino, porque quien camina piensa, reflexiona, se cuestiona... Las preguntas de Jesús despiertan interés, suscitan búsqueda... No así las nuestras, que dejan las cosas como están. No ponen en marcha nada. Tampoco da respuestas sin antes suscitar la pregunta. Sería completamente inútil. Es una pregunta, por último, abierta, que invita al diálogo y al encuentro. También la Iglesia tendrá que asumir este método de Jesús, preguntar con interés por la vida, para dialogar

de corazón con los hombres que quiere acompañar. ¿Cuál es la conversación de nuestra generación? ¿De qué habla hoy la gente?

La pregunta que inicia el diálogo del Resucitado es una pregunta intencional, terapéutica: invita a la autoexploración... a soltar lastre—diríamos mejor. El efecto que produce es que se detuvieron: pararon la marcha que era precipitada e irreflexiva. Y es entonces cuando comienza un acalorado y largo desahogo en la que comentan lo sucedido, pero interpretado desde su estado de ánimo. Comienza a brotar en ese instante el «síndrome» de Emaús: narran la historia, pero privándola de su luz pascual; conocen la noticia de qué Jesús estaba vivo... pero no lo creen; ¡lo tenían ante sus ojos!, pero habían perdido el Espíritu por el que nadie puede confesar que Jesús es Señor (cf. 1Co 12,3). El síndrome de Emaús consiste, en el fondo, en una vida sin Espíritu, sin animación interior, diluida en subterfugios (incluso «religiosos» o «pastorales»).

El encuentro con Cristo en la Palabra que interpreta

«A la luz de la resurrección, a la luz del don de un nuevo caminar en comunión con el Señor, se tuvo que aprender a leer el Antiguo Testamento de modo nuevo [...] No fueron las palabras de la Escritura lo que suscitó la narración de los hechos, sino que los hechos, incomprensibles, llevaron a una nueva comprensión de la Escritura»

(J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*. II, 238)

Al momento de exploración le sucede un momento de interpretación, puesto que la de ellos era falsa. Viven encerrados en su sufrimiento y en su fracaso. Estaban tan familiarizados con la Escritura que ésta ya no les decía nada relacionado con su vida. Era un libro, más que una Palabra. Creen que lo saben todo y a la vez lo ignoran todo. Les falta la penetración para captar el sentido de los acontecimientos. Les falta la fe para iluminar lo escrito a través de su relación con vida.

Jesús ayuda a los de Emaús a superar la superficialidad, manifestada en necedad y torpeza de pensamiento. Por eso repasa con ellos y para ellos la entera historia de la salvación. Les hace ver que no han entendido el mensaje de los profetas. Jesús no echa en cara a los discípulos el que estuvieran tristes o desesperados, pero les pide dar un paso para salir del túnel en el que se han encerrado. Les pide abrirse a la sabiduría evangélica de la cruz (cf. 1Co 1,23-25): «convenía que el

Mesías padeciese para entrar así en la gloria». Esta conveniencia está en el corazón del Padre, que muchas veces nos conduce a su gloria, pero lo hace por caminos misteriosos muchas veces para nosotros.

El encuentro con Cristo sólo se da cuando le dejamos que nos explique las Escrituras. La Escritura contiene la Palabra de Dios, que es diálogo en sí mismo y comunión de vida. La Palabra de Dios es Dios mismo comunicándose a nosotros en su Hijo Jesucristo, Palabra definitiva de Dios. Con Él vamos a descubrir que la Palabra de Dios no es algo del pasado y tiene mucho que ver con nuestra vida presente. «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 118,115). Quién escucha de corazón la Palabra de Dios se encuentra con Cristo.

El encuentro con Cristo en el sacramento

«El Señor está a la mesa con los suyos igual que antes, con la plegaria de bendición y la fracción del pan. Después desaparece de su vista externa y, justo en ese desaparecer se les abre la vista interior, lo reconocen. Es una verdadera comunión de mesa y, sin embargo, es nueva. En el partir el pan Él se manifiesta, pero solo al desaparecer se hace realmente reconocible»

(J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*. II, 313)

Jesús hace ademán de seguir adelante, pero los discípulos le manifiestan su iniciativa para avanzar y profundizar en la relación con Él, al pedirle que se quede: «Quédate con nosotros». Su desahogo no ha sido pasajero, no han usado al desconocido viajero: depositan en él ahora todo el caudal de confianza y de amistad.

La hospitalidad incluye la fracción del pan, en la que los discípulos reconocen por fin a Jesús, a quien habían presentado cuando se enardecía su corazón al escucharle por el camino. Sentados a la mesa, éste tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos del corazón: se produjo el encuentro, de corazón a corazón... El proceso ha podido ser largo, pero al fin se efectúa el encuentro. Han hecho el camino sin omitir nada. Es entonces cuando están en condiciones espirituales de descubrir la presencia. Después de caminar y de decirlo todo queda, desnudamente, la presencia. Juan Pablo II lo indica de esta manera: «una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos “hablan” (...). A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos de

creyente» (MND 14).

La historia de Emaús manifiesta inequívocamente que la salvación para estos discípulos tiene ciertamente un largo proceso, pero alcanza su culmen cuando el misterio es celebrado: «al partir el pan le reconocieron». Es entonces cuando el encuentro ha desplegado toda su fuerza salvífica y curativa.

La explicación sola de la Palabra no bastaba: es preparación para el encuentro. La Palabra conduce al sacramento. En el cristianismo nunca se da uno sin lo otro. La revelación es un conjunto de palabras y de hechos conectados entre sí (cf. DV 2). La Palabra sólo es real si se cumple en los acontecimientos, y el acontecimiento sólo es comprensible a la luz de la Palabra¹⁷. La conversación sobre la vida tampoco bastaba. Sólo cuando la presencia es recocida se puede confesar al igual que Jacob: «El Señor estaba aquí y yo no lo sabía» (Gn 28,16).

El proceso sólo tiene sentido si llega hasta el final, pero el final sólo es obra del misterio. Cuando éste se celebra, cuando éste adquiere todo su protagonismo, llega a su culmen el encuentro.

El encuentro con Cristo en la comunidad: un camino de regreso

«El relato de los discípulos de Emaús concluye refiriendo que los encuentran en Jerusalén a los once discípulos reunidos, que los saludan diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón” (Lc 24,34). Según el contexto, esto es ante todo una breve narración, pero ya destinada a convertirse en una aclamación y una confesión que afirma lo esencial: el acontecimiento y el testigo que es su garante»
(J. Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*. II, 289)

Las vendas de los ojos se caen «al partir el pan». A partir de entonces todo se produce —señala el evangelista— de una manera simultánea: «en el mismo instante» —dice el texto. Una secuencia de tres acciones que nos descubre los tres niveles implicados en la experiencia: la relación consigo mismo («se les abrieron los ojos»), con Dios («y le

¹⁷«Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico. En efecto, sin el reconocimiento de la presencia real del Señor en la Eucaristía, la comprensión de la Escritura queda incompleta» (BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 55).

reconocieron»), y con los demás («se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén»).

Los discípulos, ensanchados por dentro, corren hacia Jerusalén. Emaús no ha sido el final del trayecto. De Emaús surge una misión: el reconocimiento del misterio y el auto-encuentro con su identidad discipular, llevan a la comunidad y al anuncio.

Llama la atención, en este momento, un detalle del relato de Emaús: antes de haber descubierto a Jesús, es tarde para que el caminante siga adelante; pero una vez reconocido el Señor, los discípulos no reparan en la hora y vuelven, sin esperar el día, a la ciudad para comunicar que han visto al Señor. El encuentro con el Resucitado «desata la palabra» de los creyentes. Ya no temen obstáculos, incomodidades y persecuciones. El Espíritu les hace superar todas las resistencias.

5. Las sugerencias: el acompañamiento de la Iglesia, al servicio del encuentro con Cristo

«La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este “arte de acompañamiento”, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Éx 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere, y aliente a madurar en la vida cristiana»
(Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 169)

Quien se ha dejado encontrar por el Señor, ya no puede dejar de invitar a los demás a esta experiencia. Sucede como Andrés, al inicio del evangelio de Juan, cuando le anuncia a su hermano Simón que había encontrado al Mesías y, seguidamente, lo lleva a Jesús (Jn 1,41-42). Este es nuestro modelo de transmisión de la fe. La encíclica *Lumen Fidei* recordaba a este propósito que: «la fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama» (LF 37) ¿No es esto último, acaso, lo que sucede en la liturgia pascual, cuando de la luz del cirio se encienden otras muchas velas? Por eso, Emaús se repite a lo largo del tiempo. Así lo reconoce la Plegaria V: «Te damos gracias, Señor, porque estás siempre con nosotros en el camino de la vida... Como en otro tiempo con los discípulos de Emaús, nos

enseñas tu Palabra y compartes con nosotros el Pan».

Nosotros queremos vivir en este curso *el camino de Emaús*. Invito, por ello, a todos los diocesanos, a través de este Plan, al encuentro con Cristo mediante la experiencia de Emaús.

1) En primer lugar, para salir nosotros del mismo «síndrome» Emaús: de tantos caminos de decepción, de desilusión, que —como tentaciones— se abren en nuestras vidas y nuestra pastoral.

2) En segundo lugar, queremos salir de ese síndrome, pero desde las propias vías teológicas y creyentes del misterio, no desde otras salidas resentidas. Estas vías no son más que viviendo las notas esenciales el encuentro con Cristo, el cual: 1) es esencialmente *personal*: por ello vinculante y configurador; 2) tiene un carácter *procesual*: porque es intensivo, no se termina ni se completa; 3) tiene un aspecto de *mediación*, lo cual implica que siempre se viva desde la fe y de ese modo evite los reduccionismos propios del inmediatismo experiencial;

4) tiene, por último, un *contenido* definido: se trata del propio misterio en cuanto verdad que orienta y afecta al hombre y a su destino

3) En tercer lugar, hemos de recuperar la experiencia de Emaús para revisar las metodologías pastorales subyacentes a la experiencia de fe que conforman, tanto el proceso del discipulado, como los modelos de acompañamiento personal y comunitario.

De ahí, las indicaciones que, a modo de sugerencias, vendrán elaboradas desde las Delegaciones de pastoral diocesanas, y que ayudarán a que, cada parroquia y espacio pastoral de nuestra Diócesis, se oriente luego a la hora de diseñar ellos mismos sus acciones pastorales, de acuerdo con dos objetivos:

1) Renovar, impulsar y fortalecer el encuentro con Cristo, como centro de la vida cristiana y eclesial,

2) Revisar, educar y proyectar el acompañamiento personal y comunitario del proceso de fe.

Seguro que, con esos objetivos presentes, se propondrán: 1) estudios de las crisis y alejamientos de la experiencia cristiana; 2) sugerencias para una participación más fructuosa de la eucaristía dominical; 3) métodos para el primer anuncio y pastoral de alejados; 4) formación

para suscitar agentes para el acompañamiento; 5) iniciativas para mejorar la calidad de los encuentros comunitarios, etc.. Todos ellos, como vemos inspirados en la experiencia del camino de Emaús.

En definitiva, de lo que se trata es que toda la comunidad diocesana se renueve en su empeño servir con eficacia al encuentro con Cristo. Para ello, el Plan irá incorporando progresivamente las diversas mesas y organismos de pastoral, comenzando este curso por las Delegaciones. Pero sabiendo que lo más eficaz vendrá de lo sembrado desde el itinerario formativo, que todos estáis llamados a seguir a través de esa red capilar de grupos de *Lectio divina* ya instituidos (que hay que estimular) y los nuevos que podrían surgir.

Conclusión

«¡Era verdad! Ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón»

Estas palabras siempre han puesto en marcha a la Iglesia. Así ha de suceder hoy entre nosotros. Quiero deciros: ¡esto es verdad! No son sólo palabras o un discurso más o menos inspirado. No son una lista «deberes» para hacer. Nos jugamos mucho en este curso. Está en juego continuar y relanzar la transmisión de la fe en nuestra Diócesis. Está sólo será efectiva... si experimentamos ser salvados por un encuentro: ... con la persona viva de Jesús.



· Lectio

· **Meditación primera** CRISTO SALE A NUESTRO ENCUENTRO

Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos

· **Meditación segunda** EL ENCUENTRO CON CRISTO EN EL CAMINO DE LA VIDA *¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?*

· **Meditación tercera** EL ENCUENTRO CON CRISTO EN LA PALABRA *Les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras*

· **Meditación cuarta** EL ENCUENTRO CON CRISTO EN EL SACRAMENTO *Tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando*

· **Meditación quinta** EL ENCUENTRO CON CRISTO EN LA COMUNIDAD *Se volvieron a Jerusalén y contaron lo que les había pasado*



Lectio

ENCUENTRO

ITINERARIO FORMATIVO

Lo que hemos visto y oído...

**Descubrir los caminos y lugares
por los que el Resucitado
sale a nuestro encuentro**

Algunos consejos para hacer con fruto la *lectio divina*

La *Lectio divina* es un método de oración basado en la escucha y la meditación de la Palabra de Dios para hacerla vida. Más que un método es un movimiento interior del espíritu humano que ora movido por el Espíritu de Dios. Por eso, la *Lectio* no es un conjunto de pasos independientes entre sí que hay que seguir mecánicamente. La *Lectio* tiene una unidad interna, capaz de unificar la vida y la persona del orante.

Aunque hay diversos modos de hacerla, nosotros hemos seguido el modo propuesto por el Papa Benedicto XVI en *Verbum Domini*, 87, en dónde recuerda los pasos fundamentales:

Se comienza con la lectura (*lectio*) del texto, que suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: *¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?* Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos.

Sigue después la meditación (*meditatio*) en la que la cuestión es: *¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?* Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente.

Se llega sucesivamente al momento de la oración (*oratio*), que supone la pregunta: *¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?* La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia.

Por último, la *lectio divina* concluye con la contemplación (*contemplatio*), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: *¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?* San Pablo, en la *Carta a los Romanos*, dice: «No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (12,2). En efecto, la contemplación tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros «la mente de Cristo» (1 Co 2,16). La Palabra de Dios se presenta aquí como criterio de discernimiento, «es viva y eficaz, más tajante que la espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón» (Hb 4,12).

Conviene recordar, además, que la *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad.

En el presente Itinerario formativo ofrecemos una reflexión sapiencial y formativa sobre el encuentro con Cristo a la luz de la experiencia de Emaús. Con ello pretendemos suscitar una experiencia formativa que genere, a su vez, una «mente común» en todos los diocesanos, acerca de lo que es, por otra parte, básico, central y permanente en la vida cristiana: el encuentro con Cristo.

Para una fructuosa lectura y trabajo sugerimos las siguientes pautas:

1. Cada meditación es demasiado larga para trabajarla en una sola sesión. Es conveniente, por ello, dedicarle al menos dos o tres sesiones de trabajo en grupo.

2. Cada meditación necesita varias lecturas. La primera, ha de ser individual. Por ello, recomendamos una primera lectura, personal y rápida, de la entera meditación que se va a trabajar. Conviene fijarse en: 1) la secuencia de la propia meditación, es decir, los pasos lógicos que se producen entre la *lectio*, la *meditatio*, la *contemplatio* y la *actio*; 2) los puntos concretos que se meditan en la *meditatio* y la relación que tienen con el conjunto de la escena; 3) las demás citas bíblicas que se citan en cada meditación, deteniéndose, si es posible, a buscarlas, y meditarlas en relación al texto. Esta lectura inicial permitirá percibir, desde el inicio, la unidad de toda la reflexión. Después, conviene rezar, individualmente y cada día, fragmentos cortos, a pequeños sorbos, de la meditación. Es entonces cuando se pueden saborear y gustar ideas y pensamientos que nos llevarán a ponernos personalmente ante el Señor.

3. Sólo, después de este ejercicio individual, se realiza la lectura en grupo, en donde se progresa en el texto según el ritmo del grupo. A la luz de lo ya meditado personalmente es cuando el compartir en el grupo es más constructivo y edificante. Durante la sesión en grupo, no se trata de compartir sólo ideas y pensamientos, sino vivencias, experiencias, sugerencias, inquietudes... Para ello pueden ayudar los cuestionarios y revisiones (personales y comunitarios) que hay al final de cada meditación (*actio*), y que recogen sustancialmente el argumento de cada una de ellas.

4. Es importante, por último, recoger el fruto de la reflexión y del diálogo, principalmente, en la oración. En ese sentido cabe recordar que la oración es el mejor ámbito para el encuentro con el Señor y que, por lo tanto, hay que ofrecerle el debido tiempo. «Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, con-

templación, escucha y viveza de afecto hasta el arrebató del corazón» (San Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 33). A ese fin pueden ayudar las celebraciones comunitarias propuestas en esta Programación.

5. Otra manera, no menos importante, de recoger este fruto es ponerlo por escrito. Para ello, es recomendable que cada grupo elija a un secretario o coordinador que recoja las respuestas más destacadas del grupo sobre el cuestionario propuesto para cada meditación. De esta forma, las respuestas pueden servir de sugerencias para el resto de la comunidad, el consejo pastoral parroquial, etc...

6. Ante cualquier duda sobre el contenido o el método de la meditación es conveniente preguntar al párroco, al sacerdote encargado o responsable del grupo. Sólo aprende quien pregunta, quien no deja cuestiones sin resolver.



CRISTO SALE A NUESTRO ENCUENTRO

Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos

¹³ *Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; ¹⁴ iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. ¹⁵ Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.*

1. LECTURA (*lectio*)

El relato comienza con una magnífica puesta en escena. Desde el primer versículo se nos presenta las personas implicadas, las condiciones del tiempo y del lugar, y, por último, el movimiento emprendido.

Uno de los discípulos se llama Cleofás (24,18). El otro permanece innominado. No forman parte del grupo de los Once (como quedará definitivamente claro al final, en el v.33), sino de un grupo más amplio, mencionado en v.9b («todos los demás»), en estrecha relación con los Once. Esto significa que están en relación directa con los acontecimientos pascales.

La escena se despliega desde un lugar muy conocido por todos (Jerusalén), y un lugar poco conocido (Emaús). Esto significa que «los discípulos saben lo que dejan, pero no saben adónde van. Huyen de Jerusalén. Su propósito es poner tierra por medio entre la Ciudad santa y ellos mismos»¹. Así pues, hay un viaje, aunque sea en mala dirección.

Como hace en toda la obra de Lucas, una vez más, vuelve a aparecer el tema del camino, del viaje. Todo su evangelio presenta el ministerio de Jesús como una larga subida hacia Jerusalén (cf. Lc 9,51). Del mismo modo, la misión de los apóstoles en el libro de los *Hechos* será descrita

¹ B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, Madrid 2006, 51.

también como un itinerario de Jerusalén, pasando por Samaría, hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,8).

Mientras caminan, conversan. Pero, su conversación, de momento, es un «círculo vicioso»: dan vueltas a lo mismo, sin una salida.

En medio del camino y de la conversación aparece el mismo Jesús, tercer protagonista del relato. Su aparición ocupa el centro de la escena. Se acerca cómo otro peregrino que vuelve a casa después de celebrar la Pascua en Jerusalén. Con su entrada se produce una tensión narrativa. Camina junto a ellos, pero su identidad pasa inadvertida. No le reconocen. Tal reconocimiento se va a convertir en el hilo argumental de todo lo ocurra en el camino, de todas las palabras y todos los gestos a través de los cuales Jesús, como un misterioso peregrino, desvelará su presencia resucitada.

2. MEDITATIO (*meditatio*)

Un camino de huida

Dos discípulos iban caminando, aquel mismo día, desde Jerusalén hasta Emaús. Abandonan la comunidad donde sigue reunido el resto de discípulos incrédulos con las mujeres creyentes (cf. 24.9-10.33-35). Parece el comienzo del fin; empieza a disgregarse el grupo reunido formado a lo largo de su vida.

Estos discípulos que huyen ¿qué llevan en su corazón, qué pensamientos y qué sentimientos les asaltan?. Por una parte, una *extraña sensación de vacío*. Ya no hay nada que les retenga en la ciudad santa. Todo ha pasado, todo ha terminado. Se ha concluido todo lo que contaba hasta ese momento en sus vidas. Jesús, en quien pusieron todas sus esperanzas, en cuyas manos se imaginaron un mundo mejor, ha muerto ejecutado a manos de las autoridades. Se ha mostrado impotente, incapaz de cambiar la vida. Todo se desvanece. Han perdido los años de su vida envueltos en una ilusión irreal, en un sueño con un amargo despertar. Por otra parte, un *deseo irresistible de huir*. Ahora sólo queda marcharse, olvidar. Inician un viaje de huida,... más precipitado que meditado. Había llegado el momento de comenzar otra marcha, otro rumbo. Buscar otros caminos, otras orillas donde descansar de la desilusión.

Sin duda alguna, son muchos los motivos por los que aquellos dis-

címulos inician un camino de huida, precisamente, «aquel mismo día»: aquel día que era el día de la resurrección, de la alegría, de presencia radiante de Cristo en la historia. Sin embargo, el corazón de aquellos discípulos aún no ha sido tocado por el «misterio»: es decir, «de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos»². Por eso se alejan de Jerusalén, se alejan de toda posible esperanza.

Pues bien, más allá de sus pasos precipitados, nosotros podemos percibir ahora el camino por el que todo hombre o toda mujer, desilusionados, abandonan la fe, abandonan la Iglesia. Es un hecho que es necesario reconocer: hoy, como ayer, muchos discípulos de Jesús, han iniciado ese viaje de huida de la vida cristiana. Ya no saben cómo retomarla. Se sienten «alejados», han perdido el «camino». Se encuentran «extra-viados», fuera del camino, «desorientados», de vuelta de todo. Los hombres y mujeres de hoy, como aquellos discípulos de Emaús, también se han apartado del camino de la fe, cumpliéndose lo que ya había meditado san Agustín sobre ese mismo relato: «El maestro caminaba con ellos durante el camino y él mismo era el Camino. Pero aquellos discípulos aún no iban por el Camino, pues los halló fuera de él»³. Quien abandona el Camino, deja de ser ya discípulo: no sigue a nadie ni a nada. Cabría preguntarnos también hoy: ¿por qué hay tantos hermanos nuestros que se alejan del camino? ¿Cuáles serían hoy los aquellos puntos de fuga por los cuales muchos cristianos se alejan de la fe y de la comunidad cristiana? Algunos de estos puntos son conocidos por todos. Los más usuales entre nosotros hoy son:

1. Un punto de huida hoy consiste en considerar el conjunto del cristianismo como algo caduco, sin novedad, como perteneciente a *un tiempo pasado*. El cristianismo ha dejado de ser el tejido de cohesión de la vida y de la cultura: «Mientras que el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas»⁴. Hay creyentes que han perdido el sentido de la «novedad» cristiana, que no es otro que la misma persona viva, resucitada, de Cristo. «Cristo es el “Evangelio eterno”

2 Francisco, *Evangelii Gaudium*, 279.

3 San Agustín, *Sermón* 235.

4 Benedicto XVI, *Porta fidei*, 2.

(Ap 14,6), y es “el mismo ayer y hoy y para siempre” (Hb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad»⁵.

2. Otro punto de fuga hoy es la irresistible seducción que ejerce, incluso para el creyente, la mentalidad *secularista*. Según ella, Dios está ausente del horizonte de la vida cotidiana del hombre. Este secularismo es ambiental. Como sabemos, impregna toda la cultura y la vida cotidiana. Es una atmósfera que incluso los creyentes pueden respirar y les puede terminar contaminando. En ese caso, el secularismo no es sólo un fenómeno que reside fuera (*extra muros*), sino también puede habitar en casa propia, en nuestra casa y en nuestra Iglesia. Un texto de Benedicto XVI analiza de qué manera nos puede contagiar este ambiente: «Esta secularización no es tan solo una amenaza exterior para los creyentes, sino que hace tiempo se manifiesta también en el propio seno de la Iglesia, *desnaturalizando desde dentro y en profundidad la fe cristiana*, y por tanto el estilo de vida y la conducta diaria de los creyentes. Estos viven en el mundo y se ven con frecuencia marcados —cuando no condicionados— por *la cultura de la imagen*, que impone modelos e impulsos contradictorios, en una negación práctica de Dios: ya no hay necesidad de Dios, de pensar en Él y de volver a Él. Además, *la mentalidad hedonista y consumista* dominante, favorece, tanto en los fieles, como en los pastores, una *deriva hacia la superficialidad y un egocentrismo nocivo* para la vida eclesial. La “muerte de Dios” que tantos intelectuales anunciaron hace decenios da paso a un culto estéril del individuo. En este contexto, existe el peligro de caer en una *atrofia espiritual* y en una *vacuidad del corazón* caracterizada en ocasiones por formas sucedáneas de pertenencia religiosa y de *espiritualismo difuso*»⁶.

Un continuado tiempo de exposición a esta atmósfera secularista puede provocar para el creyente no sólo el deterioro de la experiencia genuina cristiana, sino incluso su misma adulteración, su misma transformación. El cristiano, contagiado de este secularismo, termina abandonando el camino de la auténtica experiencia creyente, iniciando una fuga de la misma, posiblemente no de un modo abierto, declarado, sino más bien de un modo encubierto, inconsciente, de un modo «silencioso». Es entonces cuando se produce aquel fenómeno que ya aler-

5 Francisco, *Evangelii Gaudium*, 11.

6 Benedicto XVI, *Discurso a la Plenaria del Consejo de la Cultura* (8-3-2008).

tó san Juan Pablo II, el de una «apostasía silenciosa» de la fe⁷. Apostasía que viene a evidenciar, a su modo, el resultado de aquella «ruptura entre el Evangelio y la cultura» en los cristianos que ya el beato Pablo VI anunciaba como el «drama de nuestro tiempo».

3. Y, por último, otro punto de huida para muchos creyentes hoy es la tremenda *crisis de esperanza* que vivimos, fruto sin duda alguna de la visión secularista indicada. «La esperanza, reducida al ámbito intramundano cerrado a la trascendencia, se contenta por ejemplo, con el paraíso prometido por la ciencia y la técnica, con las diversas formas de mesianismo, con la felicidad de tipo hedonista, lograda a través del consumismo o aquella ilusoria y artificial de las sustancias estupefacientes, con ciertas modalidades del milenarismo, con el atractivo de las filosofías orientales, con la búsqueda de formas esotéricas de espiritualidad o con las diferentes corrientes de la *New Age*»⁸. Es así como el mundo moderno ha suscitado diversas esperanzas, como aquella que se tiene en el progreso o en la razón, pero insuficientes y diminutas ante la visión cristiana de la esperanza, basada en la «vida eterna», que sólo puede dar Dios. «En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12)»⁹.

La vida como camino: el proceso interior

Aquellos discípulos huyen de Jerusalén. Escapan. Su conversar, mientras caminan, le da al camino un sentido curativo y contemplativo: el camino se convierte para ellos en un espacio de distancia ante lo sucedido, y también de reflexión ante ello. El camino adquiere, entonces, un sentido existencial y espiritual. Para aquellos discípulos el camino se convierte:

1. En primer lugar, en un *proceso interior*. A través del camino van a crecer, van a cambiar, van a pasar de la desesperanza y la desilusión a la alegría del encuentro. Eso es lo que ocurre también en nuestra vida. *Toda nuestra vida es un proceso, un camino interior*. Cuando hablamos de

7 San Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 9: «La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera».

8 San Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 10.

9 Benedicto XVI, *Spe salvi*, 27.

nuestra historia personal, fácilmente hablamos de un camino de vida, en el cual la mirada se centra sobre todo en lo interior. Aunque la imagen de la vida como camino hace referencia a etapas externas (infancia, adolescencia, juventud, madurez..), también se refiere al proceso interno de la biografía: es la persona en evolución. Estamos en la vida de viaje espiritual. Ser creyente es percibirse como persona en proceso de fe, en crecimiento, entre los diversos avatares de los acontecimientos vividos, afectivos o emocionales, cognitivos o ideológicos. «La vida es una peregrinación y el ser humano es *viator*, peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada»¹⁰. La persona creyente es un quehacer en tensión entre acontecimientos biográficos, personales, eclesiales, vocacionales, sociales, cuyo núcleo transformador es el Espíritu Santo que la hace devenir entre identidad y crecimiento a la vez, entre fidelidad y creatividad. El Espíritu guía el conjunto personal del creyente a través de sus fases; siendo su acción no sólo puntual, sino global, desplegando toda la vida del creyente en una constante personalización progresiva y vital. Toda la vida es un camino, por tanto, hacia una incesante maduración de la persona, hacia un crecimiento y un perfeccionamiento espiritual¹¹.

2. Precisamente, por ello, el camino se convierte *en posibilidad* de crecimiento. Andar el camino es posibilidad de crecer, de sanar, de curar. Así sucedió a los de Emaús: durante el camino se encontraron con el Señor; durante el camino, el Salvador les salió al encuentro y acompañándolos, restituyó su ánimo y sanó su dolor. Nosotros —como ellos— también estamos expuestos a los peligros, las luchas, las desilusiones y las purificaciones del camino creyente. El mismo camino se convierte así en posibilidad de transformación y de maduración. Viajamos para *ser otros*. Aunque también podemos recorrer el tiempo, las calles, estando en nuestra casa, en nuestras costumbres, en nuestras mentes y en nuestras evidencias. Podemos movernos sin cambiar, sin que pase nada en nuestro interior: sin abrirnos a ninguna novedad. Quien nunca parte, nunca se descubre a sí mismo en le vivir la vida y no llegará

10 Francisco, *Misericordiae Vultus*, 14.

11 Cf. Servicio de Atención al Clero, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, Diócesis de Orihuela-Alicante, Alicante 2002, 18-19. A lo largo de estas meditaciones seguiremos el contenido de estas reflexiones que, aunque proyectadas para el análisis de la vida y la espiritualidad del Clero, contienen una rica sabiduría sobre la vocación cristiana. Agradecemos, por tanto, a su autor, D. Agustín Sánchez Manzanares, este inestimable material elaborado precedentemente.

nunca a ser el que podría ser, el que quiso ser y el que proyectó ser. Caminar es ir un poco más lejos de nosotros mismos. Quien se pone en marcha, da el primer paso más importante: salir de sí mismo, de su crisis. Está abierto al encuentro¹².

3. En tercer lugar, el camino, con sus pasos, es *pensamiento*, es rumiar, es recordar, es meditación. Los discípulos de Emaús hablaban de lo sucedido. También para nosotros, en ocasiones, es bueno volver sobre lo que conmueve el corazón. Esto puede liberar lo vivido y se ha quedado adherido, desgarrando el interior. Es bueno verbalizar lo vivido¹³. Sacarlo fuera. Tomar distancia. Separarse del lugar de la existencia cotidiana, tomar tiempo para revivir lo que ha pasado. A menudo estos procesos suceden en la misma historia de la salvación. Así, por ejemplo, después de saber María, por el anuncio del ángel, no sólo su situación, sino también la de su prima Isabel, «se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña», al encuentro de ella (cf. Lc 1,39). María sabe pasar del silencio receptivo a la acción directa, de la contemplación a la acción, de la oración más contemplativa a la caridad más comprometida. Sin embargo, en ella no desaparece la reflexión: «las muchas horas de viaje ofrecen la oportunidad de pensar en cuanto a sucedido y de profundizar su sentido y su alcance. Ella tiene la posibilidad de estar a solas con su hijo, que ocupa no sólo su cuerpo sino también su pensamiento. Toda la persona de María está llena de Dios y de su obra»¹⁴. Como vemos en el caso de María, la reflexión, especialmente la memoria, es una dimensión de la fe: «el creyente es fundamentalmente “memorioso”»¹⁵. Ser creyente por tanto es ser una persona reflexiva, como María, que «guardaba todas esas cosas en el corazón» (Lc 2,19.51). El camino, como proceso interior y tiempo de maduración, es oportunidad de reflexión, de revisión, de contemplación, de memoria amorosa.

Un camino de nostalgia

Pues bien, aquellos discípulos caminan y conversan. El camino es curativo y contemplativo. Hablan de Jesús, como si tuvieran necesidad

12 Cf. SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 19.

13 Cf. SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*20.

14 P. L. Vives Pérez, *María del Carmen. Por los caminos de la vida*, Burgos 2012, 25.

15 Francisco, *Evangelii Gaudium*, 13.

de recrear su recuerdo, de recuperar su figura. Huyen de alguien del que, sin embargo, sienten nostalgia. Su corazón había quedado prendado de Jesús. Sintieron el cariño de su mirada. Fueron testigos de alegrías y de sufrimientos junto al Maestro, de sus éxitos y de sus fracasos. Habían puesto sus mejores deseos en él. Más adelante dirán cómo esperaban que él fuera el liberador de Israel (24,21). ¡Cómo olvidar, de pronto, pasados sólo «tres días» (v.21), todo esto! ¡Cómo huir del impacto que había producido eso en sus vidas! Aquellos discípulos hablan con nostalgia de Jesús, y en ello muestran que no lo han perdido todo. Aún permanece el recuerdo como una reliquia interior, como un deseo hondo, como una invocación silenciosa: «¿Adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido? Como el ciervo huiste, habiéndome herido, salí tras ti clamando, y eras ido?»¹⁶.

También nosotros, ante la ausencia de Jesús, ante el silencio de Dios, hemos de aprender, como aquellos discípulos, a invocar desde el corazón la presencia del Amado. Hemos de aprender a vivir en la nostalgia de los valores más altos, buscando los bienes de arriba (cf. Col 3,1). Hemos de aprender a sentir, al menos, nostalgia, de la pérdida de los bienes hermosos, de la presencia y la relación de Cristo. Ese será el mejor paso en el camino del encuentro con Él. Ese será nuestro primer paso en el camino de la fe, ese será nuestro primer paso en el camino interior, en el camino de la meditación y la oración cristiana.

Una compañía en el camino

El camino, con todas sus posibilidades abiertas al encuentro con los demás, se convierte, de hecho, en compañía. La nostalgia del hombre atrae la cercanía de la persona invocada.

Es como entonces aparece Jesús. Su entrada en escena es ya una imagen de los que significa la salvación cristiana: ésta se inicia aceptando esta compañía. Fijémonos en la aparición del Resucitado, en su entrada en escena. De ese modo aprenderemos cómo es su compañía y cuáles son sus signos:

1. Jesús resucitado aparece, en primer lugar, *tomando la iniciativa*. Sale al encuentro. Es la característica del Resucitado: es él quien se muestra vivo (cf. Hch 1,3). Él viene al encuentro de los discípulos como

¹⁶ San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, Canción 1,1: «Cayendo el alma en la cuenta... con ansia y gemido salido del corazón herido ya del amor de Dios, comienza a invocar a su Amado».

una realidad objetiva, que llega de fuera. Jesús «*se hizo ver*». Su visión no es producto de la fantasía ilusoria de hombres. El encuentro con el Resucitado no es deducible por tanto desde nuestras experiencias intramundanas, no es exigible desde nuestra ladera: sólo puede advenir, como don y como gracia; como un regalo de su amor, por la propia iniciativa del Resucitado. En los relatos de las apariciones vemos como Jesús resucitado es quién da el primera paso, quién sale al encuentro de los hombres concretos.

2. Jesús se acerca a los discípulos, en segundo lugar, con respecto, con discreción: sin interrumpir el proceso en que se hallan, *asumiendo, desde dentro, la situación* en la que se encuentran. Se pone a caminar con ellos. ¡Qué gestos los de Jesús! Se pone a la altura, acompasa su paso al de los discípulos. El primer paso de Jesús, por tanto, al salir del encuentro de los discípulos, es *acompañar*. Jesús acompaña sin suplantar ni sustituir: porque nadie puede ponerse en lugar de nadie, y esto es una terrible verdad como la muerte, pero sí que puede ponerse junto a alguien¹⁷. Jesús sabe estar junto, de parte de lo que les preocupa, de parte de sus vivencias, de lo que les acontece. Este hecho nos hace valorar cómo el Señor resucitado nos acoge tal como estamos, tal como somos. Y en eso, precisamente, entendemos que esa relación, esa compañía, ese encuentro, ese estar junto a alguien, es lo que madura, lo que transforma.

3. Ese andar juntos el camino es la experiencia profunda de Emaús: es *experiencia de salvación*. Andar juntos, con el Señor, es lo que salva, es lo máximo que personaliza. Ese caminar juntos nos recuerda que Jesús ya definió la esencia del discipulado como un acudir a Él para cargar juntos el peso de la vida, el peso de la vida iluminada por la fe: «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso» (Mt 11,28-29). Ser discípulo de Jesús significa dejarse uncir al yugo de Cristo, enyugarse juntos, en un mismo camino y una misma dirección. Su yugo no es pesado, es ligero, porque él viene con nosotros: en Él está el verdadero descanso. Él viene a nosotros como auténtico Cireneo (cf. Lc 23,26) a poner sobre sus hombros el peso de nuestra vida, especialmente, cuando ésta se ha orientado, por la fe, hacia la Él. Jesús no es un maestro fariseo que

17 Cf. SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 20.

carga fardos pesados sobre nosotros y luego son incapaces de ayudar y empujar (cf. Mt 23,4). Para Jesús no somos bestias de carga. Su evangelio no es un fardo aplastante. Su doctrina radica en Él mismo, su misma persona, que se ofrece siempre a nosotros como una compañía solícita, diligente, repleta de atención y ayuda. Caminar, entonces, junto a Cristo, convierte la vida en un alivio, en un descanso. Es verdadera experiencia de salvación. ¡Ese es su yugo!

4. La compañía de Jesús es *mistagógica*: su acompañamiento, al ser experiencia compartida, se convierte en para nosotros en fuente de iniciación al verdadero camino de Dios. ¡Qué bueno es encontrarse con otro viajero que conozca todo esto, que lo haya vivido, que lo haya sufrido y lo haya superado por lo alto!. Es bueno encontrar al viajero invisible, su presencia espiritual. Dios, al llevar el mismo camino del hombre, se nos une, camina a nuestro paso y va con nosotros, a nuestro lado. El Señor es nuestro acompañante del camino humano y cristiano. Cuando el sufrimiento nos amenaza, superior a nuestras fuerzas, Cristo nos consuela en el centro más centro del alma, donde él mora. Dios está aquí, y yo no lo sabía, dice Jacob (cf. Gn 28,16). Sólo con posterioridad sabemos vivencialmente que estuvo a nuestro lado. Fue bonito. Fue hermoso. Él nos acompaña cuando nuestro camino transcurre a través del desengaño y la tristeza, la decepción y la crisis. Ésta es la experiencia original de Emaús. Jesús es el auténtico sacramento de cercanía y de acompañamiento de Dios. Su compañía es *mistagógica*. La compañía de Jesús es *experiencia compartida*, que arrastra a la comunión. Él también está profundamente herido de abandono de los suyos, de traiciones, de negaciones de sí mismo; también ese Viajero sapiencial está herido y conmovido. También ha tenido el alma angustiada hasta la muerte. Sabe de la soledad. Sabe del fracaso. Sabe del hombre¹⁸. Este saber es para nosotros una puerta abierta para encontrarnos con él, es posibilidad de encuentro, posibilidad de acceso a Dios.

Una Presencia oculta despierta el impulso de la fe

Sin embargo, ellos no se dan cuenta: «sus ojos no eran capaces de reconocerlo». Literalmente dice el texto: «estaban impedidos». ¿Por qué? La respuesta estaba ya presente en tradición, tal y como lo explica muy bien san Agustín: es para dar tiempo a que éstos asimilen más y mejor

18 Cf. R. Guardini, *Jesucristo. Palabras espirituales*, Madrid 1965.

las enseñanzas catequéticas por el camino¹⁹. Sus ojos estaban ocultos para dar ocasión a una instrucción por parte del Señor.

Esta interpretación tiene un punto de apoyo en el mismo texto; precisamente en la forma pasiva del verbo que describe cómo los ojos de los discípulos estaban impedidos. Y es que san Lucas, al poner el verbo en pasiva («estaban cerrados»), indica que la imposibilidad de ver, por parte de los discípulos, se debe a un doble agente: tanto a la *debilidad humana* como a la *fuerza divina* que ahora oculta la figura, para luego hacerse patente. De esa manera, cuando el texto más adelante afirme que los discípulos reconocen al Resucitado, la visión no será sólo obra de los discípulos, sino también de la gracia, que actúa en aquellos ojos que estaban impedidos y que al fin «se abrieron y lo reconocieron» (v.31). Sólo cuando aquellos ojos, que estaban cerrados, reciban la acción iluminativa de las palabras y los gestos del Resucitado, podrán abrirse verdaderamente.

Jesús resucitado, al caminar junto a aquellos discípulos sin que lo reconozcan, nos enseña a todos de qué manera nos acompaña justamente en aquellos momentos oscuros de la vida: en aquellos momentos en los que Él esconde su presencia. La experiencia de Emaús es una experiencia de Dios tal y como se revela tanta veces en la historia de la salvación: el Dios oculto, *Deus absconditus*. El Dios de Getsemaní, el Dios de la pasión, el Dios de las tinieblas del Gólgota. El Dios incomprendible, el Dios silente. ¿Cuántas veces hemos experimentado este silencio, este abandono, esta soledad? ¿Este es el camino de huida más duro y más desconcertante que el hombre puede conocer!: el abandono de Dios. El silencio de Dios nos hace huir, escapar, tomar el camino de huida. Huimos porque Él ya no está, su ausencia no se soporta y nos hace escapar. Es la realidad de la cruz: aquello que, precisamente, divide las fidelidades... aquello que pone a prueba el discipulado. De este camino de huida —tal vez el más difícil y profundo— es del que nos quiere rescatar el Señor resucitado: el camino de la increencia, el camino de la desconfianza en Él.

Son esos momentos en los que parece que Cristo está muerto: no responde. «¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Mis enemigos se ríen de mí» (cf. Sal 22). En esta oración es como si Cristo suplicara a Dios: «Estás lejos, no escuchas. Triunfa el malvado, el hábil. Todo se ha tornado ceguera». Para nosotros puede significar: «el problema ha podido con nosotros y estamos ciegos ante él. Hemos

19 San Agustín, *Sermón* 232, 3: «convenía que su corazón fuese mejor instruido».

perdido la visión de la realidad, el realismo espiritual. Nos afecta una ceguera de difícil curación. Tenemos puntos ciegos. Puntos afectivos. Puntos ciegos intelectuales. Puntos ciegos caracteriales. Puntos ciegos conductuales»²⁰. Es una ceguera ante la realidad, ante la vida, ante los apoyos que antes parecían seguros, y ahora se han tornado ficticios, ilusorios. El problema de esta ceguera es que se cierra el deseo de salir, el deseo de ver a Dios. Sólo el deseo hace ver: como la Magdalena (cf. Jn 21). Pero, no: estamos bloqueados, ciegos... hemos perdido las fuentes de vida, de luz, de sanación de nosotros mismos. Estamos obstruidos por dentro.

Es entonces, sobre todo, cuando se requiere la fe. Ésta es un impulso teologal... es una atracción de Dios en medio de la noche, entre la oscuridad. Es la confianza de avanzar empujados por la voz y los pasos del que, sin verlo, está junto a nosotros y viene a nuestro encuentro. La fe es un camino oscuro como la noche, como explica San Juan de la Cruz, por tratarse del tránsito que el alma hace hacia Dios. Es «noche» por tres cosas: por parte *de donde* sale el alma, al purificar aquello que en el alma no es Dios; por parte *del medio* que emplea, que es la fe, cuya naturaleza es oscura para el entendimiento, a causa de la excesiva luminosidad; por parte *del término* al que se encamina, que es Dios, que siempre es noche para el alma en esta vida²¹.

Precisamente por ello, la presencia silenciosa del Resucitado en medio de la noche, devuelve los contornos reales de las cosas, de los problemas, de la realidad. Su silencio nos hace penetrar y habitar más adentro en la realidad. Cristo resucitado está en medio de la noche, como su Señor, como su centro. Su presencia, invisible, protege y custodia el sentido de la realidad, que de esa manera se alza erguida, ajena y libre de nuestras ensoñaciones. El Señor de la noche vigila y ampara la vida y la realidad de nuestros manejos y nuestros trucos ilusionistas, y nos abre el acceso a ella por medio de la fe. ¿Seremos capaces de confiar en su compañía mientras avanzamos por las oscuras cañadas del sendero de la vida (cf. Sal 22: aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque *tú* vas conmigo)?

20 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 23

21 Cf. San Juan de la Cruz, 1 *Subida*, 2,1.

RESUMEN

Esta primera meditación quiere situarnos en la experiencia vivida por los discípulos camino de Emaús. Por ello, describe tanto *la iniciativa* del Resucitado, que sale a nuestro encuentro, como *el proceso* que suscita en el hombre tal iniciativa; un proceso mediante el cual es posible acoger la presencia del Resucitado. Ello supone que, por una parte, esta meditación se fije en el *camino humano* de la búsqueda de Dios y de su presencia, acentuando sus peligros y obstáculos, y, por otra, la *iniciativa del Resucitado* que viene a nosotros por la fe, como un don que nos excede, y por ello se muestra oculto, permaneciendo en la «noche». Todo ello se ve claramente en el inicio del camino del Emaús, que, desde la *vertiente humana*, es:

1) Un *camino de huida* que ilumina los caminos de la increencia humana. Al Igual que ellos, nuestros contemporáneos abandonan la fe, al considerar que el cristianismo es caduco, ha pasado; que Dios no interviene en la existencia cotidiana del hombre (mentalidad secularista); que no hay una esperanza grande porque la vida del hombre está encerrada en el horizonte intramundano de un paraíso ficticio prometido por el progreso, la ciencia y la técnica.

2) Un camino que *es imagen de la vida como proceso interior*. El ser humano es *viator*, peregrino. La unidad de su evolución la puede percibir si se deja guiar por el Espíritu Santo. Que la vida humana sea camino significa que ésta este llene de posibilidades. Viajamos para ser otros. En el camino de la vida vamos cambiando y creciendo. Para ello es importante abrirnos a la novedad, dar el primer paso. La vida, al ser camino, es pensamiento, reflexión. El pensamiento acompaña nuestro camino y nuestro vivir. Sin ello no se puede descubrir lo que nos pasa. Por ello es importante verbalizar lo vivido.

3) Un *camino de nostalgia*. Que hace invocar la presencia del Ausente. El recuerdo es la reliquia interior de quien ha perdido la presencia de Dios. Ésta actúa ya cómo deseo de búsqueda y encuentro. Ésta es la palanca en que apoyar toda el primer anuncio evangelizador.

Pero, precisamente, la nostalgia despierta el deseo de presencia. El Resucitado aparece cuando su presencia es invocada, anhelada. Su

compañía es la imagen de los que significa la salvación cristiana: experiencia de comunión. Su aparición supone, por tanto, la *vertiente divina* que, como segundo elemento, implica el encuentro que describe Lucas a lo largo del camino de Emaús. En la aparición del Resucitado, Lucas destaca:

1) Cómo el Resucitado toma la iniciativa; cómo su cercanía es discreta, sin interrumpir el proceso en que se halla la persona; cómo asume, desde dentro, la situación en la que se encuentre; y que, por ello, su presencia es verdadera compañía. Él sabe acompañar como nadie.

2) Esta presencia sólo puede ser reconocida por la fe, un impulso alentado por Dios mismo, que nos conduce a Él, y que nos permite avanzar en medio de la oscuridad del camino.

3. CONTEMPLACIÓN (*contemplatio*)

Ando por mi camino, pasajero
y a veces creo que voy sin compañía,
hasta que siento el paso que me guía,
al compás de mi andar, de otro viajero.

No lo veo, pero está. Si voy ligero,
Él apresura el paso; se diría
que quiere ir a mi lado todo el día,
Invisible y seguro compañero.

Al llegar a terreno solitario,
Él me presta valor para que siga,
y, si descanso, junto a mí reposa.

Y, cuando hay que subir monte (Calvario
lo llama él), siento en su mano amiga,
que me ayuda, una llaga dolorosa.

4. REVISIÓN personal y comunitaria (*actio*)

1. ¿Por qué abandonan los demás la fe y se alejan de la Iglesia? ¿He vivido algún tiempo alejado de la fe? ¿Me he sentido alguna vez defraudado por la Iglesia? ¿Cómo podemos ayudar a que los demás vuelvan a la fe y se acerquen a la Iglesia? ¿Cómo podemos ir a buscarlos?

2. ¿Qué busco en la vida? ¿En qué aspectos de mi persona me siento crecer? ¿Con quién suelo conversar y dialogar los problemas o los gozos de la vida? ¿Me siento acompañado en mi vida y en mi fe? En la oración, ¿experimento la compañía de Jesús? ¿Qué rasgos del misterio y de la vida de Cristo me siento llamado a compartir junto a Él?

3. ¿He sentido alguna vez el silencio de Dios en la vida y en la oración? ¿En qué experiencias descubro su compañía o mi deseo de Dios? ¿Qué aspectos de mi persona o de mi vida ha ido cambiando la fe?



Meditación segunda

EL ENCUENTRO CON CRISTO EN EL CAMINO DE LA VIDA

¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?

¹⁷Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. ¹⁸Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes o que ha pasado allí estos días?». ¹⁹Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderosos en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; ²⁰cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ²¹Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. ²²Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, ²³y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. ²⁴Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

1. LECTURA (*lectio*)

El «misterioso peregrino» no sólo camina junto a ellos, sino que se inmiscuye en su conversación: «¿de qué habláis?». Su pregunta se clava en el corazón de los discípulos. Antes de contestar con la voz, responden con el cuerpo: detienen su marcha. Ya no tienen ganas de avanzar, de dar un paso más. Si, según el refrán, la cara es el espejo del alma, éstos tienen el «rostro entristecido». Tienen el alma rota. Así lo da a entender uno de ellos, Cleofás, que le reprocha al «forastero» ignorar «lo que ha sucedido estos días».

Jesús inicia con ellos una conversación, en la que él se coloca al inicio en posición del que pregunta, para cerrar después el dialogo, con la actitud del que enseña.

Los discípulos, si bien han perdido la esperanza, sin embargo, no han perdido la memoria. Recuerdan todo lo referente a Jesús, resaltando varios fragmentos de una cristología incompleta, como son: su actividad pública como profeta acreditado ante Dios y los hombres; y su condena por parte de los dirigentes judíos. Sin embargo, resulta incompleta, debido a su confusión acerca del mesianismo de Jesús. Ellos esperaban una liberación socio-política. Pero la muerte de Jesús, ocurrida ya desde hace tres días, se convierte para ellos en una piedra de escándalo imposible de saldar. Esta desilusión se convierte en una pantalla cegadora ante el *kerigma* (anuncio) de todos los testigos: el de las mujeres, porque no encontraron el cuerpo de Jesús; el de los ángeles, cuyo mensaje acerca de que Jesús vivía es testimoniado por unas mujeres tratadas de «embusteras» con anterioridad (cf. 24,11); el de los hombres, que han ido a la tumba a comprobar su estado, hallándolo como han dicho las mujeres, pero «a él no le vieron». Si bien es cierto que los discípulos tienen toda la información sobre la Pascua, sin embargo, les falta la fe de la Pascua. Existe para ellos un abismo entre la información y la adhesión.

La Buena Noticia de la resurrección está ahí, en el centro del pasaje y todo el texto que compone Lucas: «Está vivo». Pero este misterio sólo puede ser accesible por medio de la fe en la palabra de los mensajeros. Hay que adherirse a la palabra de las mujeres que refieren, a su vez, la palabra de los ángeles. Demasiados intermediarios para salir de un escepticismo desengañado.

2. MEDITACIÓN (*meditatio*)

Un diálogo de salvación

El Resucitado aparece como un desconocido que pide lugar y palabra en la conversación de aquellos dos discípulos. Pregunta sobre la actualidad más palpitante: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Sus interrogaciones son sobre el presente... ¿qué traéis...?. Se interesa por lo que ocurre «en el camino de la vida», «mientras se va de camino». Por otra parte, se acerca a los peregrinos interrogan-

do, haciendo preguntas. ¡Es todo un método!, es un método adecuado para el camino, porque quién camina piensa, reflexiona, se cuestiona... Jesús pretende descubrir esas preguntas que aquellos discípulos llevan en el corazón. Y es que, acertar con esas preguntas, es un buen comienzo para el encuentro: es iniciar una comunicación de corazón a corazón, es un buen principio para poder anunciar algo.

Todos los hombres tienen un fondo en su alma de preguntas nunca expresadas, nunca formuladas. A veces, porque no se tiene conciencia refleja de ellas; otras, porque no se sabe a quién dirigir las. Por eso, quien se acerca a otra persona, ha de saber interpretar lo que hay en el fondo de su corazón, las preguntas ocultas de su alma. Sólo así puede verdaderamente ayudar; sólo así se puede ofrecer una compañía leal, estable y segura, sin falsas simpatías. Sólo quien logra acompañar así a otro puede llegar a ser verdadero Maestro, verdadero amigo, verdadero compañero de viaje.

¿Cuáles son esos interrogantes del hombre? Son muchos y variados. Hemos de saber, no obstante, que esa multitud de interrogantes diferencian la calidad de personas que podemos ser y que también nos podemos encontrar en la vida. Es decir, hay personas ligeras, superficiales, que caminan en la vida sin interrogantes, al igual que sin ideales. Hay otras, sin embargo, que son ricas en preguntas, tienen interés por todo, un interés acorde a su mirada interior, a la riqueza de sus inquietudes. Hay, consiguientemente, personas que buscan, porque sus interrogantes son serios y profundos, capaces por ello de trazar un largo itinerario de búsqueda, de expectativas de largo recorrido; y hay personas que no buscan, con interrogantes banales o vacuos, con falsos dilemas, sin capacidad de recorrido. Éstas son personas estancadas, detenidas, inmóviles: aquellas, inquietas, despiertas, en búsqueda. Si con razón se puede decir que tal como sean las preguntas serán las respuestas; análogamente podemos afirmar que tal como sean las preguntas, serán el tipo de personas que se interrogan.

Ahora bien, los interrogantes, en definitiva, no son una opción, no los eligen las personas. Hay interrogantes ineludibles en la vida. Éstos son la base para cualquier anuncio, para cualquier oferta de sentido, para cualquier propuesta de salvación. El concilio Vaticano II tiene presente esta tarea ineludible de descifrar los interrogantes más hondos del hombre contemporáneo si quiere anunciar eficazmente hoy la salvación realizada por Cristo: «ante la actual evolución del mundo,

son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?»²². Cree la Iglesia que la respuesta a todos y cada uno de estos interrogantes sólo lo puede dar Cristo, muerto y resucitado, porque es «la clave, el centro y el fin» de la historia humana y de la vida del hombre.

Cristo responde a todos los interrogantes del hombre compartiéndolos con él; es decir, ayudándole a identificarlos, comprenderlos y formularlos. Por eso se acerca a nosotros —como lo hizo «aquel mismo día» con los discípulos de Emaús— intuyendo y adivinando nuestras preguntas e interrogantes. El preguntar del Resucitado es empático, inicia un proceso de búsqueda que va a dar lugar al encuentro con Él.

De esa manera Cristo sostiene con nosotros un verdadero diálogo de salvación («*colloquium salutis*»). Un diálogo salvífico que tiene —como destacó el beato Pablo VI— las siguientes características: 1) es trascendente: porque en su origen nos encontramos la misma iniciativa de Dios que ha salido, por medio de la revelación, al encuentro de hombre; 2) su origen, por tanto, es eterno: nace de la iniciativa de Dios, que nos amó primero (cf. 1Jn 4,19); 3) y, por último, abarca toda la historia de la salvación, especialmente la misión salvífica del Hijo: «La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unicísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice, en definitiva, cómo quiere ser conocido: El es Amor; y cómo quiere ser honrado y servido por nosotros: amor es nuestro mandamiento supremo. El diálogo se hace pleno y confiado; el niño es invitado a él y de él se sacia el místico»²³. El cristianismo es la religión del diálogo: de la conversación entre Dios y el hombre, tal y como nos lo muestra la primera página de la Biblia, al describirnos el Edén (cf. Gn 2,8ss; 3,8).

Cristo resucitado retoma el diálogo de salvación con el hombre que ya había iniciado con su encarnación. Precisamente al iniciar la vida

22 Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 10.

23 Beato Pablo VI, *Ecclesiam suam*, 28.

pública Jesús pregunta a los discípulos que le seguían: «¿qué buscáis?» (Jn 3, 38). Es la pregunta que inicia todo, que todo lo pone en marcha. Buscar... El hombre siempre busca a Dios, quiere encontrarlo. Jesucristo ofrece la posibilidad de ese encuentro. Él es «Camino». Él es el mismo «Encuentro». Por eso, las preguntas de Jesús suscitan búsqueda, interés. No así las nuestras, que dejan a los demás como están. No ponen en marcha nada. «¿Qué conversación es esa...?» —les pregunta Jesús. Jesús pregunta, interroga: no da respuestas sin antes suscitar la pregunta. Sería algo completamente inútil. Antes de desvelar su identidad gloriosa, se interesa por lo que ocurre, se entera bien de cuáles son las inquietudes, las frustraciones, los anhelos... de aquellos a quienes sale a su encuentro. Jesús lanza una pregunta abierta, sin ningún sobreentendido. Es una pregunta franca. Con ella Jesús inicia un diálogo que llevará al encuentro; una pregunta, por tanto, que abre un proceso, del que ella misma forma parte. Del mismo modo, nos interroga ahora: ¿cuál es la conversación de nuestra generación? Jesús pregunta, siendo como es el Mesías y el Maestro, el único que verdaderamente puede enseñar. Toma la actitud de discípulo antes que la de maestro.

La vida iluminada por las preguntas de Resucitado

Jesús pregunta para que los discípulos se exploren a sí mismos y se den cuenta de su situación. Así podrá ayudarles mejor. Es el método del Resucitado: el encuentro con Él tiene un momento necesario: un momento «mayéutico», es decir, un momento en el que se saca a la luz, al exterior, aquello que estaba oscuro y en el interior. Cristo lo realiza a través de la pregunta inicial, que tiene la intención de ser una pregunta mayéutica, de sacar a la luz aquello que comprime el corazón: una pregunta capaz de autoexploración. Una pregunta inicial mayéutica que «Cristo la usa en este encuentro, pero la usa con mayor hondura y espíritu humanizador que el método socrático, pues evita sus defectos (ironía, agresividad pasiva, humildad ficticia, ignorancia aparente)»²⁴. Es un momento necesario, terapéutico, curativo. Da la posibilidad de discernir sutilmente el espíritu de aquel con quien va a dialogar. La pregunta mayéutica es una pregunta que interrumpe la marcha hacia Emaús. Nos conduce, por tanto, al mundo interior de los viajeros.

¿Cómo era este mundo? Podemos acceder a él a través de las reacciones que los peregrinos tienen ante las preguntas de Jesús. El texto 24 SAS, *Contemplan el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 26.

nos dice que ante pregunta inicial del Resucitado los discípulos se detuvieron preocupados. Fijémonos, por tanto, en esta reacción de los discípulos, para meditar el significado que sus gestos tienen para nosotros.

1. En primer lugar nos dice que *se detuvieron*. La pregunta interrumpe no sólo la marcha de los pies, sino del pensamiento. Algo especial tenía la pregunta, y quién interrogaba. Es necesario detenerse ante ella. Esta interrupción de la marcha nos indica cómo también en nuestra vida, en algunos momentos del camino, es bueno detenerse. No es sólo cuestión de contemplar el paisaje, sino sobre todo mirar quién nos acompaña y el sentido de la marcha. Es bueno ralentizar los pasos y el pensamiento. No pasar deprisa por nada. Hay que rumiar el sendero. Es bueno detenerse para discernir. En la vida es necesario momentos de discernimiento, de exploración. No dejar pasar las preguntas que llevamos dentro, o nos hacen desde fuera. «Pero pregúntate con Cristo, baja a tu corazón siendo Cristo el guía que te conduce. Si bajas a tu corazón de otro modo peligras el que puedas sanarte. Sólo hay dos formas de volver al corazón: la despreñada y la egocéntrica, una sana madurando, otra enquistada la herida enfermando espiritualmente. Bueno es el desahogo, Dios lo quiere; pero también hay pensamiento y decisión de caminar. Hay que detenerse y hacer el inventario de mi camino afectivo y existencial, pero no para hipertrofiar el yo. Es un momento necesario, pero no es el término. Quedarnos quietos en aquello que nos entristece, pero fijos los ojos en Él; para superar el estado interior de tristeza hay que desear no quedarse en ella; sería la muerte de la posibilidad de nosotros»²⁵.

2. En segundo lugar, el texto nos dice literalmente que Cleofás y su compañero se detuvieron «*con aire entristecido*». ¿De qué tristeza se trataba? Los comentaristas observan que la expresión es «rara», porque puede significar muchas cosas: tristeza, severidad, enfurruñamiento, cansancio, mal humor, confusión e inquietud. Es difícil por tanto saber el matiz aquí del término. Sin duda se trata de un gesto del rostro. En él podemos vislumbrar el interior del alma. En el rostro se atisba el impacto que la realidad o un suceso deja en la persona. Un impacto que tiene «un rostro», que es necesario conocer y verbalizar. En concreto, aquella tristeza de los viajeros de Emaús son las huellas que el impac-

25 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 27-28.

to de lo ocurrido ha dejado tanto en sus rostros como en sus almas. Un impacto que afecta a toda su persona. Tampoco nosotros podemos pensar que la realidad de la vida no deja marcas al pasar por nosotros. Esos impactos nos marcan y dejan huellas: impactos en nuestra vida de fe, en nuestras rutinas, en la afectividad, en nuestras relaciones, en nuestras ideas fijas, en nuestra oración, en nuestras comunidades cristianas... Pero, la huella que producen estos impactos no es la que recibimos al principio, sino aquella que adviene luego por la forma de cómo los digerimos, de cómo reaccionamos, de cómo los incorporamos. «El tema de los impactos no es el problema primero; sólo son impactos degenerantes cuando las experiencias fundantes están apagadas, cuando el Espíritu se ha apagado, la vela no está encendida. Las experiencias fundantes pueden no estar como centrales en la mente y en el corazón, el corazón no estar ensanchado; en esta situación se tienen pocos elementos inmunológicos al vivir la carnalidad de la Iglesia, de los hermanos y la propia»²⁶. Los impactos de la vida nos ayudan a crecer si encienden en nosotros la búsqueda del Espíritu; si despiertan en nosotros las fuentes de la fe. De lo contrario nos derrumban y nos abaten. Los impactos de la vida, en vez de destruirnos o ponernos en camino de huida, pueden ser la ocasión para liberar en nosotros la fuente del Espíritu y fortalecer nuestra experiencia de fe, como indica san Pablo: «Nos aprietan por todos lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan» (2 Co 4,8-9).

3. En tercer lugar, ante la pregunta de Jesús, los discípulos reaccionan *con sorpresa*. Les parece muy difícil de imaginar que ninguno de los alrededores sepa nada de lo ocurrido en aquellos días en Jerusalén. En su opinión, la ignorancia de Jesús sólo puede ser la de un extranjero de paso, alguien no familiarizado con el entorno. «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes o que ha pasado allí estos días?». De esa manera, el autor del relato genera un suspense que va a propiciar una descripción imprecisa y vaga por parte de Cleofás de los sucesos acaecidos. Además, es lo que el mismo forastero anima al responder lacónicamente con una interjección: «¿Qué?». Ello motiva en ellos el deseo más apremiante de comunicación, de contarle lo ocurrido. Este deseo de contar lo ocurrido no calcula entonces sobre la neutralidad del evento, sino que ya no esconde la involucración existencial en lo

²⁶ SAS, *Contemplan el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 28.

sucedido. Ellos forman parte del evento. Tenían esperanzas en el personaje del que hablan. No tienen reparos, entonces, en interpretar lo ocurrido; en contar «su versión». Hay compromiso emocional y existencial en lo que van a narrar. Jesús ha impulsado una comunicación libre y animada. La pregunta del personaje ha producido su efecto. Desata el deseo de hablar y conversar. De integrar a aquel caminante en el círculo afectivo y estrecho de sus vidas. Con él, ya no sólo van a compartir unos pasos en el camino: van a compartir el «sentido» del caminar. Sin que nadie se lo pregunte, ellos solos van a contar: 1) porque caminan ese día; 2) porque han tomado esa dirección; 3) porque, en definitiva, están huyendo; 4) y, por último, de qué se alejan.

Mostrar las heridas al Resucitado

Así, pues, con la conversación iniciada ha puesto en marcha la salvación que ofrece el Resucitado. Todavía quedan más momentos en el proceso del encuentro y, sobre todo, el reconocimiento personal de Jesús; pero, lo más crucial, ya ha comenzado. Sin saberlo siquiera, se puede observar cómo los discípulos de Emaús inician un camino de retorno, no todavía a Jerusalén, pero sí, al menos, a su interior, a su conciencia. Un camino que supone una atención al interior²⁷, que se convierte en camino terapéutico, de curación, y que por ello no puede prescindir de explorar los impactos producidos en el alma por lo ocurrido en la ciudad santa durante los últimos días. Al contrario, pasa a través de la huella producida, de su memoria viva, como un bálsamo aplicado a la herida. ¡Así comienza a actuar el Salvador! El camino de huida irreflexivo y atolondrado, se convierte desde ahora en camino pausado y conversado; la tristeza sin consuelo, se convierte también en tristeza explorada y discernida. Comienza así a obrar ocultamente la potencia salvadora del que visiblemente les acompaña. Aún no lo han reconocido, pero ya experimentan el alivio de su compañía; aún no lo han confesado, pero se dirigen a él queriendo encontrar el significado de lo vivido. «Sin saberlo —como dice san Agustín—, muestran la herida al médico». Es a través de este acercamiento, como el Salvador abate el peligro más fuerte que se cierne en toda crisis: la oclusión, la cerrazón. Con su pregunta, que consigue detenerlos, ha ayudado a identificar la fuente de la tristeza, a identificar aquello que paraliza o

27 «Olvido de lo criado / memoria del Criador / atención a lo interior / y estarse amando al Amado» (San Juan de la Cruz, *Suma de Perfección*, XII Poesías).

hace huir. A partir de ahí, será más fácil describir la herida, dibujar la senda de los pensamientos sombríos y engañosos que justifican una huida mortecina.

El «síndrome» de Emaús

La conversación continúa con un acalorado y largo desahogo en la que los discípulos comentan lo sucedido. En su narración se entrecruzan dos niveles: lo ocurrido y «su» particular interpretación. En el nivel de los hechos no cometen ningún error. Cuentan exactamente todo lo sucedido: tal y como Lucas lo ha narrado en sus capítulos precedentes 22 y 23.

Pero, a la objetividad de los hechos, se añade la interpretación subjetiva de los discípulos decepcionados y desorientados. Narran la historia, pero privándola de su eficacia kerigmática, privándola de la luz pascual. «Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel». La esperanza está conjugada en pasado imperfecto («esperábamos»). —¿Qué?, podríamos preguntar. Ellos aluden a la liberación..., pero no dicen de qué: ¿de los romanos, de la opresión política, del pecado, de la muerte...? Sea lo que fuere, la esperanza zozobró en el pasado: ya era el tercer día. Esta indicación nota la ironía que aviva la cronología de lo sucedido: «ya estamos en el tercer día»... ¿No era esa la duración prevista por Jesús en ciertos anuncios de la pasión (cf. Lc 9,22;18,33)?

Para ellos, la Pascua no ha sucedido. Narran la historia, pero sin creer en las promesas que se cumplen. Comienza a perfilarse en ellos el «síndrome» de Emaús, un conjunto de signos o síntomas característicos de un estado de ánimo generalmente negativo. En ellos, el síndrome se manifiesta de una manera existencial y teologal, es decir, en su vida propia (en sus ilusiones, proyectos, esperanzas) y en su relación con Dios (seguimiento de Cristo, opción por el Reino, etc...).

1. A nivel *existencial*, el síndrome de Emaús se manifiesta en que «quizás junto al desengaño de su alma hay cierta ira contra sí mismos por haber sido tan ingenuos y haber creído todo y encontrarse con un tiempo perdido para sus intereses íntimos»²⁸. Es la sensación amarga de una esperanza traicionada, trucada. «Jesús no está. Hemos compartido tanto, pero no está. No lo vemos. No lo sentimos. Estamos solos. Todo está confuso en su corazón: hay un caos de sentimientos. Se ha

28 SAS, *Contemplan el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 29.

hundido su mundo, su vida es un montón de escombros existenciales, sin solución de transferencia»²⁹. Es entonces cuando aparecen los subterfugios. El camino hacia Emaús es, en el fondo, una huida. «Volver a Emaús es volver a un viejo nido afectivo, que precisamente habían dejado tras de sí cuando siguieron al Maestro; pero no es realmente una alternativa. Es más bien una regresión ante el desengaño y un refugio que el alma necesita para endulzar con ternura la herida. El alma necesita un hogar donde amortiguar los golpes de la vida, descansar en alguien; los conflictos necesitan ternura como compensación a tanto dolor y malestar interior; pero el peligro para nuestra maduración personal en resolver esa necesidad psicológica de cualquier modo, a cualquier precio y de modo primario; la afectividad por la afectividad no resuelve lo personal, necesita una ternura fundada en el significado, verdadera, buena.»³⁰. Las heridas sólo se pueden sanar desde un amor verdadero, auténtico, noble, sin intereses ni contrapartidas.

2. Pero, este síndrome —si es posible fijarse mejor— tiene también una dimensión *teologal*: alcanza a la relación con Dios, a la misma fe en Jesucristo. Salta a la vista en los versículos siguientes (vv. 22-24), en los que el relato prosigue señalando cómo los discípulos resumen, desde su propia perspectiva, el episodio de la visita de las mujeres a la tumba vacía y la marcha también de ciertos varones, «algunos de los nuestros» (cf. Jn 20,3-10). Es significativo advertir cómo los discípulos refieren estos hechos sin conceder credibilidad alguna. Incluso los detalles del relato iluminan la profunda crisis interior de los discípulos respecto a la promesa de Dios. Ni el hecho de la tumba vacía, ni el testimonio a favor de la resurrección, cambian para ellos la constatación trágica de la muerte de Jesús. En efecto, su impermeabilidad les impide creer en el mensaje que, paradójicamente, relatan. Y es que, sin darse cuenta, un trasfondo de esperanza se dibuja entre sus palabras: admiten que ni las mujeres ni los hombres vieron a Jesús muerto. La ausencia del cadáver intriga... La razón de esta ausencia incluso la mencionan: según cuentan las mujeres, los ángeles les han anunciado que él vivía. De tal modo que aquí radica el nudo del problema: ellos mismos describen una noticia que no creen. «Los dos discípulos conocen el mensaje de la resurrección de Jesús. Saben, por su predicación, que al tercer día tiene que resucitar (24,6; 9,22). Han oído el mensaje de las mujeres. Han visto

29 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 29.

30 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 29.

el sepulcro vacío. Todo esto no basta para convencerlos. A él no lo han visto. Las apariciones del resucitado confirman el mensaje pascual. ¿Pero son suficientes las apariciones? Jesús camina con los discípulos, y ellos no lo reconocen. ¿Cómo, pues, se llega a la fe de que Jesús vive? ¿De qué está con nosotros?»³¹.

Es, desde esta vertiente teologal, donde el síndrome alcanza toda su problematicidad y crudeza: están ante el Salvador, con Él, junto a Él, pero sin embargo son incapaces de reconocerlo. Han perdido el Espíritu, porque nadie puede decir que Cristo es el Señor si no es bajo la acción del Espíritu (cf. 1Co 12,3). El síndrome de Emaús consiste, en el fondo, en una vida sin Espíritu. Una vida cristiana sin animación interior, diluida en subterfugios (aún «religiosos o pastorales»); incapaz de soportar la cruz; sin vuelo en la esperanza, por estar solamente concentrada en la finitud de los deseos interesados y egocéntricos.

RESUMEN

Esta segunda meditación plantea el primer escenario dónde el hombre puede encontrar al Resucitado: la propia vida. El Resucitado, al acercarse a aquellos discípulos, se interesa por su vida. Inicia con ellos un *diálogo de salvación*, preguntándoles por lo que les pasa, por lo que hablan mientras caminan. ¡Es su método! Todas las personas se hacen preguntas. Incluso, hay interrogantes ineludibles en la vida. A Jesús Resucitado le interesan todas, todo aquello que se mueve en el corazón del hombre. Como vemos en la escena evangélica, su preguntar es empático, inicia un proceso de búsqueda en el hombre que va a dar lugar al encuentro con Él. Sus preguntas ayudan a explorar el interior del hombre, a que el hombre se conozca mejor. Desatan el deseo de hablar y conversar. De esa manera se inicia el proceso de salvación y curación. Este diálogo de salvación es ininterrumpido parte de Jesús, alcanza a todas las generaciones.

Por eso, este momento de la escena se puede denominar el momento «mayéutico», el momento de exploración y de sacar fuera, a la luz, los problemas interiores, de la misma manera que hacen las comadronas, al asistir a las parturientas que dan a luz. Sin saberlo siquiera, los discípulos de Emaús, inician un camino de retorno —todavía no a Jerusalén, pero sí a su interior— en el que exploran los impactos pro-

31 A. Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, Barcelona 1970, 321.

ducidos en su alma por lo acaecido. Sin saberlo, muestran las heridas al médico. Con su pregunta, el Resucitado abate el peligro más fuerte que se cierne en toda crisis: la oclusión, la obturación interior.

La conversación continúa entonces, por parte de los discípulos, como un largo desahogo en la que, al comentar lo sucedido, se entrecruzan dos niveles: los hechos y la interpretación. En el nivel de los hechos, los discípulos no comenten ningún error. Conocen todas noticias ocurridas en la mañana de resurrección. Pero yerran en el nivel de la interpretación. Narran la historia, pero privándola de su luz pascual. Narran los hechos, pero sin llegar a creer en las promesas que se cumplen. Para ellos, la Pascua, no ha sucedido. Comienza a perfilarse el «síndrome» de Emaús: un desánimo que se manifiesta tanto en relación a ellos mismos (de manera existencial: con sentimientos de rabia e ira ante su ingenuidad) como en su relación con Dios (de manera teologal: con sentimientos de incredulidad ante los testimonios elocuentes de la resurrección, como son, el sepulcro vacío por parte de las mujeres, y su noticia de la aparición de ángeles con el mensaje de la pascua). De esa manera, se manifiesta la crudeza del síndrome que padecen: están ante el Resucitado, pero no le reconocen. Y es que nadie puede decir que Cristo es el Señor, si no es bajo la acción del Espíritu (cf. 1Co 12,3).

3. CONTEMPLACIÓN (*contemplatio*)

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mis caminos y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;

si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,

allí me alcanza tu izquierda,
me agarrará tu derecha

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.

Te doy gracias.

porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras;
conocías hasta el fondo de mi alma,
no desconocías mis huesos.

Señor sondéame y conoce mi corazón,
ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
mira si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno (Salmo 138)

4. REVISIÓN personal y comunitaria (*actio*)

1. Un diálogo de salvación: ¿Cuáles son mis preguntas habituales? ¿Y de la gente de nuestro entorno? ¿Cuáles son sus conversaciones? ¿Cuáles son sus preguntas? ¿Por qué cosas se interrogan? Sus preguntas, ¿son superficiales o son profundas? ¿Son de presente, de futuro o de pasado?

2. En el camino de la vida, ¿me detengo para considerar el sentido de la marcha? Las fuentes de nuestras tristezas: ¿cuáles son mis tristezas más frecuentes? ¿es una tristeza psíquica, espiritual o del mundo? ¿Me relamo las heridas? Nuestras comunidades, ¿son cenáculos del Espíritu o de decepción? ¿Alguna vez me he desilusionado en la fe o por su causa?

3. «Síndrome» de Emaús: ¿En qué situaciones me he sentido desengañado? ¿Cómo he reaccionado? ¿Con compasión hacia mí mismo, o con ira, rabia, enfado? ¿Qué salidas he buscado ante esos estados de ánimo? ¿Qué «lecturas» he hecho de esas situaciones? ¿He buscado culpables? ¿He experimentado alguna huella de Dios en los momentos de desilusión?



EL ENCUENTRO CON CRISTO EN LA PALABRA

Les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras

²⁵ Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?» ²⁷ Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

1. LECTURA (*lectio*)

Al momento de la exploración («mayéutico») le sucede el momento de la interpretación. Hemos visto como los dos discípulos no podían interpretar por ellos mismos su situación: vivían tan encerrados en su sufrimiento por el fracaso de Jesús, que, aunque conocieran toda la Escritura, ésta no les ofrecía ninguna inteligencia sobre lo sucedido. Necesitan la interpretación de otro. Esto mismo lo que provoca la intervención del Resucitado, pasando el texto, entonces, del punto de vista de los discípulos al punto de vista de Jesús.

Sin embargo, la intervención del Resucitado no es desde fórmulas de cortesía. La reprimenda es severa. Les llama necios y torpes. El adjetivo original griego significa más bien «lentos». Este adjetivo es sin duda alguna una de las claves del relato³². Con él se indica que la incredulidad de sus discípulos está durando demasiado tiempo. Los mismos reproches, más o menos, se hallan, por parte de los ángeles, en la tumba (cf. Lc 24,5b-7). Según el evangelista Lucas, los discípulos de Emaús hubieran debido de guardar en su corazón el último anuncio de la Pasión, en el que Jesús había declarado: «Mirad que se va a cumplir todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del Hombre» (Lc

³² F. Bovon, *El Evangelio según san Lucas*. IV: Lc 19,28-24,53, Salamanca 2010, 639.

18,31). Pero, al contrario que sucede con María al inicio del evangelio (cf. Lc 2,19.51), ellos habían sido incapaces de conservar esas cosas en su corazón.

Pero, fijándonos bien en el texto, el Resucitado no les reprocha ni el haberle reconocido, ni el que hubieran creído los anuncios de Jesús acerca de su pasión, ni tan siquiera que no hubieran sido capaces de leer el sentido de los acontecimientos recientes. «La acusación se refiere a la lectura de las Escrituras santas»³³. De esa manera, la interpretación de las Escrituras se convierte en la cuestión principal sobre la que el Resucitado interviene. Con ello Lucas ofrece a la Iglesia la más importante regla hermenéutica para la inteligencia de la Escritura³⁴. La clave de la Sagrada Escritura es Cristo resucitado: de él dan testimonio las Escrituras (cf. Jn 5,39-47); el Espíritu que habló por los profetas se refería a él (cf. 1Pe 1,11); e incluso la muerte de Jesús se produce como cumplimiento de la Escritura (repitiéndose como *leitmotiv* en el libro de los Hechos, cf. 2,22-28; 3.13-18; 4,10-11; 8,30-35; 10,39-43; etc.). Quien no conoce la Escritura, tampoco conoce a Cristo; quien no conoce a Cristo, tampoco conoce la Escritura.

Por ello el Resucitado ejerce sobre los discípulos un verdadero ejercicio de interpretación (de «hermenéutica», según la palabra griega). Jesús, siguiendo la técnica exegética judía, reúne versículos tomados de diferentes partes de la Biblia, introduciendo así una coherencia allí donde no se veían más que afirmaciones dispares. Sin embargo, Lucas, en un apretado resumen, no se entretiene en buscar las citas concretas. Toma la Escritura en su conjunto, como lo hará la Iglesia primitiva, para la cual, Cristo es el centro y el sentido último de la revelación. De esa manera la explicación del Resucitado que recoge tiene un marcado carácter de totalidad: «todos los profetas» y «todas las Escrituras» se refieren a él³⁵.

Dentro de este sentido de totalidad, el evangelista también subraya que la clave de la explicación de la Escritura consiste en su sentido *kerigmático* y *pascual*: todas las Escrituras están destinadas a explicar que era necesario que el Mesías padeciera y entrara así en su gloria. Ese «era necesario» ya había abierto el primer anuncio de la pasión en los tres evangelios (Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22) e introduce también las afirmaciones esenciales del capítulo 24 (v.7.26.44). Ese «era necesario»

33 F. Bovon, *El Evangelio según san Lucas*. IV, 639.

34 A. Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, 323.

35 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 64-65.

nos conduce al «plan de Dios». Dios tiene su propia lógica. Lo que parece contradictorio a la visión humana, se integra en una historia de salvación, que tiene otra coherencia. El *escándalo* es superado por el *misterio*. Allí donde estaba la dificultad mayor de los discípulos se halla la huella del misterio a creer: conciliar el fracaso y el éxito, el sufrimiento y la gloria.

Precisamente, por ese motivo, hay que notar cómo Jesús se llama ahora «Cristo» (Mesías). De ese modo, se pasa de la presentación que los discípulos hacían anteriormente de Jesús como profeta, a la presentación de Jesús ahora como Mesías. Pero un mesianismo que, en el designio de Dios, es el del Mesías sufriente, presente en los oráculos de Isaías (52-53). En la lógica de éstos, la pasión es el requisito para la glorificación. Por ello, la «entrada en la gloria» (v.26), ocurrida a Cristo, supone el término de su «éxodo» hacia el Padre. Esta gloria no sólo implica la resurrección de la muerte, sino también la ascensión y el lugar a la derecha del Padre. Jesús es ahora «Señor» (Hch 2,36) en la plenitud del Reino de Dios. Partiendo de esta gloria y de este poder es como aparece en el camino. El peregrino desconocido viene de Dios, procede desde Dios, viene de la gloria de Dios.

2. MEDITACIÓN (*meditatio*)

Embotamiento de la mente y cerrazón del corazón

Después de que el Resucitado ha escuchado con detenimiento el desahogo de los discípulos, sus quejas, sus lamentos, sus incredulidades..., está en condiciones de explicarles el significado de lo ocurrido. De esa manera, el Resucitado pasa del momento explorativo y curativo con los discípulos, al momento interpretativo («hermenéutico»). No basta con quedarse con lamentos; hay que iluminar el sentido de las cosas. Ese sentido se halla en la Sagrada Escritura, que contiene el designio de Dios sobre la historia y sobre nuestras vidas. Por eso, el Resucitado apela a «lo que dijeron los profetas» (la Escritura) como la fuente para buscar y descubrir el sentido de los acontecimientos.

No es que los discípulos desconocieran las Escrituras santas. Estaban familiarizados con ellas. El problema consistía más bien en que no les decía nada relacionado con sus vidas. Para ellos se trataba más de un libro que de una Palabra. Vivían tan encerrados en su sufrimiento y

en su fracaso que eran incapaces de comprender su situación ante esa Palabra. Creían que lo sabían todo y, sin embargo, lo ignoraban todo. Les faltaba penetración para captar la manera en que la Palabra interpreta la vida. Les faltaba, en el fondo, la fe para iluminar la vida en su relación con «lo que estaba escrito».

Jesús quiere ayudar a los de Emaús a superar esa superficialidad, manifestada en necedad y torpeza de pensamiento. Por eso, sus palabras, en este momento, no son de cortesía. La reprimenda es dura. Les llama necios y torpes. Las dos cosas. Necios —podríamos suponer—, en cuanto a la inteligencia; torpes, en cuanto al corazón. Y es que se cree con las dos cosas: con la inteligencia y el corazón. El no reconocer a Jesús no ha sido en ellos una deficiencia de la vista, sino una enajenación de la inteligencia y del corazón. Hay un embotamiento en la mente y una cerrazón en el corazón que afecta a su falta de fe, a su manera de ver y comprender la realidad.

Por una parte, su cerrazón ha sido un embotamiento de la *mente*. A partir de éste, el hombre puede llegar a insensibilizarse ante la realidad, puede hacerse indiferente y ciego ante los valores, cerrarse a la luz. Esta indiferencia consiste en un replegamiento del hombre sobre sí mismo. Este espíritu de autosuficiencia, acompañado por un soterrado desprecio a lo demás, es lo que Jesús calificó ya como «embotamiento de la mente» (cf. Lc 21,34). Es decir, el hombre se vuelve tan insensible hacia las realidades del espíritu, cuanto mayor empeño pone en las cosas visibles. Es una ceguera del espíritu del hombre para captar los bienes y los valores del espíritu. Es una ceguera que distorsiona la mente en su encuentro con la realidad, pero actúa también sobre la voluntad, que deja entonces de estar ordenada y orientada con realismo al bien que debe hacer. Es una ceguera que daña la prudencia, el sentido de lo real o la sensatez, ya que hipoteca la mente, que pasa a justificar otros deseos al margen de la realidad, y conduce a la personalidad, de esa forma, a comportamientos incoherentes³⁶.

Además, en segundo lugar, es curioso advertir que la reprobación de Jesús incluya también el *corazón*. En el mundo bíblico «el corazón es el lugar donde se vive la adhesión a Dios o el rechazo de la revelación»³⁷. Mente y corazón, por tanto, van unidos a la hora de acercarse y comprender la realidad. La vida es un conjunto de ilusiones, relaciones y esperanzas que también tienen su proyección sobre el pensamiento.

36 Cf. SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 34.

37 F. Bovon, *L'oeuvre de Luc*, Paris 1987, 195.

Según sea este apoyo emocional y afectivo que otorgue la vida, el pensamiento dibujara una imagen determinada, real o irreal, de la vida. Esta es la vía afectiva de la inteligencia, que es muy fecunda a la hora de suscitar sentido y significado. Por medio de esta vía la conversación comienza a iluminar el sentido, y el corazón de los discípulos —cómo reconocerán más tarde— comienza a arder ante el significado iluminado.

Al tocar la mente y corazón de los discípulos, Jesús ha elevado ya el tono y el nivel de la conversación. Los discípulos empezaron ésta como un puro desahogo, y el Resucitado la ha elevado y restaurado. «Es la acción curativa de Dios mediante la conversación espiritual. Ésta no es una pura técnica ni puras actitudes ni puras destrezas, es encuentro con amor y sentido. Es experiencia, es vivencia, pero vivencia no cualquiera sino la del sentido»³⁸. El encuentro no consiste en el hablar simplemente. Ha de iluminar el significado de la vida: ¡ha de salvar la vida! Por eso es un hablar desde la Escritura, cuyas letras y Espíritu, juntos, contienen y encierran el significado y el sentido de la vida y de la historia (cf. Ap 5,2-5). El encuentro se produce al calor de la Escritura, donde el significado de los planes y la voluntad divina se perciben en las historias humanas.

El testimonio de las Escrituras

Jesús alude al testimonio de la Escritura. ¿Por qué? Porque las Escrituras hablan de Jesús, puesto que, a su vez, él las ha cumplido exactamente. Ambos sentidos, el testimonio bíblico y el cumplimiento de las mismas, implican a Jesús como el protagonista principal de las Escrituras. Jesús constituye así la unidad de la Escritura: él es su centro y la llave de su comprensión. Por tanto, por ambos sentidos, se concluye que, sin Jesús, las Escrituras serían un enigma sin solución.

El primer sentido (Cristo como unidad de la Escritura) se descubre en la alusión que Lucas hace a Moisés y a los profetas. «Comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a él en todo al Escritura». Lucas confirma de ese modo, en los labios del Resucitado, lo que aparece a su vez en el prólogo de la Carta a los Hebreos: «En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (Hb 1,1-2). Ambos textos

38 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 35.

trazan así una línea en la revelación que conduce a Cristo. Esta línea atraviesa todo el Antiguo Testamento, que según la concepción judía —de la que hace uso Lucas (cf. Lc 16,31; Hch 26,22; 28,23)— incluye «la Ley y los profetas». La Ley, que es la primera parte de la Escritura judía, está representada aquí por Moisés. Los profetas, a su vez, se consideraban como la segunda parte de la Escritura. Si la primera parte de la Escritura, la Ley, era, para la mentalidad hebrea, más que una norma una promesa que, por tanto, miraba al futuro; la segunda parte, los profetas, también miraban al futuro del que esperaban la aparición del Mesías. De ese modo, Moisés y los profetas son, en la concepción de Lucas, una cadena de testigos a lo largo de una historia que señala a un punto: a la manifestación del Mesías, cuya venida va a despuntar, como el Sol, con el nacimiento de Jesús (cf. Lc 1,78). El Resucitado, al recordar esta historia y a sus testigos cualificados, resume y abrevia toda la Escritura en su propia persona, tal y como lo anunciaba la propia Escritura: «Dios ha cumplido su palabra y la ha abreviado» (Is 10,23; cf. Rm 9,28). Jesús es la unidad de toda la Escritura, es su resumen. Como dice Benedicto XVI: «ahora, la Palabra no sólo se puede oír, no sólo tiene una voz, sino que tiene un rostro que podemos ver: Jesús de Nazaret»³⁹. Si toda la Escritura se condensa en Cristo, también toda la Escritura habla a su favor, «toda Escritura es inspirada por Dios es también útil para enseñar» (2Tim 3,16).

El segundo sentido (Cristo, cumplimiento de la Escritura, por su travesía de la pasión a la gloria) se refiere al modo cómo Jesús, en su humanidad singular, le dio pleno cumplimiento a la Escritura, al vivir de acuerdo con la Palabra de Dios. Esta obediencia a la Escritura, expresión de una sumisión más profunda aún al Padre, en cuya voluntad consistía su alimento (cf. Jn 4,34) fue la que configuro el trayecto histórico del Hijo de Dios hecho hombre. En efecto, la escucha de la Palabra de Dios constituye el programa de vida de Jesús. En su vida recorre los caminos que le indique la Palabra. En ella reconoce la voz del Padre, encuentra su voluntad, lo que el Padre quiere del Hijo. Por eso, esta actitud de escucha macara la existencia de Jesús como Hijo de Dios siempre obediente al Padre, obediente hasta el extremo, hasta su entrega final, muriendo por los hombres. Es entonces, cuando quién es la Palabra, «enmudece, se hace silencio mortal, porque se ha “dicho”· hasta quedar sin palabras, al haber hablado todo lo que tenía que co-

³⁹ Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 12.

municar, sin guardarse nada para sí»⁴⁰. Sin embargo, «este silencio de la Palabra se manifiesta en su sentido auténtico y definitivo en el misterio luminoso de la resurrección»⁴¹. En su resurrección, el Hijo de Dios surge como luz del mundo (cf. Jn 8,12), cuya palabra es la lámpara y la luz definitiva que alumbra la existencia del hombre (cf. Sal 119 [118]). Su vida, junto con su muerte y su resurrección, son un cumplimiento de la Escritura, son «según las Escrituras», tal y como lo indicará la profesión de fe más antigua del Nuevo Testamento (cf. 1Co 15,3-4).

«Por eso, el Nuevo Testamento, de acuerdo con las Sagradas Escrituras, nos presenta el misterio pascual, como su más íntimo cumplimiento»⁴². La afirmación de San Pablo sobre Jesucristo, que murió por nuestros pecados «según las Escrituras» (1Co 15,3), y que resucitó al tercer día «según las Escrituras» (1Co 15,4), ponen el acontecimiento pascual del Señor en relación con la historia de la salvación de la que habla las Escrituras. En el misterio pascual se cumplen las palabras de la Escritura, no exactamente en el sentido de que las cosas sucedieron como estaban descritas con anterioridad, sino más bien porque lo que sucedió contenía en sí un *logos*, una lógica, previsto en el plan de Dios. De ahí que el Resucitado —en su diálogo con los de Emaús— recuerde que lo sucedido en la Ciudad santa «era necesario», es decir, tenía su coherencia, su lógica, estaba previsto y contemplado en el plan de Dios, expuesto en las Escrituras santas. También aquí, por su padecer para entrar en la gloria, Jesús ha llevado a su definitivo cumplimiento la Escritura, de tal manera, que ésta ya sólo puede entenderse a lo luz de lo sucedido en aquellos días en Jerusalén. A partir de entonces, toda la Escritura será objeto de explicación del misterio pascual, en línea de aquello que la liturgia de la Iglesia sigue hace año tras año en la vigilia pascual.

Consecuentemente, la comprensión de las Escrituras requiere que el discípulo se abra a la sabiduría evangélica de la cruz (cf. 1Co 1,18-31). Ésta no es una sabiduría humana, no es puramente ciencia, sino honda experiencia vivida, capaz de hacernos comprender y discernir, pero sobre todo vivir y actuar, apoyados en recursos que superan los de la pura programación humana. El discípulo debe de creer la necesidad de la muerte de Jesús. En el fondo, la experiencia de Emaús es la experiencia de todo discípulo cuando contempla la anulación del mensajero del

40 Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 12.

41 Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 12.

42 Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 13.

Reino por todos los poderes. Destruído el mensajero ¿qué queda de su mensaje? Por eso, era necesario someter el mensaje evangélico del Reino al fracaso de la muerte, como prueba definitiva, para acreditarlo superior a cualquiera obstáculo posible. «Jesús, y esto debe de entenderlo el discípulo, fue a la muerte, no sólo para ser coherente con sus ideas, sino por una razón más honda: tenía que acreditar que el Reino es superior a la muerte, que Dios es Dios de vivos absolutamente. Morir entraba en la lógica del evangelio del Reino. Allí el Testigo acreditaba de manera definitiva la confianza incondicional que requería su testimonio, y sobre todo, el Poder que le enviaba, es decir, su Padre»⁴³. El discípulo, por tanto, ha de entender que morir entraba en la lógica del evangelio del Reino: «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24).

La Palabra de Dios como respuesta

El encuentro con Cristo sólo se da cuando dejamos que él nos explique las Escrituras. Él es el verdadero exégeta, interprete de la misma (cf. Jn 1,18). La Escritura contiene la Palabra de Dios, que es diálogo en sí mismo y comunión de vida. Es diálogo, porque es Dios mismo, comunicándose a nosotros en su Hijo Jesucristo, Palabra definitiva de Dios. Por eso, el Resucitado, al explicar las Escrituras, no sólo abre la inteligencia y el corazón de aquellos dos discípulos al misterio al que ellas se refieren, esto es, a su misma persona, como Palabra definitiva de Dios; sino que los invita a entrar en diálogo, por medio de él, con el misterio de Dios, comunión personal. Al entrar en ese diálogo el discípulo se da cuenta de su capacidad de responder a esa Palabra. «Cada hombre se presenta como el destinatario de la Palabra, interpelando y llamando a entrar en este diálogo de amor mediante su respuesta libre. Dios nos ha hecho a cada uno capaces de escuchar y responder a la Palabra divina. El hombre ha sido creado en la Palabra y vive en ella; no se entiende a sí mismo si no se abre a este diálogo. La Palabra de Dios revela la naturaleza filial y relacional de nuestra vida. Estamos verdaderamente llamados por gracia a conformarnos con Cristo, el hijo del Padre, y a ser transformados en Él»⁴⁴.

En este diálogo con la Palabra, encontramos respuesta a las cuestiones más profundas que anidan en el corazón del hombre. La Palabra de

43 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 36.

44 Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 22.

Dios no es extraña de esa manera al corazón del hombre, no se contrapone al hombre, ni acalla sus deseos auténticos, sino que más bien los ilumina, purificándolos y perfeccionándolos. Precisamente, cuando en nuestra época se ha difundido lamentablemente, a través de una mentalidad secularista, la idea de que Dios es extraño a la vida y a los problemas del hombre —más incluso, de que su propia existencia supone una amenaza—, qué importante es descubrir que sólo Dios responde a la sed que hay en el corazón de todo hombre⁴⁵. Al dar respuesta a nuestros anhelos, la Palabra de Dios nos introduce en el diálogo con el Señor.

De esa manera, el Dios que habla, nos enseña a la vez cómo podemos hablar con él: sólo podemos dirigirnos a él, inspirándonos en sus mismas palabras. Precisamente el libro de los *Salmos* nos ofrece las palabras con que podemos dirigirnos a él, nos invita a presentarle nuestra vida en coloquio ante él y transformar así nuestra vida en un movimiento hacia él. Así, las palabras que el hombre dirige a Dios se hace también Palabra de Dios, confirmando el carácter dialogal de toda la revelación cristiana, y toda la existencia del hombre se convierte en diálogo con Dios que habla y escucha, que llama y mueve nuestra vida⁴⁶. De esa manera se puede descubrir que la Palabra de Dios no es algo del pasado, sino que tiene mucho que ver con nuestra vida presente.

La respuesta adecuada a la Palabra es la obediencia de la fe (cf. Rm 16,26; Rm 1,5; 2Co 10,5-6), «por la que el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece “el homenaje total de su entendimiento y voluntad”, asintiendo libremente a lo que Él ha revelado»⁴⁷. La historia de la salvación es su totalidad muestra de modo progresivo este vínculo entre la Palabra de Dios y la fe, que se cumple en el encuentro con Cristo. «Con él, efectivamente, la fe adquiere la forma del encuentro con una Persona a la que se confía la propia vida»⁴⁸. Precisamente esta fe, es la que el Resucitado va buscando de los discípulos al entablar con ellos aquel diálogo de salvación y aquella catequesis basada en la Escritura. Ellos, mientras escuchan, calientan el corazón ante sus palabras, y preparan de ese modo su confesión de fe.

45 Cf. Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 23

46 Cf. Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 24.

47 Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, 5.

48 Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 25.

El camino de Emaús se convierte en un camino de fe mediante la escucha y el diálogo con la Palabra. Es un camino dónde las palabras humanas dejan paso a la Palabra de Dios. Ésta es apoyo para el que camina, guía el sendero y es luz para orientar los pasos. «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 118,115). Esta Palabra juzga el corazón del hombre. Penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu; juzga los deseos e intenciones del corazón (cf. Hb 4,12).

Explicada en boca de Jesús, nos ayuda a relacionar la vida narrada con el mensaje de salvación de la Escritura. En esto consiste el acompañamiento de Jesús y su sabiduría de Maestro y Pastor de nuestras almas. La explicación de Jesús hace entender «las cosas que han sucedido» según el plan de Dios. Ayuda a comprender la salvación presente en aquellos acontecimientos. Esta es la labor de todo acompañante: entender los estados, los móviles, el sentido religioso, el sentido cristiano, de la vida cuando ésta entra en relación con Dios. Tarea clásica precisamente de la dirección espiritual en la Iglesia, que siempre ha consistido en «leer y entender las Sagradas Escrituras», es decir, relacionar en un mismo acto el corazón del hombre y el misterio de Cristo.

La tarde va de caída... Mientras tanto, a través de este coloquio, Jesús todavía no se revela directamente. «Ese despertar de la Palabra no es suficiente pero prepara el terreno para pasar del hecho a la fe, a la manifestación del resucitado. Mientras la tarde se va oscureciendo, la Escritura comienza a iluminarse»⁴⁹.

RESUMEN

Esta tercera meditación contempla el segundo espacio desde el que el Resucitado sale a nuestro encuentro: la Palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura y transmitida en la Tradición de la Iglesia. Una vez que se conversado sobre la vida, que los discípulos se han explorado interiormente a la luz de las preguntas de Jesús, es necesario iluminar la vida desde la Palabra, es necesario interpretar lo ocurrido. De esa manera, al momento «mayéutico» le sucede el momento «interpretativo».

Y es que los discípulos de Emaús vivían tan encerrados en el sufrimiento de la ausencia de Jesús, que, aunque conocieran toda la Escritura, no eran capaces de comprender el significado de lo ocurrido. El

49 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 65.

Resucitado explica las Escrituras, porque ellas contienen el valor y el sentido de lo sucedido. El Resucitado se convierte, así, en el verdadero intérprete de la Escritura. El la conoce desde dentro. No en vano, la ha cumplido perfectamente. Por eso, su Pascua se ha convertido en su clave de su comprensión. El libro, que nadie podía abrir —como contempla el vidente de Patmos—, ha sido abierto por el Cordero degollado (cf. Ap 5,1-6).

La explicación del Resucitado demuestra que la Palabra de Dios ilumina la existencia, que sus respuestas no son extrañas a la existencia del hombre, puesto que hemos sido creados por la Palabra, que es Cristo. Que la Palabra nos introduce en un diálogo con Dios, del que el hombre es capaz, precisamente al ser interpelado por la misma Palabra. Y, también enseña, que la respuesta humana adecuada a la Palabra, suscitada y promovida por ella misma, es la fe, que consiste justamente en escuchar y obedecer a la misma Palabra. Esta fe, es la que el Resucitado va buscando de los discípulos al entablar con ellos ese diálogo de salvación sobre la vida y aquella catequesis al calor de la Escritura. El camino de Emaús es un camino de fe mediante la escucha y el diálogo con la Palabra.

Para ello, la Palabra tendrá que abrir la mente y el corazón de los discípulos, que estaban embotados y cerrados. Se trata de una particular ceguera del espíritu que afecta tanto a la inteligencia como a la voluntad, y que conduce a distorsionar el conocimiento y la relación con la realidad. Ello explica porque los discípulos de Emáus no reconocían a Jesús. Sólo lo puede conocer quien ha abierto sus sentidos a su presencia oculta, quien ha adaptado los órganos receptores al la presencia escondida del Salvador. Ese ajuste sólo lo puede hacer la fe, que brota de la escucha (cf. Rm 10,17).

3. CONTEMPLACIÓN (*contemplatio*)

La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas (Hebreos 4,12-13).

4. REVISIÓN personal y comunitaria (*actio*)

1. La Palabra como fuente. ¿Qué importancia doy a la Palabra de Dios en mi vida? ¿Le dedico tiempo para leerla? ¿La estudio? ¿La escucho en la oración? ¿Dejo que ella me hable al corazón?

2. La Palabra como juicio. «Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado» (Jn 15,3). ¿Me mantengo despierto y dócil a la escucha de la Palabra? ¿Dejo que la Palabra de Dios examine y juzgue mi corazón? ¿De qué cosas me ha purificado y limpiado la Palabra? En mi existencia cotidiana, ¿hacia qué bienes y valores suelo tender? ¿Espirituales o materiales? ¿De qué manera aquello que deseo y siento afecta a mis pensamientos y mis ideas? ¿Para bien o para mal?

3. La Palabra como misión. ¿Me apoyo en la Palabra de Dios para llevar a cabo la misión y la tarea? ¿Tengo otros apoyos? ¿Anuncio con valentía, audacia y prudencia, la Palabra de Dios? ¿Acompaño a otros con palabras de la Escritura, o sólo desde mis recuerdos, reflexiones o puntos de vista? ¿Me dejo acompañar por la Palabra de Dios en mi vida de fe? ¿Acudo a alguien para que me explique su sentido en mi vida?



Meditación cuarta

EL ENCUENTRO CON CRISTO EN EL SACRAMENTO

Tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando

²⁸ Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; ²⁹ pero ellos le apremiaron diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. ³⁰ Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. ³¹ A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. ³² Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?».

1. LECTURA (*lectio*)

El camino toca a su fin. El pueblo de destino está próximo, aun cuando no se repita su nombre. La cercanía del lugar es a la vez —en la perspectiva del evangelista— tanto física como escatológica; es decir, incluye tanto un lugar geográfico, como una realidad sobrenatural, como es el Reino de Dios. El destino del viaje así es un lugar donde se produce un acontecimiento definitivo, que será la manifestación del Resucitado.

Mientras que los dos caminantes se acercan a su destino, el forastero hace el gesto de ir más lejos. Por segunda vez Jesús «finge» (la anterior es el v.18), porque desea que se lo pidan. Conforme al uso oriental, el que acepta la invitación ha de hacerse de rogar y ser «forzado» amablemente⁵⁰. Así lo hacen los caminantes que ejercen sobre el invitado una viva presión. La razón invocada es legítima, aunque no la principal: ciertamente, cae la tarde, pero su deseo de compañía aumenta. Desean

⁵⁰ Cf. A. Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, 323-324.

seguir compartiendo la presencia de este hombre que les da serenidad, que les conforta.

Para ellos se convierte en un deber de hospitalidad atender al peregrino que tanto bien les hace. De ese modo, los discípulos aparecen como unos judíos de hondas virtudes religiosas, entre las que destaca la práctica de la hospitalidad. Así lo indica la carta a los Hebreos: «No olvidéis la hospitalidad, gracias a ella, algunos, sin saberlo, han acogido a ángeles» (13,2; en alusión a Gn 18,19). «Lucas concede un lugar muy especial a esta actitud: la hospitalidad es la respuesta humana positiva a la petición de Dios»⁵¹. Así, presenta la vida de Jesús en sintonía con la vida de los profetas, en clara alternancia entre momentos donde es bien acogido (Lc 8,40) y entre momentos en que es rechazado (8,37; 9,5). También, en la acogida concedida al discípulo se juega la venida del Reino (cf. todo el discurso de la misión en el cap. 10) y la propia acogida de Cristo: «Quien a vosotros me escucha, a mí me escucha, y quien os rechaza, me rechaza a mí» (10,16). «Imaginamos sin dificultad que la experiencia de los predicadores itinerantes de la Iglesia primitiva está subyacente en todos estos textos... En el camino de Emaús, Jesús se revela también como un predicador itinerante, capaz de comentar las Escrituras. Pero, puesto que en realidad es el resucitado, su actitud puede expresarse con las palabras del “testigo verdadero y fiel” del Apocalipsis: “Mira, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa, cenaré con él y él conmigo” (3,20)»⁵².

La escena pasa de ese modo del exterior, al interior, del camino expuesto a la intemperie, al hogar seguro. La casa se abre. Los discípulos hospedan al peregrino. Pero, a la vez, éste también abre más su corazón. Del estar al lado, durante el camino, se pasa al estar cara a cara, en la mesa.

En similitud con el principio de la historia, ahora Jesús se sitúa otra vez en el centro del relato. El acepta la invitación, pero a la vez es quién —paradójicamente— resulta ser el anfitrión: es el quién pronuncia la oración y reparte el pan. Los discípulos pasan por tanto de ser los que invitan, a ser invitados.

Y entonces es cuando aparece un tema, al menos tan importante en el evangelio del Lucas, como el del camino: el tema de la comida. A lo largo del tercer evangelio podemos ver cómo a Jesús le gusta comer

51 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 67.

52 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 68.

acompañado de sus discípulos, de sus amigos, pero también de los pecadores (cf. Lc 15,2; 5,29, etc...). La comida es una participación en el Reino de Dios, una expresión de la salvación que Jesús ofrece y que el hombre puede acoger. La expresión «partir el pan» (o «fracción del pan»), repetida por otra parte tantas veces en el libro de los Hechos de los Apóstoles, es la expresión técnica utilizada por Lucas para designar la eucaristía. También esta comida de Emaús tiene un marco «eucarístico»: al igual que en la multiplicación de los panes, Jesús toma, bendice, parte y distribuye (cf. Lc 9,16). De ese modo, «la comida de Emaús está pues en el punto de conjunción exacto entre la comida del Jesús terreno del Evangelio y la comida de la comunidad primitiva en los Hechos»⁵³. Es, por tanto, un elemento para reconocer la identidad que existe entre Jesús terreno y el Resucitado.

De hecho, el pasaje incluye este reconocimiento. Jesús es reconocido «al partir el pan». Este acto de reconocimiento influye en los propios discípulos, a quienes se les abrieron los ojos. La forma pasiva confirma que el mismo que ha cerrado los ojos en el v. 16 tiene la capacidad para abrirlo en el v. 31. Cae el velo que impedía conocer la verdad de la situación. La entera narración tiene puesta la mira en este reconocimiento.

Tan pronto como los discípulos reconocen a Jesús, desaparece él de su vista. Una vez se logró el objetivo de la aparición, se hizo Jesús invisible. Jesús no mora ya entre los hombres como en el tiempo anterior a pascua: ha entrado en la gloria de Dios, que «habita en la región inaccesible de la luz, a quien ningún hombre vio ni pudo ver» (1 Tim 6,16).

Ahora comprenden los discípulos lo que les sucedía mientras cuando Jesús les explicaba las Escrituras en el camino: ardía su corazón, como comenta el salmo «Me ardía el corazón dentro del pecho; se encendía el fuego en mi meditación» (Sal 39,3s). Es el efecto del paso de Dios. La Escritura ha despertado las ansias del encuentro, la eucaristía ha efectuado el reconocimiento de éste. Encendidos por este encuentro, los discípulos ya sólo han de salvar un peligro: evitar que el Resucitado pase por un simple retornado a la vida. Ésta será una de las funciones del relato próximo, el de la aparición a los Once (v. 36-49); allanar este obstáculo desde la confesión de fe.

⁵³ B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 72.

2. MEDITACIÓN (*meditatio*)

El valor de una petición

Jesús hace ademán de seguir adelante, pero los discípulos le manifiestan su iniciativa para avanzar y profundizar en la relación con Él, al pedirle que se quede: «Quédate con nosotros». Con ello le están manifestando que su desahogo no ha sido pasajero. Su conversación no ha sido fútil, banal, anecdótica, provisional. Los discípulos no tienen raíces portátiles, es decir, no son hombres de conversación sin más densidad que el momento fragmentado. No han «usado» al desconocido viajero, sino que depositan en él ahora todo el caudal de confianza y de amistad. En la conversación, la dispersión no ha ganado la partida a la intensidad en las relaciones. Entre todas las perlas del mercado, los discípulos han hallado una de gran valor, la más fina (cf. Mt 13,44-52).

«Quédate con nosotros». Es la súplica de los dos. Es la súplica también de todo discípulo. Una petición sencilla, humilde, llena de carestía y de necesidad. La necesidad de quien ha empezado a sentir que todo resulta distinto desde que él está en el camino, desde su compañía; de que todo cobra sentido, valor, cuando él lo explica; de que nada será igual si él se marcha. «No pases de largo». Le insisten con energía. Saben que el encuentro no puede ser intermitente... desean que sea estable, duradero..., definitivo. Poco a poco se ha encendido la llama del deseo..., el deseo de la compañía, de la comunión.

«Quédate con nosotros». Implorar a alguien es considerar que su respuesta puede, no solamente aportarnos algo, sino llegar a colmarnos. El Dios bíblico es un Dios al que le gusta dejarse interpelar y suplicar. El evangelista Lucas tiene plena confianza en la acogida favorable a la demanda del pobre: «Pedid y se os dará: buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (Lc 11,9). Se recomienda importunar e insistir con la certeza de que el Padre quiere dar a los que le piden, no solamente «cosas buenas» (Mt 7,11), sino «el Espíritu Santo» (Lc 11,12). La oración auténtica es la que abre la acción del Espíritu en favor de Reino de Dios⁵⁴. Orar es esperar la venida de Cristo por el camino que él escogió. En

54 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 131. «La oración cristiana se expresa por el paso de la necesidad al deseo. La necesidad busca la satisfacción para obtener su objeto y la inmediatez de la posesión de ese objeto. El deseo introduce la necesidad y su objeto la intervención de una presencia. Busca a la persona del otro por encima de los que pueda ofrecer o negar. La persona se vuelve más importante que la satisfacción querida.

Emaús, como en cualquier otra parte, «la esperanza nunca defrauda» (Rm 5,5).

«Quédate con nosotros». Él lo escucha... ¿Cómo se grabaría aquella petición en el interior del misterioso peregrino? Parece que lo único que necesitaba para obrar el milagro de su presencia, de su compañía, era precisamente escuchar que se lo pidieran. Si antes su aparición y sus preguntas habían detenido la huida precipitada de los dos caminantes, ahora, la súplica de éstos, detiene su propio camino, sus pasos. Por eso, atiende a la petición. Él desea ser suplicado, ser deseado. ¿Cómo ha de saber Él que, sin su presencia, se queda triste y frío el corazón del hombre? ¿Cómo conoce el corazón el hombre? ¿Cómo desea ser acogido en él? ¿Qué inmenso valor tiene en la vida cristiana la humilde petición de su compañía! Esta petición abre ya la *puerta* al misterio.

La fuerza curativa del misterio celebrado

Jesús atiende la súplica insistente y sincera. La hospitalidad incluye la fracción del pan, en la que los discípulos reconocen por fin a Jesús. Entró para cenar con ellos. Él está a la puerta y llama (cf. Ap 3,20). Sólo es necesario abrirle el interior. Sentados a la mesa, éste tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos del corazón: se produjo el encuentro, de corazón a corazón...

La certeza profunda de la presencia de Dios no es sólo un pensamiento, ni menos una sensación sensible. No se experimenta con sólo hablar ni con la búsqueda racional del significado de las cosas; es preciso una presencia después de decir todo lo que había que decir; él está allí. Las vendas de los ojos sólo caen cuando él parte el pan, cuando el misterio es celebrado. Después de caminar y de decirlo todo queda, desnudamente, la presencia. San Juan Pablo II lo indica de esta manera: «una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfeervorizados, los signos “hablan” (...). A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos de creyente»⁵⁵.

La historia de Emaús manifiesta inequívocamente que la salvación para estos discípulos tiene ciertamente un largo proceso, pero alcanza su culmen cuando el misterio es *celebrado*: «al partir el pan le reconocieron». Es entonces cuando el encuentro ha desplegado toda su fuerza salvífica y curativa. El encuentro con Cristo solo se produce después de haber recorrido todo el camino. De hecho:

⁵⁵ San Juan Pablo II, *Mane Nobiscum Domine*, 14.

1) La explicación sola de la Palabra no bastaba: es preparación para el encuentro. La Palabra conduce al sacramento. En el cristianismo nunca se da uno sin lo otro. La revelación es un conjunto de palabras y de hechos conectados entre sí (cf. DV 2). La Palabra sólo es real si se cumple en los acontecimientos, y el acontecimiento sólo es comprensible a la luz de la Palabra⁵⁶.

2) La conversación sobre la vida tampoco bastaba. Sólo cuando la presencia es recocida se puede confesar al igual que Jacob: «El Señor estaba aquí y yo no lo sabía» (Gn 28,16). El proceso sólo tiene sentido si llega hasta el final, pero el final sólo es obra del misterio. Cuando éste se celebra, cuando éste adquiere todo su protagonismo, llega a su culmen el encuentro.

Las respuestas del Misterio

Pero, ¿qué se ha producido durante el proceso? ¿Cómo llega a curar el misterio celebrado? ¿Cómo actúa en la historia? ¿En mi vida? Los discípulos, a raíz de la experiencia de Emaús, se les abrieron los ojos. Es una acción de Dios en su persona y en su vida. Si antes estaban cerrados, ahora están abiertos. Están abiertos para percibir la *realidad de otra forma*. Desaparece la tristeza. Ven todas las cosas con ojos nuevos. Las cosas resultar ser diferentes a como ellos creían.

Todo ello se ha producido a partir de reconocer a Jesús vivo. Este reconocimiento les ha traído consigo una nueva percepción de ellos mismos: han encontrado una identidad perdida. Se ha obrado en ellos una transformación total. «La experiencia de muerte y resurrección de Cristo abre a la persona una forma de vivir: es posible admitir toda limitación, debilidad, insuficiencia de esta vida, por el acompañamiento de Cristo. Cristo camina a mi lado, está vivo»⁵⁷. Pero todo esto es vivencia, no sólo enunciado ni una realidad intencional.

Emaús trae consigo una transformación total de la persona, una nueva visión de la vida y de sus relaciones, que ha sido posible por la muerte y resurrección de Jesús. «La experiencia de Jesús resucitado

56 «Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico. En efecto, sin el reconocimiento de la presencia real del Señor en la Eucaristía, la comprensión de la Escritura queda incompleta» (BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 55).

57 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 42.

abre a la persona *una forma*, hasta ahora desconocida, de aceptación de sí mismo, de la propia vida, y de sentido sobre lo mismo de cada día y sobre lo mismo vivido antes»⁵⁸. Es más, le hace salir de sí mismo: ensancha el yo. «Así podemos entender la novedad que aporta la fe. El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo»⁵⁹.

Esta nueva configuración de la persona, esta profunda identidad de la misma, sólo la puede obrar el encuentro con Dios. Sólo cuando Dios regala su presencia, iniciando de esa manera una unión, que lleva consigo el acontecimiento del encuentro y del diálogo con él, la persona se comprende a sí misma, porque puede salir de ella misma y reconocer su identidad en el mismo Señor. La identidad no es un elemento cerrado en la persona, hasta el punto que sea una condición previa para el encuentro con Dios, sino, al contrario, éste encuentro es la condición para que la persona llegue a ser ella misma, de manera que no se malogre al intentar serlo. «Dios es quien ayuda a la aceptación de sí mismo y protege ante el derrumbe por intentar salvarse a sí mismo»⁶⁰. La persona es salvada gracias a un encuentro, que tiene el poder de configurar incluso nuestra propia identidad. «En la fe, el “yo” del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y así su vida se hace más grande en el Amor. En eso consiste la acción propia del Espíritu Santo»⁶¹. Así es como sucede en los enamorados, para los cuales su identidad se halla en el otro. Pues esto mismo es lo que ocurre —si cabe más— en la relación con Dios: sólo desde él viene la capacidad de poder llegar a ser nosotros mismos, incluso más allá de lo que sospechamos en nuestra propia inspiración. Sólo de Cristo, que vive en nosotros, proviene toda aprobación para poder ser (cf. Gal 2,20; 2Co 4,16; 2Co 6,8-10).

La respuesta del misterio así es más rotunda e incisiva que cualquier otra respuesta que proceda de otra instancia del mundo. El misterio pascual, muerte y resurrección de Cristo, es la fuente de la vida y de la persona del cristiano. Al participar de él, cada cristiano puede experimentar cómo el Resucitado transforma lo de triste, oscuro, irredento y absurdo que envuelve su existencia, en manantial de salva-

58 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 42.

59 Francisco, *Lumen Fidei*, 21.

60 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 43.

61 Francisco, *Lumen Fidei*, 21.

ción, al acoger precisamente la compañía de su presencia en aquello que al sujeto antes le parecía escandaloso soportar. Esa compañía del Señor, descubierta en la Palabra y en la Eucaristía, es acogida en la fe como una compañía durante el camino de la vida.

¡Esa es la fe que renueva al sujeto creyente!; esa es la fe que se nutre incesantemente de un encuentro real, vivo, progresivo, mediado, por la presencia sacramental del Señor en la Iglesia; esa es la fe que puede transformar cada persona y al mismo mundo. Al cristiano que le preocupe seriamente el mundo, su mundo, que quiera cambiarlo a mejor, pero que no esté persuadido hondamente del potencial del Reino, del Resucitado, de cómo el encuentro con Él regenera el tejido interno de la vida, imprimirá a su identidad cristiana una dirección hacia actitudes y comportamientos redundantes, es decir, dados por otras instancias, incluso más cualificadas que él, pero que no salvarán nada. Si cada cristiano no quiere privar al mundo de lo específico que aporta su ser, su misma persona y su propio testimonio vivo, debe volver a creer en la fuerza y la eficacia del misterio pascual de Cristo desplegada en el encuentro de fe; debe volver a creer en las respuestas del mismo misterio, no en las soluciones del mundo; debe de creer en lo que viene del mismo Cristo, de su presencia, y de su compañía.

La fuente de un nuevo ardor

Al desaparecer Jesús de su vista, los discípulos se preguntan «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» Reanudan la conversación para confirmar la transformación interior que han vivido. Han pasado del «aire entristecido» al «corazón ardiente». Este es el *efecto* del misterio: un ardor renovado.

Para los discípulos, reflejamente, el momento en que sienten arder su corazón consiste, sobre todo, «mientras nos hablaba en por el camino y nos explicaba las Escrituras». Mientras Cristo les iba explicando las Escrituras, Dios iba obrando en el corazón de ellos y les iba abriendo los ojos, hasta que, ante la imagen del «pan partido», reconocen la identidad del Maestro itinerante, reconocen el Misterio. Entonces es cuando descubren que la pasión de Cristo puede situarse ante una nueva lógica: aquella del amor que, en vez de amedrentar la inteligencia, libera el corazón. De esa manera, «los discípulos han reproducido la experiencia del Sinaí: la Palabra es fuego y así han accedido a una

nueva comprensión de sí mismos»⁶².

La experiencia de Emaús renueva el ardor, porque conduce a la fuente de él: el encuentro con el Señor vivido por la fe infundida por el Espíritu Santo. El ardor de la vida cristiana se vive en el Espíritu, no es ni un sentimiento ni una ilusión pasajera. Es vivir el peso de la fe: de una presencia oculta, de una compañía, mientras se va de camino. ¿Cómo pueden la eucaristía, los sacramentos, desplegar hoy aquella fuerza salvífica que permite ver y ponerse en marcha? ¿En dónde radica la capacidad salvífica de los misterios celebrados? El ardor del Espíritu Santo lo da Cristo por y en su humanidad.

El ardor del Espíritu es: 1) alegría renovada en la novedad del Evangelio; 2) esperanza en medio de las dificultades y los obstáculos; 3) esperanza ante el futuro que ofrece Dios, porque es suyo, no del hombre; 4) confianza en la Iglesia, que nunca se agota, a pesar de sus fracasos, sino al contrario, se renueva en la fidelidad al Evangelio; 5) mirada lúcida ante la historia, para discernir en medio de sus sombras, el crecimiento oculto del Reino en la Tradición de la Iglesia y en el continuo diálogo de salvación del Resucitado con cada generación, de donde sabe sacar «hijos de Abraham», fieles al pacto de amor de Dios con los hombres.

Ardor en el Espíritu es no dejarse vencer, humillados, por cualquier fracaso, sino saber sacar de ellos fuerza para continuar ofreciendo, con fidelidad, la verdad del Evangelio, desde la libertad y la confianza en el Espíritu. Ardor en el Espíritu significa desplegar la eficacia pascual del misterio en el corazón de cada creyente, como una sombra que acompaña y refrigera sus pasos entre las inclemencias del camino.

RESUMEN

Esta cuarta meditación contempla el tercer escenario desde el que el Resucitado sale a nuestro encuentro: los Sacramentos de la fe. Concretamente, la eucaristía, sacramento y memorial de su Pascua. Y es que no bastaba la conversación sobre la vida, ni la explicación de la Escritura. Una vez encendida la fe en las palabras del Resucitado («su corazón ardía mientras les hablaba por el camino») esta fe abre los ojos de la vista para que los discípulos reconozcan la presencia del Resucitado en un gesto característico de su vida: «partir el pan». Ha llegado

62 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 74.

el momento más importante del camino, el momento que da paso a la mesa, al encuentro. El camino de Emaús no puede ser sólo catequético o moral; el acompañamiento de Jesús no es sólo el de Maestro o Instructor de una doctrina o de una sabiduría de vida: es un camino y una presencia principalmente «mistagógica». Es un encuentro personal, de tú a Tú. Este momento mistagógico es el cenit del camino. Es cuando el Misterio, con su fuerza curativa, se abre paso a los ojos del creyente.

La presencia viva del Señor, reconocida ahora por la fe, abre la existencia de los creyentes a nuevas dimensiones, antes no contempladas. Sus ojos se abrieron. La experiencia del Resucitado desata una energía interior en los discípulos que hace posible admitir toda limitación, debilidad, insuficiencia de la vida, porque Cristo vive, está a mi lado, me acompaña. La experiencia de la Pascua de Jesús transforma la persona de los discípulos, hasta el punto de abrirles a una nueva identidad: el yo se ensancha para vivir en el Otro y desde el Otro. Se ha desplegado en ellos la fuerza pascual del Resucitado: el que cree ha pasado, junto con Cristo, de la muerte a la vida (cf. Jn 5,24). Por eso, el Misterio ofrece unas respuestas que el mundo no puede dar. Y, por eso, es necesario celebrar el misterio para que se efectúe el encuentro con Cristo. Después de caminar y de decirlo todo queda, desnudamente, la presencia.

Esta presencia sólo puede ser suplicada por el hombre, como hicieron aquellos discípulos de Emaús: «Quédate con nosotros». Es la súplica de quien ha empezado a sentir que todo resulta distinto desde que él está en el camino, desde su compañía; de que ya nada será igual si él se marcha. Quédate. El valor personal de esta súplica es la puerta que introduce en el Misterio, pues anhela lo que sólo la presencia personal del Resucitado puede otorgar. Con él, todo es distinto. Por eso, el efecto de su presencia de Dios en el hombre, se deja sentir en el nuevo ardor con el que el hombre vive su existencia y su misión. Ardor que es don del Espíritu: Aquel que nos lleva a vivir siempre unidos a Jesús, en comunión con Él, si apartarnos nunca de la fuente.

3. CONTEMPLACIÓN (*contemplatio*)

Quédate con nosotros,
la tarde está cayendo

¿Cómo te encontraremos
al declinar el día,
si tu camino no es nuestro camino?
Deténte con nosotros;
la mesa está servida,
caliente el pan y envejecido el vino.

¿Cómo sabremos que eres
un hombre entre los hombres,
si no compartes nuestra mesa humilde?
Repártenos tu cuerpo,
y el gozo irá alejando
la oscuridad que pesa sobre el hombre.

Vimos romper el día
sobre tu hermoso rostro,
y al sol abrirse paso por tu frente.
Que el viento de la tarde
no apague el fuego vivo
que nos dejó tu paso en la mañana.

Arroja en nuestras manos,
tendidas en tu busca,
las ascuas encendidas del Espíritu;
y limpia, en lo más hondo
del corazón del hombre,
tu imagen empañada por la culpa.

4. REVISIÓN personal y comunitaria (*actio*)

1. «Quédate con nosotros». Jesús quiere ser deseado, suplicado. La petición abre la *puerta* del misterio. ¿Qué pido en la oración? ¿Invoco

con frecuencia la presencia, el auxilio y la compañía de Jesús? ¿Tengo confianza en la oración de petición? ¿De qué manera y con qué intensidad experimento mi pobreza, mi necesidad, en la oración?

2. Reconocer al Señor al partir el pan. El *corazón* del misterio es la celebración de su presencia. ¿Qué significa la celebración de la eucaristía en mi vida? ¿Descubro la presencia de Cristo en el «sacramento de altar»? ¿La adoro? ¿Qué valor añadido tiene la celebración de la eucaristía a las demás actividades eclesiales como la catequesis (instrucción religiosa) o la conducta moral en la vida? ¿Cómo podrían nuestras comunidades mejorar la celebración diaria y dominical de la eucaristía?

3. El misterio ofrece *respuestas* que el mundo no otorga. ¿Cómo llega a curar el misterio celebrado la vida de hombre? a) Apertura de los ojos: ¿qué realidades de nuestra vida necesitan mirarse a la luz de la presencia pascual del Resucitado? b) El misterio desvela una nueva identidad personal: ¿Por qué el encuentro con Cristo transforma la personalidad del hombre? ¿De qué manera lo hace? c) «La victoria sobre el mundo es nuestra fe» (1Jn 5,4): ¿En qué sabemos que el misterio pascual ha derrotado el mal? ¿Cómo podemos nosotros participar de esa victoria?

4. El *efecto* del misterio es renovar nuestro ardor. ¿Dónde está fuente del ardor? ¿Cómo pueden la eucaristía, los sacramentos, desplegar hoy aquella fuerza salvífica que permite ver y ponerse en marcha? ¿En dónde radica la capacidad salvífica de los misterios celebrados? ¿Qué manifestaciones puede tener este ardor en nuestras vidas y en nuestras comunidades?



EL ENCUENTRO CON CRISTO EN LA COMUNIDAD

Se volvieron a Jerusalén y contaron lo que les había pasado

³³ Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, ³⁴ que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». ³⁵ Y ellos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

1. LECTURA (*lectio*)

Los discípulos no «construyen un santuario sobre el lugar de su experiencia reveladora. Quieren comunicar su descubrimiento y compartir su alegría»⁶³. Por eso, su primer gesto consiste en «levantarse», verbo característico en el Nuevo Testamento para expresar la resurrección. Así la resurrección de Jesús pasa a ser fuente de resurrección para los discípulos. Ya no están postrados en su desilusión, sino que se levantan para regresar: han encontrado la razón de vivir.

Tal y como había hecho al principio del relato (v.13), Lucas vuelve a concretar el marco: el tiempo, el lugar, las personas.

En cuanto al tiempo, el relato había empezado con «ese mismo día». Ahora estamos «a esa misma hora» (en aquel momento). Hay como una condensación del tiempo. Pasamos de día a la hora. Así sucede también en la Cena de despedida, cuando del día del «pan ázimo (sin levadura)» (Lc 22,7), se pasa a «cuando fue la hora» (Lc 22,14). Este va a

⁶³ B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 75.

ser el momento cuando actúa el «poder de las tinieblas» (Lc 22,53), porque es el comienzo de la pasión. «Con el arresto de Jesús, la oscuridad se extiende por toda la tierra (23,44) y también ocupan el corazón de los discípulos de Emaús que no comprendían nada del sufrimiento y la muerte de Cristo. Las tinieblas se levantan en el texto con la apertura de los ojos de los discípulos y su regreso a Jerusalén, porque el designio de salvación de Dios se ha vuelto para ellos inteligible. Pero se han necesitado tres días, un cambio de era, para pasar de las tinieblas a la luz, de la humillación a la alegría»⁶⁴.

El gesto de los discípulos no es solamente levantarse, sino «regresar». El regreso —para Lucas— es signo de conversión (así sucede con el «hijo prodigo» en el cap. 15). Como Elías en el Horeb, hay que hacer el camino en sentido inverso, «volver por el mismo camino» (1Re 19,15). El regreso nunca es indiferente: indica un cambio de dirección vital. Por eso, no hay que sorprenderse si el regreso de los discípulos es en dirección a Jerusalén. Para Lucas es el centro geográfico y teológico de todo el Evangelio. La apertura de los ojos y de las Escrituras no puede sino llevar a Jerusalén, porque los discípulos no pueden guardarse para ellos la gran noticia. La misión cristiana no puede desplegarse sino «partiendo de Jerusalén» (Lc 24,47).

En cuanto a los protagonistas, los dos viajeros encuentran en Jerusalén a los «Once y a los que estaban con ellos». Si están «reunidos», es porque también ellos han pasado de la incredulidad a la fe. «Es la confesión de fe la que los ha reunido como Iglesia naciente, *Ecclesia in partu*, y su testimonio tiene prioridad sobre el de Emaús»⁶⁵. Aquí tenemos la primera proclamación eclesial en Jesús resucitado.

Por eso mismo, el título dado a Jesús ilumina su persona totalmente: «Señor». En el trascurso del relato, Jesús ha sido designado como «Jesús el Nazareno» (v.19); después como «un profeta» (v.19); en los labios del forastero se oye el término mesiánico «Cristo» (v.26); ahora se le denomina «Señor». Jesús es elevado al nivel de Dios, puesto que lleva el nombre que está por encima de todo nombre. La progresión de los apelativos es una manera de precisar la fe cristiana.

Como ya ocurriera en la fórmula tradicional de 1Co 15,5, también se aquí se menciona una aparición del Resucitado a Pedro. En todas las predicaciones apostólicas, Pedro será designado como el principal testigo de Jesús resucitado. Sin embargo, aquí es designado bajo su nom-

64 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 76.

65 B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 77.

bre de origen, Simón. Después de que lo llamara así en el momento de su llamada en el capítulo 5, este nombre no vuelve al primer plano más que en el contexto de la traición de Pedro (cf. Lc 22,31). Por tanto, esta es la única vez que Lucas designa así al apóstol después de la resurrección de Jesús. Y lo hace en la actitud prometida de «confirmar a sus hermanos» ahora que «ha vuelto» (cf. Lc 22,32).

A su regreso, los discípulos se ponen a contar los que les ha sucedido, respetando las dos etapas del camino y de la mesa. No se trata, pues, sólo de un itinerario, sino de un acontecimiento de salvación en su doble dimensión de palabra y de gesto (= sacramento). Esto tiene una importancia decisiva para subrayar como el encuentro con el Resucitado acontece gracias a los dos momentos, cuyo memorial, se mantendrá en la liturgia.

Por tercera vez, después de los v.16 y 31, se evoca la acción divina con la pasiva «se les dio a conocer» (égnózen, aoristo pasivo del verbo *gignóskoo*). Es Dios quien hace percibe la identidad de Jesús sin que éste cambie su apariencia física. Ello lo hace a través de la fe, en la cual el hombre percibe las intervenciones de Dios concretas, como la fracción del pan. Esta expresión, por último, describe el gesto del principio de la comedia doméstica judía que para Lucas designa, en los Hechos de los Apóstoles, la Eucaristía de la Iglesia naciente (cf. Hch 2,42; 20,7.11; 27,35; 1Co 10,16). Por tanto, el evangelista quiere indicar claramente que Emaús puede ser revivido en cada Eucaristía y que cada Eucaristía ofrece la presencia de la persona viva de Jesús para el encuentro con él, a través del gesto de la fracción del pan, que resume el camino de su existencia entregada a la vez en la muerte y en la resurrección.

2. MEDITACIÓN (*meditatio*)

Emaús, camino de ida y vuelta

Emaús no ha sido el final del trayecto. Emaús es un camino de ida y de vuelta. El destino de Emaús ha sido de huida y de refugio en la crisis, pero también lugar de encuentro y punto de partida para regresar. Los discípulos nuevamente parten, pero esta vez, no como una huida triste, sino como una vuelta a los amigos.

Es fácil descubrir e identificar cuáles eran los sentimientos de los

discípulos durante el camino de ida. El evangelista ofrece muchos detalles de ello a lo largo del camino y de la conversación —como ya se ha meditado—: caminaban «con aire entristecido», se sienten defraudados por poner sus esperanzas de liberación en un hombre Jesús, que ha sido ejecutado, etc... Sin embargo, ¿cómo era el viaje de regreso? El evangelista no dice nada. Tan sólo indica que levantándose volvieron a la Ciudad. Este gesto de levantarse rápidamente sugiere al menos dos consideraciones.

La parresía del Espíritu

La primera se refiere al tiempo de regreso. Los discípulos, al tomar el camino de regreso, lo hacen vencido el día, justo al contrario de lo que pensaban con anterioridad. Antes de haber descubierto a Jesús, era tarde para que el caminante siga adelante. No se podía seguir el camino porque el día iba de caída. Pero una vez reconocido el Señor, los discípulos no reparan en la hora y vuelven, sin esperar la luz del día, a la ciudad, para comunicar que han visto al Señor. El encuentro con el Resucitado «desata la palabra» de los creyentes. Ya no temen los peligros de la oscuridad. Ya no temen nada. El Espíritu les hace superar todas las resistencias. Los discípulos se mueven ya bajo el efecto de este Espíritu y de su ardor: de su «parresía».

De este detalle aprendemos que nunca es tarde para ponerse en camino, para tomar cualquier iniciativa de cara al Evangelio. Siempre es tiempo de vivir el Evangelio, al igual que de dar el paso a la santidad. La conversión no admite retrasos ni excusas. El paso a la conversión siempre se decide «ahora». «Ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación» (2Co 6,2).

La síntesis del misterio

La segunda consideración se refiere al contenido de lo que meditan mientras regresan. Durante su regreso, pueden hacer síntesis sobre lo sucedido. Sin embargo, ya no se trata de una mirada humana: no sintetizan lo vivido desde sus fragmentos, desde sus recuerdos, desde sus impresiones vividas en esa tarde... sino bajo la mirada del misterio, desde la propia unidad del misterio, desde la experiencia iluminada por el misterio. La apertura de los ojos supone mirar desde la fe, y la fe

es una virtud capaz de percibir la unidad de las cosas, el sentido que las mueve.

Pues bien, esta unidad está presente en el mismo texto. Las vendas de los ojos se caen «al partir el pan». A partir de entonces todo se produce —señala el evangelista— de una manera simultánea: «en el mismo instante», dice el texto. Una secuencia de tres acciones que nos descubre los tres niveles implicados en la experiencia de Emaús: la relación consigo mismo («se les abrieron los ojos»), con Dios («y le reconocieron»), y con los demás («se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén»). Los tres niveles están estrechamente correlacionados: la autoidentidad sólo se puede descubrir a la luz de la revelación de Dios, y ésta iluminación nos abre a una misión, al encuentro con los hermanos. Emaús muestra el nexo entre estos tres niveles, entre identidad personal, experiencia de Dios y misión eclesial. «Cuando el acto de fe logra conjugar el “reconocimiento cristológico” con el “auto-reconocimiento antropológico”, la semilla de la vocación está ya madura, mejor todavía, está ya floreciendo; se han aunado reconocimiento de Dios e identidad propia: sólo se puede amar a sí mismo si ya anteriormente ha sido amado por Otro»⁶⁶.

La unidad de todas las dimensiones que configuran la persona humana a la luz del encuentro con Cristo, hace que la experiencia de Emaús invierta la situación entreior: lo que era un camino de dispersión y desintegración, pasa a ser un camino de unidad, de honda experiencia de integración, a la luz de un encuentro que salva, porque arrastra a la comunión.

El proceso del encuentro con Cristo es un proceso simultáneo en todas sus fases, porque es uno desde el misterio. Esto es lo que Lucas nos confirma al finalizar el relato, cómo imaginando que alguno pudiera preguntar por qué no se realizó antes ésta comprensión espiritual del misterio pascual. Todo responde a la intención del mismo Lucas a la hora de componer un relato que reflejara las etapas graduales de la comprensión del misterio y del encuentro con Cristo. Las explicaciones durante el camino eran condición necesaria, pero no suficiente. Igual que la práctica de la hospitalidad: no era lo mismo dejarse acompañar por el camino exterior que esa compañía fuera interior, dentro de la misma casa. Del mismo modo había que pasar del régimen de la vista («sus ojos no le reconocieron») al régimen de la fe («se les abrieron los ojos»). Toda esa cadena, la aportación de cada uno de sus eslabones,

66 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 42.

tiene un significado necesario para el encuentro con Cristo⁶⁷.

Es así como de ese modo todos los hallazgos alcanzados durante el camino y la mesa se pueden convertir ahora, simultáneamente, en un nuevo inicio para una nueva experiencia. El reconocimiento del Señor al partir el pan y el reencuentro con su propia identidad, como sus discípulos, conducen a la comunidad.

Confianza teologal en la Iglesia

No podemos separar estos tres niveles que configuran la experiencia de Emaús. Sin embargo, «pertenece al cuerpo central de la experiencia de Emaús el hecho de que no queda quieta la experiencia del encuentro de Dios, en su contemplación, ni en el autohallazgo de nosotros mismos, sino que la misma experiencia incluye el ir a los hermanos de Jerusalén. La fe es desde el principio eclesial; la cumbre de la experiencia de Dios está en vivir en la Jerusalén, que es nuestra Madre»⁶⁸.

Cuando los discípulos llegan a Jerusalén, la comunidad ya ha recibido su propio testimonio y la aparición a Simón Pedro. Esto no es una manera de restar valor a la historia de Emaús, sino de poner a la Iglesia en su auténtica base: la confesión de fe pascual, garantizada por la persona de Pedro. Desde el inicio, el acceso a la fe pascual no se efectúa sin la mediación de la Iglesia.

La fe tiene una forma eclesial definida: «la fe tiene una configuración necesariamente eclesial, se confiesa dentro del cuerpo de Cristo, como comunión real de los creyentes»⁶⁹. Es, a través de esta forma, como «el creyente aprende a verse a sí mismo a partir de la fe que profesa: la figura de Cristo es el espejo en el que descubre su propia imagen realizada. Y como Cristo abraza en sí a todos los creyentes, que forman su cuerpo, el cristiano se comprende a sí mismo dentro de este cuerpo, en relación originaria con Cristo y con los hermanos en la fe»⁷⁰. La fe pascual establece esta relación originaria con Cristo, desde nuestro bautismo, de tal manera que toda la vida es un desarrollo de esta relación, en la que está incluida la misma Iglesia, comunidad de creyentes en un único Señor. El creyente, de esa manera, queda liberado de cualquier aislamiento o soledad. Los cristianos somos “uno” (cf.

67 Cf. B. Chenu, *Los discípulos de Emaús*, 74-75.

68 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 48.

69 Francisco, *Lumen Fidei*, 22.

70 Francisco, *Lumen Fidei*, 22.

Ga 3,28), sin perder por ello nuestra individualidad. En virtud de esta unidad de todos con Cristo, la fe no es algo privado, una concepción individualista, una opinión subjetiva, sino que, al nacer de la escucha, es una realidad objetiva y como tal está destinada a pronunciarse y a convertirse en anuncio en el mundo.

Para que esta mediación objetiva de la Iglesia sea realmente efectiva en nuestra fe, hemos de recobrar, como lo hicieron aquellos dos discípulos al regresar de Emaús, la confianza teologal en la Iglesia. Confianza *teologal*, en primer lugar, porque la Iglesia es un misterio insertado en Dios. «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»⁷¹. Confianza en la Iglesia, en segundo lugar, porque ella también es un tejido de relaciones humanas que, a pesar de su visibilidad, no está contrapuesto al significado y valor espiritual que éstas adquieren en el camino de unión con Dios⁷².

Así sucedió para aquellos discípulos que regresaron a la comunidad. Nada de reproche, de desprecio, pues después de la experiencia del Resucitado no hay queja ni condena mutua, aunque había motivos para ello. «Unos se habían marchado en el huerto, otros más tarde; ellos mismo se habían marchado a Emaús. Jerusalén es una comunidad de perdón. A quien se le ha aparecido el Señor puede perdonar, porque él también ha sido perdonado»⁷³.

Sólo así, la comunidad que confiesa y celebra al Resucitado es verdaderamente comunidad curativa, comunidad regenerada y regeneradora, comunidad en la que caben todos. Aunque algunos miembros sean imperfectos, aunque experimenten el quebranto y el extravío, también a éstos los demás le deben amor y respeto: por ello mismo no son menos merecedores de ese amor del Resucitado. Esta es la aportación de la Iglesia al hombre y al mundo, ofrecer a todas las personas la posibilidad de la comunión de amor con el Resucitado. Así lo pedimos en la liturgia: «que todos los miembros de la Iglesia sepamos discernir los signos de los tiempos y crezcamos en la fidelidad al Evangelio; que nos preocupemos de compartir en la caridad las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres, y así les mostremos el camino de la salvación»⁷⁴. Para ello, la Iglesia no puede dejar de con-

71 Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 1.

72 Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 8.

73 SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 49.

74 Misal Romano, Plegaria Eucarística V/c

templar incesantemente a Cristo, rostro de la misericordia del Padre. En eso sabemos que el misterio pascual ha pasado por nosotros, «que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos» (1Jn 3,14).

Para el cristiano, la Iglesia no es una ONG, ni una sociedad patrimonial o moral,... El cristiano ama a la Iglesia porque ha nacido de ella, por ser su Madre: «Nadie puede tener a Dios como Padre si no tiene a la Iglesia por Madre» (San Cipriano). El cristiano no puede separar a Cristo de la Iglesia. Si no se arranca de raíz la sospecha de que por un lado está Jesús y por otra la Iglesia, separando la causa que persiguió Jesús de la realidad de la Iglesia, siempre vivirá con desasosiego su pertenencia a la Iglesia; no gozará de su ser cristiano, ni descansará en las fuentes de identidad teologal; restará entusiasmo, generosidad, y capacidad de entregar de verdad su vida al servicio del Evangelio.

La Iglesia, servidora del encuentro con Cristo

Como demuestra la experiencia de Emaús, el papel de la comunidad es crucial de cara al encuentro con Cristo. Regresar a ella no es sólo para los peregrinos un término a su camino, sino la condición que ha hecho posible confesar la identidad de quien les ha acompañado durante el camino. La Iglesia aparece así en el relato como la condición necesaria para encontrarse con Jesús.

Jesucristo resucitado está presente en la Iglesia. Está presente sobre todo en la liturgia. Está presente en el sacrificio de la Misa, tanto en la persona del ministro como en las especies eucarísticas. «Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt 18,20)»⁷⁵.

A través de esta presencia Cristo continúa hoy su conversación de salvación con cada hombre en el cuerpo vivo de la Iglesia, siendo ésta la Esposa consagrada a este fin. De este modo, Cristo recorre el camino del hombre, transformando su vida y su existencia. Cristo, que es el camino principal de la Iglesia, se ha unido en cierto modo a todo hom-

⁷⁵ Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 7.

bre, por lo que todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre⁷⁶. El primer servicio, pues, que la Iglesia puede y debe prestar a cada uno y a la humanidad entera es anunciar a Jesucristo, el Señor, con obras y palabras, y hacer posible la experiencia del encuentro con Él⁷⁷.

Cristo, presente en la Iglesia, unido a todo hombre es el «secreto formativo de la Iglesia». La Iglesia sabe dónde está su secreto educativo y pastoral: invitar a cada hombre a encontrarse con Cristo y a «tener la mirada fija en el Señor Jesús», porque Dios purifica y fortalece «a quien mira a Cristo», y en Cristo es restaurada la integridad de la persona⁷⁸. De ese modo, el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo... debe... acercarse a Cristo.

De discípulos a apóstoles

Ellos contaron lo que les había sucedido a los Once y al grupo que, a su vez, también les contaron lo que había ocurrido con Simón Pedro. De ese modo comienza el anuncio, la evangelización. El método consiste en contar lo vivido, lo contemplado. *Contemplata aliis tradere* (transmitir a los demás lo contemplado) enseñaba santo Tomás de Aquino.

Es un método presente siempre en la Iglesia, incluso en su etapa del Nuevo Testamento, como lo expresan tantos encuentros con Cristo: el de Andrés con su hermano Simón, cuando le dice que había encontrado al Mesías, y al momento —indica el evangelio— «lo llevó a Jesús» (cf. Jn 1,41-42); el testimonio pascual de María Magdalena después de su encuentro con el Resucitado: «He visto al Señor y ha dicho esto» (Jn 20,18); el del apóstol Juan en su carta: «lo que hemos visto y oído, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos... os lo anunciamos» (1Jn 1,1-3). Todos ellos testimonian que el proceso por el que el discípulo pasa a apóstol es el encuentro vivo con Cristo. Se trata de un itinerario interior que es necesario recorrer para convertirse en apóstol.

Los discípulos de Emaús no asistieron a más escuela apostólica que a su travesía pascual junto al Resucitado. De él aprendieron el método y el contenido de la evangelización. Aprendieron a ser «evangelizadores con Espíritu»⁷⁹: desde el encuentro personal con el amor de Jesús

76 Cf. San Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 13-14.

77 Cf. San Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 2

78 Cf. San Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, 85 y 105.

79 Cf. Francisco, *Evangelii Gaudium*, 259-283.

que nos salva; saboreando el gusto espiritual de ser pueblo; confiando en la acción misteriosa del Resucitado y del Espíritu; ejerciendo la fuerza misionera de la intercesión. En su itinerario aprendieron a ser apóstoles a través de estas lecciones⁸⁰:

1. Una vez que, desde el encuentro, han soltado y liberado el interior. El creyente, al encontrarse con el Resucitado exulta. Experimenta que se expande interiormente. Por eso, al hablar, expresa en voz alta, sin temor, con felicidad, con entusiasmo, las maravillas de Cristo. Si se callase, se ahogaría. El hablar es dejar rienda a la interioridad. Sin interioridad no hay evangelizador.

2. Una vez que, desde el encuentro, dejan fecundar a Dios. El apóstol sólo es fecundo desde la experiencia de Dios, desde el encuentro con Cristo, desde el ser creyente. El bien se difunde de modo espontáneo. Precisamente porque es rico en experiencia de Dios, da y ofrece sinceramente; da a todos y se da a todos.

3. Una vez que, desde el encuentro, han armonizado sus personas. El evangelizador en la acción es medido, ponderado, equilibrado, armonizado. La contemplación da un acabado, un perfil. El evangelizador, al contemplar el misterio, adquiere unas armonías no fáciles de conseguir por las solas fuerzas humanas: mente y corazón, afectividad e inteligencia, interior y exterior, contemplación y acción. Todo es obra y experiencia de Cristo.

4. Una vez que, desde el encuentro, ignoran cualquier tipo de celos. «Los Once con sus compañeros, estaban diciendo»: cuentan y dejan contar. Ignoran celos humanos. Ellos saben darse, pero también dejan darse a los demás, contar lo que les ha pasado. Unos y otros saben que la acción de cada cual reaviva el ardor y puede servir para todos a crecer por caminos de enriquecimiento interior. Para el evangelizador contemplativo es una ascesis fácil hablar y dejar hablar, ser y dejar ser a los otros, estar en el centro y estar en la periferia.

⁸⁰ SAS, *Contemplar el rostro de Cristo. Caminar desde él*, 53.

RESUMEN

Por último, esta quinta meditación contempla el cuarto «lugar» desde el que el Resucitado sale a nuestro encuentro: la comunidad cristiana constituida desde la profesión de fe pascual y enviada al mundo a anunciar el Evangelio. Sin este paso todo se quedaría en un camino individual e intimista. El encuentro con Resucitado se realiza siempre gracias a la mediación eclesial y empuja a la misión. El Misterio conduce a la comunión y a la misión. Los discípulos de Emaús caminan hacia la comunidad habiendo hecho síntesis del Misterio, con una visión integral del misterio cristiano.

De esa manera, Emaús no es sólo un camino de huida: es un camino de ida y de vuelta. En el retorno a la comunidad ellos experimentan la síntesis del Misterio. El misterio cristiano es integral, incluye tres dimensiones ineludibles: la relación con Dios, con uno mismo y con los demás. Esas dimensiones explican que el encuentro con Cristo suponga un proceso, cuyas fases se complementan simultáneamente.

De todas esas dimensiones, la comunal, es fundamental. No hay Cristo sin Iglesia. No hay acceso al Resucitado que no pase por el testimonio de la Iglesia. Jesucristo está presente en la Iglesia. Por eso, los discípulos vuelven a Jerusalén, a los Once, no sólo para anunciar que se han encontrado con el Señor, sino también para descubrir allí la huella del Resucitado. El Resucitado siempre precede. La comunidad apostólica es portadora de la experiencia pascual, a través del testimonio de Pedro. De ese modo, la fe pascual implica abrirse con confianza teologal al testimonio de la Iglesia. Ésta es comunidad pascual, que ha experimentado el perdón del Señor, puede ya acoger y perdonar a todos, sin importar el tiempo o la distancia de su lejanía. La Pascua constituye a la Iglesia como comunidad al servicio del encuentro con Cristo. Al ofrecer la ocasión de encontrarse con el Señor, posibilita que los discípulos se conviertan en apóstoles, misioneros del Evangelio.

3. CONTEMPLACIÓN (*contemplatio*)

«¿Qué buscáis en la tarde que cae
con tan ardiente corazón?

¿Adónde corréis cabizbajos?

Al día prometido
a los que han acogido
la luz de la que Dios dice
que brilla en las tinieblas.
Pero, ¿es que no estabais prevenidos?
Ese día nuevo apareció
cuando la Pascua de Jesús despunta.
¿Adónde iríamos nosotros si no existiera?
Cuando nuestra luz decrece,
sabemos que ha llegado el día del mundo.
También vosotros venid a verlo,
pero ¡daos prisa porque es tarde!
Cada uno tendrá su parte de gracia,
cada uno si recibe al espíritu
y el espíritu le guía en su noche,
verá surgir ese día prometido:
es Dios que pasa.
Por esto acudimos a su nueva creación:
Dios siempre hace lo que es bueno para el hombre.
Él se le revela poco a poco
y suavemente abre nuestros ojos.
Porque nada es imposible para Dios,
puesto que se da» (Patrice de la Tour du Pin)

4. REVISIÓN personal y comunitaria (*actio*)

1. El regreso a Jerusalén. ¿Cuáles son nuestros temores a la hora de ponernos en marcha hacia el Evangelio, la fe, la Iglesia...? ¿Hemos hecho síntesis o una lectura creyente de nuestras lejanías y desconciertos en la vivencia de la fe, de la trayectoria anterior, de nuestra conversión? ¿Qué dificultades hayamos para ello? El misterio pascual ¿Qué ha transformado de nuestras vidas? ¿Miramos con frecuencia nuestra vida a la luz de la fe? ¿Y a nuestras comunidades? ¿Cómo ilumina el misterio pascual nuestra realidad personal y la de nuestras comunidades? Nuestras comunidades ¿se prestan con facilidad a renovarse desde la celebración y la vivencia del misterio pascual?

2. Confianza teologal a la Iglesia. ¿Cómo miro a la Iglesia, desde los ojos del mundo o desde los ojos de la fe? ¿Cómo tengo presente a la Iglesia en mi vivencia de la fe? ¿En qué aspectos de mi vida he vivido la maternidad de la Iglesia? Nuestras comunidades ¿están regeneradas por la misericordia pascual del Señor? ¿Son comunidades de misericordia o más bien de condena o de indiferencia? ¿Son comunidades acogedoras? ¿Qué podemos mejorar para que sean cada vez más acogedoras?

3. Iglesia al servicio del encuentro con Cristo. ¿Qué experiencias de la vida de la Iglesia me acercan más a Jesucristo? ¿En qué aspectos de su vida experimentamos la presencia de Cristo en nuestras comunidades? ¿De qué manera nuestras comunidades acercan a los hombres a Cristo? ¿Educan en esta dirección? ¿Me preocupa y me duele que existan personas que no conozcan suficientemente a Cristo ni se relacionen con Él? ¿Qué lecciones me faltan todavía por aprender para convertirme de verdad en apóstol del Señor? ¿Y a nuestras comunidades?



· Acompañamiento

**Propuesta de las delegaciones
de pastoral**



Acompañamiento

Propuesta de las delegaciones de pastoral

ITINERARIO PASTORAL

...Es lo que anunciamos

Renovar los procesos y los itinerarios
personales y comunitarios
para encontrar al Resucitado

ORIENTACIONES PASTORALES PARA EL CURSO 2016-2017

Objetivo

Renovar los procesos y los itinerarios personales y comunitarios
para encontrar al Resucitado



Líneas de acción generales

Renovar, impulsar y fortalecer
el **ENCUENTRO** con Cristo
como centro
de la vida cristiana y eclesial



Revisar, educar y proyectar
el **ACOMPANAMIENTO**
personal y comunitario
del proceso de la fe



Líneas de acción concretas (propuestas por las delegaciones)

Educación en la Fe
Liturgia
Acción Social y Caritativa

Clero
Laicos
Vida Consagrada
Medios de Comunicación

LÍNEAS DE ACCIÓN GENERALES

1. Renovar, impulsar y fortalecer el ENCUENTRO con Cristo como centro de la vida cristiana y eclesial.

A través de:

1.1 Fomentar el encuentro con Cristo como criterio y vía de maduración de la personalidad creyente mediante la observación y el estudio de las crisis y los alejamientos de la experiencia creyente.

1.2 Favorecer el perfil sacramental y eclesial de la vida cristiana mediante la participación fructuosa en la eucaristía dominical y en el culto cristiano.

1.3 Sensibilizar y ayudar a promover acciones eclesiales al servicio del encuentro con Cristo como pueden ser el primer anuncio y la pastoral de alejados.

2. Revisar, educar y proyectar el ACOMPAÑAMIENTO personal y comunitario del proceso de fe.

A través de:

2.1 Suscitar el acompañamiento personal del encuentro con Cristo profundizando en el proyecto personal de vida cristiana y fomentando la tarea de agentes para el acompañamiento creyente.

2.2 Estimular el acompañamiento comunitario en el encuentro con Cristo mejorando la calidad de los encuentros comunitarios y favoreciendo espacios de comunión arciprestal.

2.3 Educar para el despertar y acompañar la experiencia espiritual y mística del encuentro con Cristo en la acción con el necesitado y con los que sufren.

LÍNEAS DE ACCIÓN CONCRETAS (DELEGACIONES)

EDUCACIÓN EN LA FE

Motivación: *El Resucitado acompaña el camino de los discípulos de Emaús iluminándoles con su Palabra. A través de ella, los discípulos renuevan su ardor creyente y apostólico. La explicación de las Escrituras les ayuda a madurar su proceso creyente, pasando del alejamiento al despertar de la fe.*

Objetivo: **Suscitar el acompañamiento personal del encuentro con Cristo profundizando en el proyecto personal de vida cristiana y fomentando la tarea de agentes para el acompañamiento creyente (Líneas de acción generales, 2.1).**

Propuestas:

1. Ofrecer recursos y cauces adecuados a todos los que participan en la tarea de la transmisión de la fe (padres, maestros, catequistas, educadores) para que les ayude en la tarea de ser acompañantes a nivel espiritual y humano, en sintonía con instancias diocesanas pertinentes a ese fin.

2. Formar agentes de pastoral en una espiritualidad del acompañamiento en la fe, especialmente entre los catequistas, para que pueden educar a los padres de los niños y jóvenes de la catequesis de iniciación cristiana; y también entre los agentes de pastoral misionera, para que animen las campañas misioneras y fomenten la espiritualidad misionera en las parroquias.

3. Compartir la experiencia y animar la creación de los «Oratorios» con niños como espacio de encuentro con Cristo, complementario a la catequesis, en las escuelas y parroquias.

LITURGIA

Motivación: *El Resucitado es reconocido por los discípulos al partir el pan. El misterio celebrado es la fuente curativa de todas las dudas y todas las huidas de los discípulos. El misterio celebrado se revela como la meta del pro-*

pio camino de Emaús, así como la corona de todo el proceso iniciado durante el camino. La experiencia vivida en Emaús se convierte a su vez en camino de misión y de anuncio.

Objetivo: Favorecer el perfil sacramental y eclesial de la vida cristiana mediante la participación fructuosa en la eucaristía dominical y en el culto cristiano (Líneas de acción generales, 1.2)

Propuestas:

1. Acompañar a los agentes de la pastoral litúrgica para potenciar el aspecto «mistagógico» de su tarea (favorecedor del encuentro con Cristo). Para ello, la Delegación se propone potenciar la creación o revitalización de Equipos de liturgia que puedan acompañar en la tarea de introducir a los fieles en una verdadera participación litúrgica («consciente, activa y fructuosa») y vivir así un culto «en espíritu y verdad», con auténtica incidencia en la vida. La Delegación, junto con la Cátedra de Espiritualidad «San Juan de Ávila», organizará un encuentro por Vicaría con los diversos Equipos litúrgicos de la zona, para formarse en la Espiritualidad litúrgica.

2. Redescubrir cómo la celebración litúrgica del misterio pascual de Cristo en los sacramentos de la Iniciación cristiana configura y desarrolla la existencia del cristiano como hijo de Dios, que le ha hecho renacer con él, vivir con él, padecer, morir y resucitar con él. Desde la Delegación se ofrecerá un sencillo material destinado a los agentes de la Catequesis pre-bautismal, siendo esto ocasión para un encuentro con ellos a nivel formativo.

3. Potenciar la animación litúrgica de las eucaristías dominicales en la parroquia, ofertando algún pequeño subsidio periódico, que trate de estimular algunos aspectos de la celebración que favorecen el encuentro con Cristo. Entre ellos, se indicará, por parte del Secretariado de música sacra, una pequeña selección de cantos adecuados para el objetivo pastoral del año, con el que se pretende vivir más estrechamente la comunión del encuentro con Cristo durante este curso en todas las parroquias.

ACCIÓN SOCIAL Y CARITATIVA

Motivación: *El encuentro de Emaús revela la bondad y la compasión de Cristo que sale al encuentro de los discípulos abatidos por el desánimo y la frustración. Con gran ternura el Resucitado los acompaña y escucha de sus labios sus quejas y lamentos. Cristo, Buen Pastor, busca al hombre extraviado, perdido, y cura todas sus dolencias, como el buen Samaritano. El camino de Emaús estimula de esa manera la caridad y la compasión con todo hombre que camina a nuestro lado.*

Objetivo: 1) Educar para el despertar y acompañar la experiencia espiritual y mística del encuentro con Cristo en la acción con el necesitado y con los que sufren (Líneas de acción generales, 2.3); 2) Sensibilizar y ayudar a promover acciones eclesiales al servicio del encuentro con Cristo como pueden ser el primer anuncio y la pastoral de alejados (Líneas de acción generales, 1.3)

Propuestas:

1. Promover la sensibilidad y la acción social y caritativa de grupos y personas para curar las llagas de Jesús, presente en las heridas de las gentes de nuestro mundo, y para vivenciar, en esa acción, el encuentro con Jesús. Para ello, se incluirá, en la formación permanente de los agentes de Cáritas, un temario específico de Doctrina Social de la Iglesia siguiendo el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* del Pontificio Consejo «Justicia y Paz».

2. Retomar y mejorar la Campaña cuaresmal «Limosna penitencial», que como iniciativa del Año de la Misericordia, quiere prolongar la vivencia de la caridad y de la misericordia del curso pasado. La Campaña se realizaría en cuaresma, tiempo penitencial por excelencia. No se trataría de dar dinero para un fondo lejano, sino más bien, proponer objetivos concretos (proyectos visibles y mejor si son parroquiales) que se subvencionarían con el esfuerzo penitencial de todos, determinando así el sentido solidario y caritativo de nuestra renuncia.

CLERO

Motivación: *En el encuentro de Emaús se presentan las claves existen-*

ciales y teologales para diagnosticar y resolver las crisis evolutivas y de crecimiento creyente, que los pastores están llamados a acompañar y orientar como tarea fundamental del ministerio pastoral. El relato de Emaús ofrece, así, un modelo de acompañamiento capaz de estimular y alentar hondas actitudes pastorales.

Objetivo: Fomentar el encuentro con Cristo como criterio y vía de maduración de la personalidad creyente mediante la observación y el estudio de las crisis y los alejamientos de la experiencia creyente (Líneas de acción generales, 1.1)

Propuestas:

1. Proponer la realidad y el concepto de encuentro cristiano, de encuentro con Cristo, de experiencia cristiana, a partir de la experiencia de Emaús, evitando concepciones reduccionistas de encuentro, así como su identificación, sus notas y características con el fin de lograr una adecuada concepción vital y una óptima promoción del mismo en la vida y ministerio del presbítero.

2. Invitar al sacerdote a encontrarse con Cristo, como fuente que reaviva el carisma, y como punto de partida y de llegada de toda evangelización y pastoral. Vivir lo que el misterio propone.

3. Analizar, meditar y curar en el encuentro con Cristo las crisis, las transiciones evolutivas y los conflictos personales y relacionales del presbítero a la luz de “El Síndrome de Emaús”, y de su salida teológica y madurante.

4. Sugerir las competencias teologales, y de acompañamiento, para fomentar y acompañar el encuentro con Cristo en y desde el ministerio ordenado.

Para ello, la Delegación redactará y ofrecerá un texto, en forma de folleto, en el que se plasmen estos objetivos, metas y pensamientos, para uso personal, arciprestal y vicarial de la persona del sacerdote.

LAICOS

Motivación: *Los discípulos de Emaús, al encontrarse con Cristo, inician un viaje de retorno a la Ciudad santa, donde, a su vez, se encuentran con la comunidad reunida en torno a la confesión de la fe pascual. No hay posible encuentro con Cristo que no sea eclesial. Emaús es una escuela de comunión, que hace eficaz todo anuncio misionero.*

Objetivo: 1) **Estimular el acompañamiento comunitario en el encuentro con Cristo mejorando la calidad de los encuentros comunitarios y favoreciendo espacios de comunión arciprestal** (Líneas de acción generales, 2.2); 2) **Sensibilizar y ayudar a promover acciones eclesiales al servicio del encuentro con Cristo como pueden ser el primer anuncio y la pastoral de alejados** (Líneas de acción generales, 1.3).

Propuestas:

1. Revitalizar e impulsar los encuentros de laicos de arciprestazgos como espacios cercanos de comunión en torno al encuentro con Cristo. Para ello, a) impulsar tanto la creación como el fortalecimiento de los Consejos pastorales de arciprestazgo, como espacios idóneos para desarrollar la corresponsabilidad pastoral. Junto a ello, b) estimular la vida de los consejos pastorales parroquiales, propiciando en este curso un encuentro de ellos por Vicaría, en donde se fortalezca el encuentro con Cristo, el acompañamiento pastoral y la comunión eclesial.

2. Favorecer iniciativas a favor de la pastoral de alejados. Para ello, sugerir propuestas tanto metodológicas como de contenido para la formación y el acompañamiento de agentes de pastoral con sensibilidad para el primer anuncio. Pueden servir en esa línea los tres últimos cursos de laicos que reflexionaron sobre el tema de evangelizar hoy desde el primer anuncio, cuyas ponencias se ofrecerán como material de apoyo en la web de la diócesis.

VIDA CONSAGRADA

Motivación: *Los discípulos de Emaús, tras reconocer al Resucitado, testimonian ante la comunidad y ante el mundo la verdad del misterio obrado: ¡Es verdad, ha resucitado el Señor! Su testimonio abarca todo lo que ocurrió*

mientras iban de camino. El testimonio cristiano impregna, por ello, toda la vida. Ese testimonio nace de la contemplación agradecida de la presencia del Señor en el camino de la vida de todo hombre y mujer.

Objetivo: Testimoniar con la propia vida que cada comunidad religiosa es un lugar vivo de presencia y de encuentro con el Señor, además de una invitación al acompañamiento de esta experiencia.

Propuestas:

1. Sensibilizar sobre el hecho de que el encuentro con Cristo implica un despertar vocacional y una configuración de la propia vocación. Para descubrir esta dimensión vocacional del encuentro con Cristo, se impulsará el Centro de Orientación Vocacional, desde la pastoral vocacional, juvenil y universitaria de la diócesis, en colaboración con la CONFER, en la parroquia de San Esteban (Alicante) y Capilla universitaria de la UA.

2. Potenciar y revalorizar los Monasterios de vida contemplativa como lugares de encuentro personal con Dios y de discernimiento vocacional.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Motivación: *Los discípulos de Emaús escuchan del Resucitado el anuncio de su paso salvador de la muerte a la vida, anunciado por los profetas. A pesar de recriminarles su falta de fe, su lentitud a la hora de creer, sin embargo, Jesús no les deja alejarse, ni desilusionarse. Él comprende y entiende las dudas, las esperanzas y expectativas de sus discípulos y de todos los hombres. Por ello, él es el mejor comunicador del Padre y de la plenitud de vida inaugurada en su resurrección; plenitud de vida, desde la que comunica su presencia viva a los hombres como garantía de todo su mensaje.*

Objetivo: Visibilizar, difundir y extender el mensaje y el contenido del encuentro con Cristo acompañando a todos en el camino de sus dudas, incomprensiones y alejamientos, para tratar de transmitirles la alegría de la experiencia de la salvación cristiana.

Propuestas:

1. Ofrecer y poner a disposición todos los canales y herramientas comunicativas de la diócesis y de la Delegación para la difusión y cobertura informativa del Plan Diocesano de Pastoral (NODI, de Par en Par, Radio, Web, Boletín Digital, Redes sociales, Oficina de Prensa,...).
2. Favorecer la creación de los equipos parroquiales de comunicación y formación de sus agentes.



· Celebraciones

- Adviento
- Cuaresma
- Vigilia de Pentecostés



Celebraciones

· Adviento · Cuaresma · Vigilia de Pentecostés



Celebración para el TIEMPO DE ADVIENTO

CRISTO SALE A NUESTRO ENCUENTRO PREPARAD EL CAMINO AL SEÑOR

Encuentro con Cristo en la Palabra

Canto entrada

Reunido el pueblo, el sacerdote que preside, revestido con alba y estola morada, y también con capa pluvial del mismo color si se considera conveniente, va al altar acompañado por los ministros, mientras se entona el canto de entrada.

A TI, SEÑOR, LEVANTO MI ALMA (CLN A 10)

A ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en ti confío;
enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas.

1. Los que esperan en ti
no quedan defraudados.
Recuerda, Señor, que tu ternura es eterna.
2. Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.
3. Pastor de Israel, escucha,

despierta tu poder
y ven a salvarnos.

O bien, «Ven, Salvador» (CLN 1) u otro canto de Adviento.

Saludo y Oración

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo:

El Señor, que viene a salvarnos, esté con vosotros.

R/. Y con tu espíritu.

A continuación se hace la monición de entrada, desde un lugar apropiado, fuera del ambón.

Monición

El Adviento es tiempo de espera: espera-memoria de la primera y humilde venida del Salvador; espera-súplica de la última y gloriosa venida de Cristo, Señor de la historia y Juez universal.

El Adviento es tiempo de conversión, a la cual se nos invita con frecuencia mediante la voz de los profetas y sobre todo de Juan Bautista: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos».

El Adviento es tiempo de esperanza: esperanza gozosa de que la salvación ya realizada por Cristo y las realidades de la gracia ya presentes en el mundo lleguen a su madurez y plenitud.

Este tiempo de expectación piadosa y alegre nos lleva a «preparar el camino del Señor», a estar atentos para descubrir los caminos y lugares por los que Él sale a nuestro encuentro.

Acompañados por la Virgen María, que con actitud de fe y de humildad se adhirió total e inmediatamente al proyecto salvífico de Dios, podremos descubrir mejor al Señor que viene y disponernos a vivir más plenamente cada encuentro con Él.

Así pues, con estas disposiciones, vivamos este encuentro de oración con Cristo, sobre todo a través de su Palabra.

A continuación el sacerdote dice la siguiente oración:

Oremos.

(breve pausa para orar en silencio)

Señor y Dios nuestro,
que nos mandas preparar el camino a Cristo el Señor,
no permitas que lo impidan los afanes de este mundo,
y haz que, abriendo nuestros corazones a la Palabra eterna,
que se encarnó en el seno de María, siempre Virgen,
seamos capaces, como Ella,
de aceptar tu Palabra con humildad de corazón
y cumplir tus designios.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

(Sentados)

Lecturas de la Sagrada Escritura

Lectura del profeta Isaías 2, 1-5

Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas

Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén.

En los días futuros estará firme
el monte de la casa del Señor,
en la cumbre de las montañas,
más elevado que las colinas.

Hacia él confluirán todas las naciones,
caminarán pueblos numerosos y dirán:
«Venid, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob.

Él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas;
porque de Sión saldrá la ley,
la palabra del Señor de Jerusalén».

Juzgará entre las naciones,
será árbitro de pueblos numerosos.
De las espadas forjarán arados,

de las lanzas, podaderas.
No alzaré la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.
Casa de Jacob,
venid; caminemos a la luz del Señor.

Palabra de Dios.

(silencio meditativo)

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses 5, 1-2. 4-11. 16-24.

Estemos en vela y vivamos sobriamente

En lo referente al tiempo y a las circunstancias no necesitáis que os escriba, pues vosotros sabéis perfectamente que el Día del Señor llegará como un ladrón en la noche. Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, de forma que ese día os sorprenda como un ladrón; porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no nos entreguemos al sueño como los demás, sino estemos en vela y vivamos sobriamente. Los que duermen, de noche duermen; los que se emborrachan, de noche se emborrachan. En cambio nosotros, que somos del día, vivamos sobriamente, revestidos con la coraza de la fe y del amor, y teniendo como casco la esperanza de la salvación. Porque Dios no nos ha destinado al castigo, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros para que, despiertos o dormidos, vivamos con él. Por eso, animaos mutuamente y edificaos unos a otros, como ya lo hacéis.

Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros. No apaguéis el espíritu, no despreciéis las profecías. Examinadlo todo; quedaos con lo bueno. Guardaos de toda clase de mal. Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. El que os llama es fiel, y él lo realizará.

Palabra de Dios.

(silencio meditativo, o canto apropiado)

Lectura de autores cristianos

De los sermones de san Bernardo, abad (Sermón 5 en el Adviento del Señor, 1-3)

Vendrá a nosotros la Palabra del Señor

Sabemos de una triple venida del Señor. Además de la primera y de la última, hay una venida intermedia. Aquéllas son visibles, pero ésta no. En la primera, el Señor se manifestó en la tierra y convivió con los hombres, cuando, como atestigua él mismo, lo vieron y lo odiaron. En la última, *todos verán la salvación de Dios y mirarán al que traspasaron*. La intermedia, en cambio, es oculta, y en ella sólo los elegidos ven al Señor en lo más íntimo de sí mismos, y así sus almas se salvan. De manera que, en la primera venida, el Señor vino en carne y debilidad; en esta segunda, en espíritu y poder; y, en la última, en gloria y majestad.

Esta venida intermedia es como una senda por la que se pasa de la primera a la última: en la primera, Cristo fue nuestra redención; en la última, aparecerá como nuestra vida; en ésta, es nuestro descanso y nuestro consuelo.

Y para que nadie piense que es pura invención lo que estamos diciendo de esta venida intermedia, oídle a él mismo: *El que me ama — nos dice— guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él*. He leído en otra parte: *El que teme a Dios obrará el bien*; pero pienso que se dice algo más del que ama, porque éste guardará su palabra. ¿Y dónde va a guardarla? En el corazón, sin duda alguna, como dice el profeta: *En mi corazón escondo tus consignas, así no pecaré contra ti*.

Así es cómo has de cumplir la palabra de Dios, porque son *dichosos los que la cumplen*. Es como si la palabra de Dios tuviera que pasar a las entrañas de tu alma, a tus afectos y a tu conducta. Haz del bien tu comida, y tu alma disfrutará con este alimento sustancioso. Y no te olvides de comer tu pan, no sea que tu corazón se vuelva árido: por el contrario, que tu alma rebose completamente satisfecha.

Si es así cómo guardas la palabra de Dios, no cabe duda que ella te guardará a ti. El Hijo vendrá a ti en compañía del Padre, vendrá el gran Profeta, que renovará Jerusalén, el que lo hace todo nuevo. Tal será la eficacia de esta venida, que *nosotros, que somos imagen del hombre*

terreno, seremos también imagen del hombre celestial. Y así como el viejo Adán se difundió por toda la humanidad y ocupó al hombre entero, así es ahora preciso que Cristo lo posea todo, porque él lo creó todo, lo redimió todo, y lo glorificará todo.

(silencio meditativo)

Proclamación del Evangelio

(De pie)

Aleluya

Se canta el aleluya con alguna melodía conocida por los fieles.

+ Lectura del santo evangelio según san Lucas 3, 1-6.

Preparad el camino del Señor

En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisanio tetrarca de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

Y recorrió toda la comarca del Jordán, predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

«Voz del que grita en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
allanad sus senderos;
los valles serán rellenados,
los montes y colinas serán rebajados;
lo torcido será enderezado,
lo escabroso será camino llano.
Y toda carne verá la salvación de Dios».

Palabra del Señor.

Homilía, reflexión en silencio y respuesta a la Palabra

Terminada la homilía se guarda un tiempo de silencio para la reflexión y, a continuación, todos recitan a dos coros el salmo 24, como respuesta a la Palabra que hemos escuchado.

SALMO 24

A ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado,
que no triunfen de mí mis enemigos,
pues los que esperan en ti no quedan defraudados,
mientras que el fracaso malogra a los traidores.

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador,
y todo el día te estoy esperando.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor.

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes.

Las sendas del Señor son misericordia y lealtad
para los que guardan su alianza y sus mandatos.
Por el honor de tu nombre, Señor,
perdona mis culpas, que son muchas.

¿Hay alguien que tema al Señor?
Él le enseñará el camino escogido:
su alma vivirá feliz,
su descendencia poseerá la tierra.

El Señor se confía a los que lo temen,
y les da a conocer su alianza.
Tengo los ojos puestos en el Señor,
porque él saca mis pies de la red.

Mírame, oh Dios, y ten piedad de mí,
que estoy solo y afligido.
Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.

Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados;
mira cuántos son mis enemigos,
que me detestan con odio cruel.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti.

Salva, oh Dios, a Israel
de todos sus peligros.

Preces

(De pie)

Celebrante: En este tiempo santo de Adviento, dirijamos, hermanos, nuestras súplicas a Dios Padre, que en Jesús nos envía su salvación, diciendo:

R/. Marana tha. Ven, Señor Jesús. *(Esta respuesta puede cantarse con la melodía de Lucien Deiss)*

Lector:

Por la Iglesia, para que se despierte y acreciente en el corazón de todos los fieles el deseo de Cristo, que viene a encontrarse con nosotros. Oremos. R/.

- Por nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante, para que profundizando en el encuentro con Cristo, avance en el conocimiento de los cami-

nos por los que el Resucitado sale a su encuentro. Oremos. R/.

- Por todos los que, desilusionados, abandonan la fe, en un viaje de huida de la vida cristiana, y ya no saben cómo retomarla, para que puedan reconocer a Cristo que camina junto a ellos. Oremos. R/.

- Por todos los pueblos de la tierra, para que la venida del Príncipe de la paz apague los odios y violencias, ponga fin a la injusticia y establezca su reino en medio de los hombres. Oremos. R/.

- Por todos los que sufren, para que el Señor conforte a los oprimidos, proporcione a los pueblos el desarrollo necesario y vele con su providencia por los que no tienen hogar. Oremos. R/.

- Por nosotros, para que seamos testigos de nuestro encuentro con Cristo ante todos los que día a día caminan a nuestro lado, y la venida del Señor sea para todos fuente de paz, de gracia y de alegría. Oremos. R/.

Padre nuestro y Oración conclusiva

Celebrante: Terminemos nuestras plegarias con la oración que el mismo Señor nos enseñó.

Todos: Padre nuestro, que estás en el cielo... *(se recomienda cantarlo)*

Celebrante: Señor y Dios nuestro,
haz que ardan nuestros corazones con el don de tu Palabra,
para que dé fruto permanente en nuestras vidas,
y que tu Espíritu nos impulse
a salir al encuentro de Cristo, tu Hijo,
que nos traerá, con su nacimiento, la Buena Noticia.
Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

R/. Amén.

Rito de despedida

Monición

Lo que hemos visto y oído, acerca de la Palabra de vida, que va na-

cer y manifestarse entre nosotros en las próximas fiestas de Navidad, anunciémoslo a todos, para que el mundo pueda vivir en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo, y nuestro gozo sea completo.

Bendición y despedida

Celebrante: El Señor esté con vosotros.

R/. Y con tu espíritu.

Celebrante: La bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo + y Espíritu Santo,

descienda sobre vosotros.

R/. Amén.

Diácono: Podéis ir en paz.

R/. Demos gracias a Dios.

Canto a la Virgen María

HUMILDE NAZARENA (CLN 306)

1. Humilde nazarena, ¡oh María!

Blancura de azucena, ¡oh María!

Salve, Madre Virginal.

Salve, Reina celestial.

Salve, salve, salve, María.

2. Lucero de la aurora, ¡oh María!

Consuelo del que llora, ¡oh María!

Dios nació en un portal,

floreciendo en tu rosal.

Salve, salve, salve, María.

3. Tú eres nuestra madre, ¡oh María!

Levantas al que cae, ¡oh María!

Salve, alivio en el dolor.

Salve, Madre del Amor.

Salve, salve, salve, María.

O bien, «La Virgen sueña caminos» (CLN 16)



¿NO ERA NECESARIO QUE EL MESÍAS PADECIERA Y ENTRARA ASÍ EN SU GLORIA?

Encuentro con Cristo en los Sacramentos

Canto entrada

Reunido el pueblo, el sacerdote que preside, revestido con alba y estola morada, y también con capa pluvial del mismo color si se considera conveniente, va al altar acompañado por los ministros, mientras se entona el canto de entrada.

DIOS ES FIEL (CLN 117)

1. Dios es fiel: guarda siempre su Alianza;
libra al pueblo de toda esclavitud.
Su palabra resuena en los profetas,
reclamando el bien y la virtud.
2. Pueblo en marcha por el desierto ardiente:
horizontes de paz y libertad.
Asamblea de Dios, eterna fiesta;
tierra nueva, perenne heredad.
3. Si al mirar hacia atrás somos tentados
de volver al Egipto seductor,
el Espíritu empuja con su fuerza
a avanzar por la vía del amor.
4. El maná es un don que el cielo envía,
pero el pan hoy se cuece con sudor.
Leche y miel nos dará la tierra nueva,
si el trabajo es fecundo y redentor.

5. Y Jesús nos dará en el Calvario
su lección: «Hágase tu voluntad.»
Y su sangre, vertida por nosotros,
será el precio de nuestra libertad.

O bien, «Nos has llamado al desierto» (CLN 126) u otro canto de Cuaresma.

Saludo y Oración

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
R/ . Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo:

La gracia y el amor de Jesucristo,
que nos llama a la conversión,
esté con todos vosotros.
R/ . Y con tu espíritu.

A continuación se hace la monición de entrada, desde un lugar apropiado, fuera del ambón.

Monición

La Cuaresma es el tiempo que precede y dispone a la celebración de la Pascua, y como tal, nos propone un itinerario para renovar y revitalizar nuestra vida cristiana, que brota de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana.

Hemos sido incorporados a Cristo y a la Iglesia por el Bautismo, que nos ha regenerado como hijos de Dios. Por la Confirmación hemos sido vinculados más estrechamente a la Iglesia y enriquecidos con una fuerza especial del Espíritu Santo. Y participando en la Eucaristía, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecemos a Dios la Víctima divina y nos ofrecemos juntamente con ella.

Al participar en el Misterio pascual de la Muerte y Resurrección de Cristo, hemos sido configurados con Él. Para profundizar en esta rea-

lidad, la escucha de la Palabra de Dios, más frecuente en este tiempo, renovará en nosotros el deseo de conversión, para seguir creciendo en nuestro ser hijos de Dios.

Caminemos en la Cuaresma al encuentro del Resucitado, para redescubrir cómo el Misterio Pascual de Cristo configura y desarrolla la existencia del cristiano como hijo de Dios, que le ha hecho renacer con él, vivir con él, padecer, morir y resucitar con él.

A continuación el sacerdote dice la siguiente oración:

Oremos.

(breve pausa para orar en silencio)

Dios todopoderoso y eterno,
mira compasivo nuestra debilidad
y extiende sobre nosotros tu mano poderosa,
para que los que hemos sido incorporados
al Misterio pascual de tu Hijo,
crezcamos día a día en nuestro ser bautismal.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

(Sentados)

Lecturas de la Sagrada Escritura

Lectura del libro del Levítico 19, 1-2. 11-18

Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo

El Señor habló así a Moisés:

«Di a la comunidad de los hijos de Israel:

«Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo.

No robaréis ni defraudaréis ni os engañaréis unos a otros.

No juraréis en falso por mi nombre, profanando el nombre de tu Dios. Yo soy el Señor.

No explotarás a tu prójimo ni le robarás. No dormiré contigo hasta la mañana siguiente el jornal del obrero.

No maldecirás al sordo ni pondrás tropiezo al ciego. Teme a tu Dios. Yo soy el Señor.

No daréis sentencias injustas. No serás parcial ni por favorecer al pobre ni por honrar al rico. Juzga con justicia a tu prójimo.

No andarás difamando a tu gente, ni declararás en falso contra la vida de tu prójimo. Yo soy el Señor.

No odiarás de corazón a tu hermano, pero reprenderás a tu prójimo, para que no cargues tú con su pecado.

No te vengarás de los hijos de tu pueblo ni les guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor»».

Palabra de Dios.

(silencio meditativo)

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 2, 4-10

Muertos por los pecados, por pura gracia estáis salvados

Hermanos:

Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo —estáis salvados por pura gracia—; nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos.

Palabra de Dios.

(silencio meditativo, o un canto apropiado)

Lectura de autores cristianos

De las catequesis de san Juan Crisóstomo, obispo (Catequesis 3,

¿Quieres saber el valor de la sangre de Cristo? Remontémonos a las figuras que la profetizaron y recorramos las antiguas Escrituras

Inmolad — dice Moisés— *un cordero de un año; tomad su sangre y rociad las dos jambas y el dintel de la casa.* «¿Qué dices, Moisés? La sangre de un cordero irracional, ¿puede salvar a los hombres dotados de razón?» «Sin duda —responde Moisés—: no porque se trate de sangre, sino porque en esta sangre se contiene una profecía de la sangre del Señor.»

Si hoy, pues, el enemigo, en lugar de ver las puertas rociadas con sangre simbólica, ve brillar en los labios de los fieles, puertas de los templos de Cristo, la sangre del verdadero Cordero, huirá todavía más lejos.

¿Deseas descubrir aún por otro medio el valor de esta sangre? Mira de dónde brotó y cuál sea su fuente. Empezó a brotar de la misma cruz y su fuente fue el costado del Señor. Pues muerto ya el Señor, dice el Evangelio, uno de los soldados se acercó con la lanza y le traspasó el costado, y al punto salió agua y sangre: agua, como símbolo del bautismo; sangre, como figura de la eucaristía. El soldado le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo, y yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada. Esto fue lo que ocurrió con el cordero: los judíos sacrificaron el cordero, y yo recibo el fruto del sacrificio.

Del costado salió sangre y agua. No quiero, amado oyente, que pases con indiferencia ante tan gran misterio, pues me falta explicarte aún otra interpretación mística. He dicho que esta agua y esta sangre eran símbolos bautismo y de la eucaristía. Pues bien, con estos dos sacramentos se edifica la Iglesia: con el agua de la regeneración y con la renovación del Espíritu Santo, es decir, con el bautismo y la eucaristía, que han brotado ambos del costado. Del costado de Jesús se formó, pues, la Iglesia, como del costado de Adán fue formada Eva.

Por esta misma razón, afirma san Pablo: *Somos miembros de su cuerpo, formados de sus huesos*, aludiendo ello al costado de Cristo. Pues del mismo modo que Dios hizo a la mujer del costado de Adán, de igual manera Jesucristo nos dio el agua y la sangre salida de su costado para edificar la Iglesia. Y de la misma manera que entonces Dios tomó la costilla de Adán, mientras éste dormía, así también nos dio el agua y la

sangre después que Cristo hubo muerto.

Mirad de qué manera Cristo se ha unido a su esposa, considerad con qué alimento la nutre. Con un mismo alimento hemos nacido y nos alimentamos. De la misma manera que la mujer se siente impulsada por su misma naturaleza a alimentar con su propia sangre y con su leche a aquel a quien ha dado a luz, así también Cristo alimenta siempre con su sangre a aquellos a quienes él mismo ha hecho renacer.

(silencio meditativo)

Proclamación del Evangelio

(De pie)

Aclamación antes del evangelio

GLORIA, HONOR A TI, ¡SEÑOR JESÚS! (Lucien Deiss. CLN 160),
u otra aclamación a Cristo.

+ Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 43-48.

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

«Habéis oído que se dijo: «'Amarás a tu prójimo' y aborrecerás a tu enemigo». Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

Palabra del Señor.

Homilía, reflexión en silencio y respuesta a la Palabra

Terminada la homilía se guarda un tiempo de silencio para la reflexión y, a continuación, todos recitan a dos coros el salmo 50, como respuesta a la Palabra que hemos escuchado.

SALMO 50

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti sólo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rociáame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,

y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

Preces

(De pie)

Celebrante: Movidos en nuestro interior por la Palabra que hemos meditado, pidamos al Señor el don de la conversión, diciendo:

R/. Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad.

Lector:

- Por el Pueblo de Dios, que anhela ser renovado en las próximas fiestas pascuales. Oremos. R/.

- Por los catecúmenos que se preparan a celebrar los sacramentos de la iniciación cristiana. Oremos. R/.

- Por los bautizados que viven al margen de su fe. Oremos. R/.

- Por los misioneros que en tierras lejanas cumplen el mandato del Señor: «Id al mundo entero y anunciad el Evangelio». Oremos. R/.

- Por los emigrantes y los refugiados, por los que no tienen trabajo ni hogar, por los que padecen el hambre o la violencia. Oremos. R/.

- Por las familias, por la transmisión de la fe en el seno de todos los

hogares cristianos. Oremos. R/.

- Por nosotros, llamados a vivir la gracia de nuestro bautismo. Oremos. R/.

Padre nuestro y Oración conclusiva

Celebrante: Terminemos nuestras plegarias con la oración que el mismo Señor nos enseñó.

Todos: Padre nuestro, que estás en el cielo...
(se recomienda cantarlo)

Celebrante: Señor y Dios nuestro,
a cuantos hemos renacido de la fuente bautismal,
concédenos en esta cuaresma
ser renovados en nuestra vida cristiana,
para vivir siempre de acuerdo con la fe que profesamos
y renovaremos en las próximas fiestas pascuales.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

Rito de despedida

Monición

Lo que hemos visto y oído, acerca de la Palabra de vida, que se entregó por nosotros para que tuviésemos vida abundante, anunciémoslo a todos, para que el mundo pueda vivir en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo, y nuestro gozo sea completo.

Bendición y despedida

Celebrante: El Señor esté con vosotros.
R/. Y con tu espíritu.

Celebrante: La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.
R/. Amén.

Diácono: Podéis ir en paz.
R/. Demos gracias a Dios.

Canto a la Virgen María
SALVE, REGINA (CLN 302)

O bien, «Bajo tu amparo» (CLN 311) u otro canto apropiado.



VIGILIA DE PENTECOSTÉS

La entrada del presidente y los ministros se hace con acompañamiento instrumental, o bien con el canto «Ilumíname, Señor, con tu Espíritu», u otro canto apropiado. El sacerdote que preside se reviste con alba y estola roja, y también con capa pluvial del mismo color si se considera conveniente.

Monición presidencial

El que preside introduce la celebración con estas o parecidas palabras:

Pentecostés es la culminación de la Pascua del Señor. «No os dejaré huérfanos»; «yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros». Jesús cumple estas promesas al enviar, desde el Padre, el Espíritu Santo, que nos «guiará hasta la verdad plena».

Pentecostés es «la fuerza que pone en pie a la Iglesia en medio de las plazas y levanta testigos en el pueblo». El Espíritu «purifica, renueva, enciende, alegra las entrañas del mundo»; es la «llama profunda que escruta e ilumina el corazón del hombre».

Como Iglesia Diocesana, con esta Vigilia queremos culminar el proceso formativo y pastoral que hemos recorrido este año siguiendo el Plan Diocesano de Pastoral. El Espíritu provoca y hace madurar nuestro encuentro con Cristo. Él sigue saliendo a los caminos para explicarnos las Escrituras y partirnos el Pan.

Permanezcamos en oración, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos. Somos los discípulos del Señor que, en oración incesante, queremos invocar con fuerza al Espíritu Santo, para que, haciendo arder nuestros corazones, fortalezca nuestro encuentro con Jesucristo Resucitado.

Comencemos esta Vigilia pidiendo al Espíritu que ore en nosotros:

Invocación inicial (Secuencia de Pentecostés)

Esta invocación inicial la canta o la recita toda la asamblea, o bien, un lector recita las estrofas y se va intercalando la antífona: «Oh Señor, envía tu Espíritu, que renueve la faz de la tierra» (Lucien Deiss, CLN 252).

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

La Palabra de Dios

Hermanos:

Sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. Del mismo modo, el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios. Por otra parte, sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio. Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: *Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza*. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Palabra de Dios.

Reflexión en silencio

Salmo

A dos coros:

SALMO 103

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus criaturas.

Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo;
se la echas y la atrapan,
abres tu mano y se sacian de bienes.

Les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.

Cantaré al Señor,
tocaré para mi Dios mientras exista:
que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

La enseñanza de los Santos Padres

Del comentario de san Cirilo de Alejandría, obispo, sobre el evangelio de san Juan (Libro 10: PG 74, 434)

Si no me voy, no vendrá a vosotros el Defensor

Ya se había llevado a cabo el plan salvífico de Dios en la tierra; pero convenía que nosotros llegáramos a ser partícipes de la naturaleza divina del Verbo, esto es, que abandonásemos nuestra vida anterior para transformarla y conformarla a un nuevo estilo de vida y de santidad. Esto sólo podía llevarse a efecto con la comunicación del Espíritu Santo.

Ahora bien, el tiempo más oportuno para la misión del Espíritu y su irrupción en nosotros fue aquel que siguió a la marcha de nuestro Salvador Jesucristo.

Pues mientras Cristo vivía corporalmente entre sus fieles, se les mostraba como el dispensador de todos sus bienes; pero cuando llegó la hora de regresar al Padre celestial, continuó presente entre sus fieles mediante su Espíritu, y habitando por la fe en nuestros corazones. De este modo, poseyéndole en nosotros, podríamos llamarle con confianza: «Abba, Padre», y cultivar con ahínco todas las virtudes, y juntamente hacer frente con valentía invencible a las asechanzas del diablo y las persecuciones de los hombres, como quienes cuentan con la fuerza poderosa del Espíritu.

Este mismo Espíritu transforma y traslada a una nueva condición de vida a los fieles en que habita y tiene su morada. Esto puede ponerse fácilmente de manifiesto con testimonios tanto del antiguo como del nuevo Testamento.

Así el piadoso Samuel a Saúl: *Te invadirá el Espíritu del Señor, y te convertirás en otro hombre.* Y san Pablo: *Nosotros todos, que llevamos la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente; así es como actúa el Señor, que es Espíritu.*

No es difícil percibir como transforma el Espíritu la imagen de aquéllos en los que habita: del amor a las cosas terrenas, el Espíritu nos conduce a la esperanza de las cosas del cielo; y de la cobardía y la timidez, a la valentía y generosa intrepidez de espíritu. Sin duda es así como encontramos a los discípulos, animados y fortalecidos por el Espíritu, de tal modo que no se dejaron vencer en absoluto por los ata-

ques de los perseguidores, sino que se adhirieron con todas sus fuerzas al amor de Cristo.

Se trata exactamente de lo que había dicho el Salvador: *Os conviene que yo me vaya al cielo*. En ese tiempo, en efecto, descendería el Espíritu Santo.

Reflexión en silencio

Invocaciones

Lector:

Espíritu Santo, dulce huésped del alma. R/. Ven y llénanos de ti.

Espíritu de verdad, que conoces las profundidades de Dios. R/.

Espíritu de santidad, aliento divino que mueve el universo. R/.

Espíritu de comunión, alma y sostén de la Iglesia. R/.

Espíritu de consuelo, fuente inagotable de gozo y de paz. R/.

Espíritu de sabiduría, que iluminas las mentes y los corazones. R/.

Espíritu de vida, por el cual el Verbo se hizo carne. R/.

Espíritu de amor, que con el Padre y el Hijo, eres un único Dios. R/.

La enseñanza del Papa

Homilía del Santo Padre Francisco en la solemnidad de Pentecostés.
(15 mayo 2016)

«No os dejaré huérfanos» (Jn 14,18)

La misión de Jesús, culminada con el don del Espíritu Santo, tenía esta finalidad esencial: restablecer nuestra relación con el Padre, destruida por el pecado; apartarnos de la condición de huérfanos y restituirnos a la de hijos.

El apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Roma, dice: «Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba, Padre!» (Rm 8,14-15). He aquí la relación reestablecida: la paternidad de Dios se reaviva en nosotros a través de la obra redentora de Cristo y del don del Espíritu Santo.

El Espíritu es dado por el Padre y nos conduce al Padre. Toda la obra de la salvación es una obra que regenera, en la cual la paternidad

de Dios, mediante el don del Hijo y del Espíritu, nos libra de la orfandad en la que hemos caído. También en nuestro tiempo se constatan diferentes signos de nuestra condición de huérfanos: Esa soledad interior que percibimos incluso en medio de la muchedumbre, y que a veces puede llegar a ser tristeza existencial; esa supuesta independencia de Dios, que se ve acompañada por una cierta nostalgia de su cercanía; ese difuso analfabetismo espiritual por el que nos sentimos incapaces de rezar; esa dificultad para experimentar verdadera y realmente la vida eterna, como plenitud de comunión que germina aquí y que florece después de la muerte; esa dificultad para reconocer al otro como hermano, en cuanto hijo del mismo Padre; y así otros signos semejantes.

A todo esto se opone la condición de hijos, que es nuestra vocación originaria, aquello para lo que estamos hechos, nuestro «ADN» más profundo que, sin embargo, fue destruido y se necesitó el sacrificio del Hijo Unigénito para que fuese restablecido. Del inmenso don de amor, como la muerte de Jesús en la cruz, ha brotado para toda la humanidad la efusión del Espíritu Santo, como una inmensa cascada de gracia. Quien se sumerge con fe en este misterio de regeneración renace a la plenitud de la vida filial.

«No os dejaré huérfanos». Hoy, fiesta de Pentecostés, estas palabras de Jesús nos hacen pensar también en la presencia maternal de María en el cenáculo. La Madre de Jesús está en medio de la comunidad de los discípulos, reunida en oración: es memoria viva del Hijo e invocación viva del Espíritu Santo. Es la Madre de la Iglesia. A su intercesión confiamos de manera particular a todos los cristianos, a las familias y las comunidades, que en este momento tienen más necesidad de la fuerza del Espíritu Paráclito, Defensor y Consolador, Espíritu de verdad, de libertad y de paz.

Como afirma también san Pablo, el Espíritu hace que nosotros pertenezcamos a Cristo: «El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo» (Rm 8,9). Y para consolidar nuestra relación de pertenencia al Señor Jesús, el Espíritu nos hace entrar en una nueva dinámica de fraternidad. Por medio del Hermano universal, Jesús, podemos relacionarnos con los demás de un modo nuevo, no como huérfanos, sino como hijos del mismo Padre bueno y misericordioso. Y esto hace que todo cambie. Podemos mirarnos como hermanos, y nuestras diferencias harán que se multiplique la alegría y la admiración de pertenecer a esta única paternidad y fraternidad.

Reflexión en silencio

(De pie)

Aleluya TAIZÉ (CLN E 4)

Proclamación del Evangelio

+ Lectura del santo evangelio según san Mateo 28, 16-20

Id y haced discípulos de todos los pueblos

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

-«Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

Palabra del Señor.

Homilía

Petición y súplica

El presidente hace la siguiente monición:

Durante todo este curso pastoral hemos querido favorecer nuestro encuentro con Cristo. Fortalecidos por el Espíritu, al que hemos invocado en nuestra oración, dirijámonos todos juntos al único Salvador, recitando la ORACIÓN A CRISTO del Beato Pablo VI.

Todos:

Oh Cristo, único mediador nuestro:

Te necesitamos para entrar en comunión con Dios Padre; para llegar a ser hijos adoptivos suyos contigo que eres su Hijo único y Señor nuestro; para ser regenerados en el Espíritu Santo.

Te necesitamos, oh único y auténtico maestro de las verdades recón-

ditas e indispensables de la vida, para conocer nuestro ser y nuestro destino, así como el camino para alcanzarlo.

Te necesitamos, oh Redentor nuestro, para descubrir nuestra miseria y remediarla; para tener el concepto del bien y del mal, y la esperanza de la santidad; para deplorar nuestros pecados y obtener el perdón.

Te necesitamos, oh hermano primogénito del género humano, para volver a encontrar las razones verdaderas de la fraternidad entre los hombres, los fundamentos de la justicia, los tesoros de la caridad y el sumo bien de la paz.

Te necesitamos, oh gran paciente de nuestros dolores, para conocer el significado del sufrimiento y para darle valor de expiación y de redención.

Te necesitamos, oh vencedor de la muerte, para librarnos de la desesperación y de la negación, y para tener certezas que no fallen jamás.

Te necesitamos, oh Cristo Señor, Dios-con-nosotros, para aprender el amor verdadero y caminar con el gozo y la fuerza de tu caridad a lo largo del camino de nuestra vida fatigosa, hasta el encuentro final contigo, amado, esperado, bendito por los siglos.

El presidente introduce el Padrenuestro con estas palabras:

Todo esto te lo pedimos uniendo nuestro espíritu a tu Espíritu, que nos hace clamar:

Todos:

Padre nuestro, que estás en el cielo... *(se recomienda cantarlo)*

Bendición y Envío

El presidente con las manos extendidas sobre los fieles:

Te bendecimos y te alabamos, Padre Eterno,
porque creaste todo el universo

y llamaste a los hombres a participar
de la vida divina por el agua y el Espíritu,
convocándolos en la santa Iglesia,
manifestada por la efusión del Espíritu en Pentecostés.

Te bendecimos, Jesucristo, Hijo de Dios,
enviado por el Padre al mundo,
porque, después de haber vencido a la muerte,
antes de subir al Padre,
enviaste a los apóstoles
como dispensadores de tu amor y tu poder,
para que anunciaran al mundo entero
la alegría del Evangelio
y purificaran a los creyentes
con el baño del bautismo salvador.

Te bendecimos, Santo Espíritu de Dios,
porque guías y santificas a la Iglesia,
habitando en el corazón de los fieles,
guiándola hacia la verdad plena
y rejuveneciéndola con la fuerza del Evangelio.

Guía, Señor, los pasos de estos fieles tuyos,
 fortalécelos con la fuerza de tu gracia,
 infunde en sus corazones el Espíritu Santo,
 para que sus palabras sean un eco de las palabras de Cristo,
 para que sus acciones testimonien el amor de Cristo,
 y, así, acompañados de tu bendición +,
 y unidos a Santa María Virgen,
 puedan ser fieles al mandato
 de anunciar el Evangelio a todos los pueblos.
 Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

El presidente: La alegría del Señor sea vuestra fuerza. Podéis ir en paz.

R/. Demos gracias a Dios.

Canto final

ID Y ENSEÑAD (CLN 409)

Sois la semilla que ha de crecer,
sois estrella que ha de brillar.
Sois levadura, sois grano de sal,
antorcha que ha de alumbrar.
Sois la mañana que vuelve a nacer,
sois espiga que empieza a granar.
Sois aguijón y caricia a la vez,
testigos que voy a enviar.

**Id, amigos, por el mundo anunciando el amor,
mensajeros de la vida, de la paz y el perdón.
Sed, amigos, los testigos de mi Resurrección,
id llevando mi presencia, con vosotros estoy.**

Sois una llama que ha de encender
resplandores de fe y caridad.
Sois los pastores que han de guiar
al mundo por sendas de paz.
Sois los amigos que quise escoger.
Sois palabra que intento gritar.
Sois reino nuevo que empieza a engendrar
justicia, amor y verdad.

Sois fuego y savia que vine a traer.
Sois la ola que agita la mar.
La levadura pequeña de ayer
fermenta la masa del pan.
Una ciudad no se puede esconder,
ni los montes se han de ocultar;
en vuestras obras que buscan el bien,
los hombres al Padre verán.

O bien, «El Espíritu de Dios hoy está sobre mi»



· Cátedra de
Espiritualidad «San
Juan de Ávila»

Diócesis de Orihuela-Alicante

· Acompañar el encuentro con Cristo





Cátedra Espiritualidad «San Juan de Ávila»

Diócesis Orihuela-Alicante

ACOMPañAR EL ENCUENTRO CON CRISTO Curso para agentes de pastoral a la luz del PDP 2016-2017

Objetivos:

1. Dar a conocer los objetivos, los contenidos y el método del PDP 2016-2017;
2. Sistematizar y ordenar la acción pastoral de la Iglesia a la luz del encuentro con Cristo;
3. Revisar los procesos de iniciación a la fe de los itinerarios diocesanos desde el encuentro con Cristo;
4. Proveer las competencias teológicas, pastorales y espirituales básicas a los agentes de pastoral para poder acompañar las propuestas del PDP.

Temporalización:

Los jueves, de 18.00 a 20.00 hs (del 12 de enero al 23 de febrero del 2017)

Destinatarios:

Todos los agentes de pastoral implicados en la Iniciación cristiana (padres, catequistas, educadores, etc.); los responsables de grupos de *Lectio* del PDP; todos los agentes de pastoral interesados en la espiritualidad del acompañamiento.

CONTENIDOS Y PROGRAMA:

Introducción: Un «salto» de cualidad en la pastoral hoy

I.

EL ENCUENTRO CON CRISTO COMO DIAGNÓSTICO PASTORAL

(Criterios pastorales: el *kairós* como crisis y oportunidad)

1. ¿Hacia dónde va el cristianismo? Caminos de ida y vuelta en el mundo actual.
 - Caminos de huida hacia «Emaús»
2. Nueva evangelización y encuentro con Cristo
3. Transmisión de la fe y encuentro con Cristo

II.

EL ENCUENTRO CON CRISTO COMO CENTRO DE PASTORAL

(Criterios teológicos: el misterio como fuente)

1. El encuentro con Cristo en las Escritura
2. El encuentro con Cristo en la vida de fe (el testimonio de los santos)
3. El encuentro con Cristo como eje del misterio cristiano (reflexión teológica)

III.

EL ENCUENTRO CON CRISTO COMO PROPUESTA PASTORAL

(Criterios pedagógicos: la mistagogia del itinerario creyente)

1. La Iglesia, al servicio del encuentro con Cristo (el Magisterio de los últimos Papas)

· Atención a la cristología (¿quién es Cristo?) y a la antropología (cómo está el hombre en el misterio de Cristo?)

2. El encuentro con Cristo en los itinerarios pastorales de la Iglesia
· El encuentro en la vida, en la Palabra, en los Sacramentos, en el servicio.

3. De los itinerarios a los procesos creyentes: el impulso de la personalidad creyente

· (Momento «mayerúico»: situación del sujeto creyente; Momento «hermenéutica»: la mente creyente; momento «mistagógico»: el corazón creyente; momento «misionero»: la acción creyente).

Conclusión: La espiritualidad del acompañamiento



· Ficha de inscripción



Ficha de inscripción

(Sólo a rellenar por el responsable elegido
del grupo de Lectio divina)

DATOS DEL RESPONSABLE

Parroquia o grupo de apostolado al que pertenece:

Población:

Nombre:

Apellidos:

Teléfono:

e-mail:

Número de miembros en el grupo:

ENVIAR ESTOS DATOS CUMPLIMENTADOS A:

Dirección correo postal: Att. Vicaría General
Obispado de Orihuela - Alicante
Calle Marco Oliver, 5. 03009, Alicante

Dirección correo electrónico: obispado@diocesisoa.org

Enviar los datos antes del 8 de diciembre de 2016





· **Calendario**
Pastoral Diocesano

2016-2017



Calendario Pastoral Diocesano 2016-2017

SEPTIEMBRE 2016

1	Jueves	
2	Viernes	
3	Sábado	
4	Domingo	
5	Lunes	
6	Martes	
7	Miércoles	
8	Jueves	Natividad de Ntra. Sra.
9	Viernes	
10	Sábado	
11	Domingo	
12	Lunes	
13	Martes	
14	Miércoles	
15	Jueves	Apertura Colegios Diocesanos
16	Viernes	
17	Sábado	
18	Domingo	
19	Lunes	
20	Martes	
21	Miércoles	Envío Missio ERE y Escuela Católica.
22	Jueves	Catequesis: Calentando motores
23	Viernes	
24	Sábado	Ntra. Sra. de la Merced: Pastoral Penitenciaria
25	Domingo	
26	Lunes	
27	Martes	
28	Miércoles	
29	Jueves	San Miguel: apertura de curso Seminario.
30	Viernes	

OCTUBRE 2016

1	Sábado	
2	Domingo	
3	Lunes	Convivencia arciprestes
4	Martes	Convivencia arciprestes
5	Miércoles	Presentación PDP Vicaría 3
6	Jueves	Presentación PDP Vicaría 4
7	Viernes	Día del trabajo Decente
8	Sábado	Cursillo Ministros extraordinarios de la Comunión (1ª sesión)
9	Domingo	Día de la Comunidad Valenciana XIII Encuentro provincial de cofradías y hermandades de Semana Santa (7 al 9). Dolores
10	Lunes	Presentación PDP Vicaría 5
11	Martes	Consejo Diocesano Economía Presentación PDP Vicaría 2
12	Miércoles	Ntra. Sra. Del Pilar. XLIV Aniversario Ordenación Episcopal D. Victorio Oliver
13	Jueves	Presentación PDP Vicaría 1
14	Viernes	
15	Sábado	Cursillo Ministros extraordinarios de la Comunión (2ª sesión) Escuela de formación Cáritas Diocesana (15 y 16)
16	Domingo	
17	Lunes	Campaña «Pobreza cero»- Cáritas
18	Martes	
19	Miércoles	Jornada de Teología para sacerdotes: sobre «Amoris laetitia»
20	Jueves	
21	Viernes	
22	Sábado	Consejo diocesano de Pastoral
23	Domingo	DOMUND
24	Lunes	Ejercicios espirituales para sacerdotes (24 al 28)
25	Martes	
26	Miércoles	Apertura curso Curia Diocesana
27	Jueves	Apertura curso ISCR
28	Viernes	
29	Sábado	Una luz en la noche. (P.Juvenil+Vocacional)
30	Domingo	
31	Lunes	

NOVIEMBRE 2016

1	Martes	Todos los Santos
2	Miércoles	Fieles difuntos
3	Jueves	
4	Viernes	
5	Sábado	
6	Domingo	
7	Lunes	
8	Martes	
9	Miércoles	
10	Jueves	
11	Viernes	Clausura Año Misericordia-Sta. Faz
12	Sábado	Encuentro de Consejo Episcopal, delegados y secretarios Clausura Año Misericordia-Catedral Orihuela
13	Domingo	Día de la Iglesia Diocesana. Clausura Año Misericordia-Concatedral Alicante Insignias Pro Ecclesia Diocesana Colegio de arciprestes
14	Lunes	
15	Martes	
16	Miércoles	
17	Jueves	
18	Viernes	
19	Sábado	Encuentro de niños con el Sr. Obispo Comisión permanente Cáritas Diocesana
20	Domingo	Jesucristo, Rey del Universo Clausura Año Jubilar de la Misericordia
21	Lunes	
22	Martes	
23	Miércoles	
24	Jueves	
25	Viernes	Ejercicios espirituales para jóvenes (25 al 27). P. Juvenil
26	Sábado	Retiro espiritual matrimonios (26 y 27). Familia y Vida.
27	Domingo	1ª Adviento Día de la personas sin hogar. Cáritas
28	Lunes	Retiro Adviento Vicaría 2
29	Martes	
30	Miércoles	

1	Jueves	Día mundial de acción contra el SIDA (Caritas)
2	Viernes	
3		Sábado Retiro Adviento Vicaría 1 Consejo diocesano de Cáritas.
4	Domingo	2º Adviento
5	Lunes	Retiro Adviento Vicaría 5
6	Martes	Día de la Constitución
7	Miércoles	Apertura 275 aniversario Seminario de Orihuela
8	Jueves	Inmaculada Concepción
9	Viernes	
10	Sábado	Consejo presbiteral Día Internacional de los Derechos Humanos
11	Domingo	3º Adviento
12	Lunes	Retiro Adviento Vicaría 4
13	Martes	Consejo Diocesano Economía
14	Miércoles	
15	Jueves	
16	Viernes	
17	Sábado	Nueva Evangelización para adolescentes. P.Juvenil+vocacional
18	Domingo	4º Adviento. Certamen de Villancicos Colegios Diocesanos
19	Lunes	Retiro Adviento Vicaría 3
20	Martes	Centenario ordenación sacerdotal Beato Antonio Perulles, mártir, rector del Seminario de Orihuela.
21	Miércoles	
22	Jueves	
23	Viernes	
24	Sábado	
25	Domingo	Navidad
26	Lunes	
27	Martes	
28	Miércoles	Encuentro europeo de Jóvenes Taizè, en Riga (Letonia) del 28 al 31)
29	Jueves	
30	Viernes	Sagrada Familia. Jornada por la familia y la vida
31	Sábado	

ENERO 2017

1	Domingo	Santa María, Madre de Dios. Jorn. oración por la Paz
2	Lunes	
3	Martes	
4	Miércoles	
5	Jueves	
6	Viernes	Epifanía del Señor. Catequistas nativos. IEME
7	Sábado	
8	Domingo	Bautismo del Señor
9	Lunes	
10	Martes	
11	Miércoles	
12	Jueves	
13	Viernes	
14	Sábado	Jornada Diocesana de Migraciones
15	Domingo	Jornada Mundial de las Migraciones
16	Lunes	
17	Martes	
18	Miércoles	Inicio Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos
19	Jueves	
20	Viernes	
21	Sábado	Consejo diocesano de Pastoral
22	Domingo	Infancia Misionera
23	Lunes	
24	Martes	XXIX Aniversario Ordenación Episcopal D. Rafael Palmero
25	Miércoles	Conclusión Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos
26	Jueves	
27	Viernes	Santo Tomás de Aquino. Celebración en Seminario Teologado
28	Sábado	Café teológico (P. Universitaria+ Juvenil+ Fe-Cultura)
29	Domingo	
30	Lunes	
31	Martes	

FEBRERO 2017

1	Miércoles	
2	Jueves	La Candelaria. Jornada de la Vida Consagrada
3	Viernes	
4	Sábado	
5	Domingo	
6	Lunes	
7	Martes	
8	Miércoles	Jornada Mundial contra la trata de personas.
9	Jueves	
10	Viernes	Día del ayuno voluntario
11	Sábado	Jornada de Filosofía, en Orihuela Jornada Mundial del Enfermo. Una luz en la noche (P. Juvenil+Vocacional)
12	Domingo	Manos Unidas-Campaña contra el Hambre
13	Lunes	Colegio de arciprestes
14	Martes	
15	Miércoles	
16	Jueves	
17	Viernes	
18	Sábado	Encuentro diocesano de trabajadores cristianos Encuentro interdiocesano de cofradías y hermandades. Torrent (Valencia)
19	Domingo	
20	Lunes	Ejercicios espirituales para sacerdotes.
21	Martes	
22	Miércoles	
23	Jueves	
24	Viernes	
25	Sábado	Curso de Laicos
26	Domingo	
27	Lunes	
28	Martes	

MARZO 2017

1	Miércoles	Miércoles de Ceniza. Inicio Cuaresma. Limosna penitencial
2	Jueves	
3	Viernes	
4	Sábado	
5	Domingo	1º Cuaresma Jornada diocesana de Catequistas
6	Lunes	Consejo Presbiteral Semana de cine espiritual (Primaria, ESO y Bachiller) (del 6 al 10). Fe-Cultura
7	Martes	275 aniversario fundación Seminario Diocesano Orihuela. Consejo Diocesano Economía
8	Miércoles	Día de la Mujer Trabajadora
9	Jueves	
10	Viernes	Ejercicios espirituales para jóvenes (del 10 al 12). (P. Juvenil)
11	Sábado	Comisión permanente de Cáritas
12	Domingo	2º Cuaresma
13	Lunes	
14	Martes	
15	Miércoles	
16	Jueves	
17	Viernes	
18	Sábado	
19	Domingo	San José. Día del Seminario
20	Lunes	
21	Martes	
22	Miércoles	
23	Jueves	
24	Viernes	Anunciación del Señor
25	Sábado	Consejo Diocesano de Cáritas Encuentro Diocesano de Familias con el Sr. Obispo
26	Domingo	4º Cuaresma
27	Lunes	
28	Martes	
29	Miércoles	
30	Jueves	
31	Viernes	

ABRIL 2017

1	Sábado	Consejo Diocesano de Pastoral
2	Domingo	5º Cuaresma
3	Lunes	
4	Martes	
5	Miércoles	
6	Jueves	
7	Viernes	
8	Sábado	Encuentro diocesano de jóvenes con el sr. Obispo
9	Domingo	Domingo de Ramos
10	Lunes	Lunes Santo. Misa Crismal
11	Martes	
12	Miércoles	
13	Jueves	Jueves Santo: Día del amor fraterno.
14	Viernes	Viernes Santo. Santos Lugares
15	Sábado	
16	Domingo	Pascua de Resurrección
17	Lunes	Lunes de Pascua
18	Martes	
19	Miércoles	
20	Jueves	
21	Viernes	
22	Sábado	
23	Domingo	2º Pascua. Domingo de la Divina Misericordia
24	Lunes	San Vicente Ferrer
25	Martes	
26	Miércoles	Peregrina infantil
27	Jueves	Santa Faz
28	Viernes	
29	Sábado	
30	Domingo	3º Pascua: Jornada del Misionero Diocesano

MAYO 2017

1	Lunes	San José Obrero: Día del Trabajo. Día del monaguillo –Seminario Orihuela Cadena de oración por las vocaciones (del 1 al 7). P. Juvenil+vocacional
2	Martes	
3	Miércoles	
4	Jueves	
5	Viernes	
6	Sábado	Festival de la Canción Vocacional. Vigilia de oración por las vocaciones.
7	Domingo	4° Pascua. Clero nativo
8	Lunes	Día del Clero Diocesano
9	Martes	
10	Miércoles	S. Juan de Ávila
11	Jueves	XXI Aniversario Ordenación Episcopal de D. Jesús Murgui
12	Viernes	
13	Sábado	Ntra. Sra. de los Desamparados.
14	Domingo	5° Pascua
15	Lunes	Colegio de arciprestes
16	Martes	
17	Miércoles	
18	Jueves	
19	Viernes	
20	Sábado	Jornada de formación cofrade. Junta Diocesana de Cofradías y Hermandades Encuentro educadores cristianos (Educación en la Fe)
21	Domingo	6° Pascua. Pascua del Enfermo.
22	Lunes	Consejo presbiteral
23	Martes	
24	Miércoles	
25	Jueves	
26	Viernes	
27	Sábado	
28	Domingo	Ascensión del Señor. Jornada Mundial Comunicaciones Sociales
29	Lunes	
30	Martes	
31	Miércoles	IX encuentro de Vida Contemplativa.

JUNIO 2017

1	Jueves	
2	Viernes	
3	Sábado	
4	Domingo	Pentecostés. Día de la Acción Católica y Apostolado Seglar
5	Lunes	
6	Martes	
7	Miércoles	
8	Jueves	Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.
9	Viernes	
10	Sábado	Encuentro Diocesano de Pastoral
11	Domingo	Stma. Trinidad. Jornada Pro orantibus
12	Lunes	
13	Martes	Consejo Diocesano Economía
14	Miércoles	
15	Jueves	
16	Viernes	
17	Sábado	Encuentro Diocesano de Cáritas Café teológico (P. Universitaria+Juvenil+Fe-Cultura)
18	Domingo	Corpus Christi. Día de la Caridad
19	Lunes	
20	Martes	
21	Miércoles	
22	Jueves	
23	Viernes	Sagrado Corazón de Jesús. Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes
24	Sábado	San Juan Bautista
25	Domingo	
26	Lunes	
27	Martes	
28	Miércoles	
29	Jueves	San Pedro y San Pablo. Colecta óbolo de San Pedro
30	Viernes	

JULIO 2017

1	Sábado	
2	Domingo	Jornada de responsabilidad en el tráfico
3	Lunes	
4	Martes	
5	Miércoles	
6	Jueves	
7	Viernes	
8	Sábado	
9	Domingo	
10	Lunes	
11	Martes	
12	Miércoles	
13	Jueves	
14	Viernes	
15	Sábado	
16	Domingo	Ntra. Sra. del Carmen. Día de las gentes del Mar
17	Lunes	
18	Martes	
19	Miércoles	
20	Jueves	
21	Viernes	
22	Sábado	Una luz en la noche. (P. Juvenil+Vocacional)
23	Domingo	
24	Lunes	
25	Martes	Santiago Apóstol
26	Miércoles	
27	Jueves	
28	Viernes	
29	Sábado	
30	Domingo	
31	Lunes	

AGOSTO 2017

1	Martes	
2	Miércoles	
3	Jueves	
4	Viernes	Ejercicios espirituales para laicos (4 al 6)
5	Sábado	
6	Domingo	Transfiguración del Señor
7	Lunes	
8	Martes	Ejercicios espirituales para laicos (8 al 11)
9	Miércoles	
10	Jueves	
11	Viernes	
12	Sábado	
13	Domingo	
14	Lunes	
15	Martes	Asunción de Ntra. Sra.
16	Miércoles	
17	Jueves	
18	Viernes	
19	Sábado	
20	Domingo	
21	Lunes	
22	Martes	
23	Miércoles	
24	Jueves	
25	Viernes	Ejercicios espirituales para laicos (25 al 27)
26	Sábado	
27	Domingo	
28	Lunes	
29	Martes	
30	Miércoles	
31	Jueves	



· Seminario Diocesano

**275° Aniversario de
su fundación**



Seminario Diocesano

**Este año 2016 celebramos el
275° ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN**

El Seminario Diocesano de San Miguel y la Purísima Concepción comienza su andadura el 7 de marzo de 1742 en la ciudad de Orihuela. Su fundador, el Obispo Juan Elías Gómez de Terán, erige el mismo mediante una carta pastoral firmada en dicha fecha.

Desde entonces, el Seminario está totalmente dedicado a la formación de los sacerdotes de nuestra Diócesis. El Seminario Menor, que cultiva las semillas de vocación sacerdotal de niños y jóvenes en edades tempranas, abarca las edades de doce a dieciocho años –primero de ESO a segundo de BAC–. El Seminario Mayor, –formación específica de los futuros pastores–, consta de seis cursos y está repartido en dos sedes, el Seminario de Orihuela en sus dos primeros cursos, y Alicante en la etapa final.

La formación en el Seminario Menor tiene como finalidad posibilitar en los seminaristas el pleno desarrollo humano y cristiano, para poder responder libremente a la llamada de Dios al sacerdocio ministerial. La intensa vida académica, comunitaria y espiritual es camino de crecimiento y maduración de cada seminarista. Todos son acompañados por sacerdotes-formadores experimentados en la formación de niños y jóvenes.

En este curso en que celebramos el 275° Aniversario de la fundación, el Seminario Menor en Orihuela contará con cincuenta seminaristas y el Mayor, entre sus dos sedes, con veinte. Es motivo para seguir agradeciendo a Dios el don de su llamada al sacerdocio.

Durante este año, la Capilla Mayor del Seminario de Orihuela, en la que se venera la Imagen de nuestros Patronos, María Inmaculada y San Miguel, será Templo Jubilar en la que poder recibir la Gracia de la Indulgencia. Es una invitación para todas las parroquias y movimientos de nuestra Diócesis a peregrinar al Seminario Diocesano, a conocerlo y a orar por los seminaristas y sacerdotes.

Los Rectores y Formadores del Seminario, en nombre de nuestro Obispo Mons. Jesús Murgui Soriano, os proponemos este año iniciar una verdadera «Peregrinación Vocacional» que alcance a todas las realidades donde haya un joven, para ayudarle a que se plantee la pregunta: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?». Jesucristo es quien elige y lo hace por medio de comunidades cristianas en las que arda un sincero deseo de amarle y seguirle, por medio de sacerdotes apasionados –auténticos pastores–.

El mundo actual necesita el don del Sacerdocio. Dios sigue llamando. Oremos confiadamente y pongamos todos los medios para que este regalo inmenso de Misericordia siga floreciendo en su Iglesia.



· Oración por la Iglesia Diocesana



Oración por la Iglesia Diocesana

Dios nuestro Padre:
Tú, que eres la fuente de todo amor
y de toda vida,
en Jesús, tu Hijo,
nos has hecho hijos tuyos.
Tú nos constituiste hermanos
unos de otros,
miembros de tu familia: la Iglesia.
Hoy, Tú nos invitas a caminar unidos,
con Jesús, nuestro Hermano,
por todos los caminos de los hombres.

Señor Jesús, Hijo de Dios:
A ti, el enviado del Padre,
el amigo de los pequeños,
te pedimos que vengas a caminar
con nosotros.
Que tu persona inspire
nuestras iniciativas
al servicio de los hombres.
Que tu Palabra ilumine
nuestros encuentros y nuestras reuniones.
Que tu presencia dirija
nuestras palabras y nuestros hechos.

Espíritu Santo:
Tú, el Espíritu del Padre y del Hijo,
Tú, que habitas en el corazón
de todo hombre y llenas el Universo,
ven a purificar, santificar, animar,
aclarar, unir, fecundar, llenar
a la Iglesia de Dios
que está en Orihuela-Alicante.

Espíritu Santo,
Espíritu de Amor,
Soplo de vida,
concédenos el gozo de ser fortalecidos
en la fe de nuestro Bautismo,
concédenos la humildad de vivir
unidos por la misión,
concédenos la audacia de buscar
nuevas esperanzas para los más olvidados,
concédenos el don de amar
con un corazón universal.

Virgen María:
Madre del señor
y Madre nuestra,
acompaña nuestro quehacer diocesano
para que cada uno de nosotros
pueda conocer mejor a Jesús,
amarle y ser testigos
toda nuestra vida
de la alegría y de la paz;
para que nuestra Iglesia Diocesana
sea más fraternal y más misionera.

Amén.



· Oración
por las Vocaciones
Sacerdotales



Oración por las Vocaciones Sacerdotales

Jesús Maestro Bueno

Jesús, Maestro Bueno,
Tú sabes que necesitamos sacerdotes:
Suscita en nuestra Iglesia
de Orihuela-Alicante
una nueva primavera de vocaciones sacerdotales.

Atrae hacia ti a niños y jóvenes generosos
que, formándose en nuestro Seminario,
sean un día enviados como tus ministros.

Buen Pastor, fortalece a los que elegiste
y ayúdalos a responder plenamente a tu llamada.

María Inmaculada, Madre de las vocaciones,
ruega por nosotros.

Amén.

